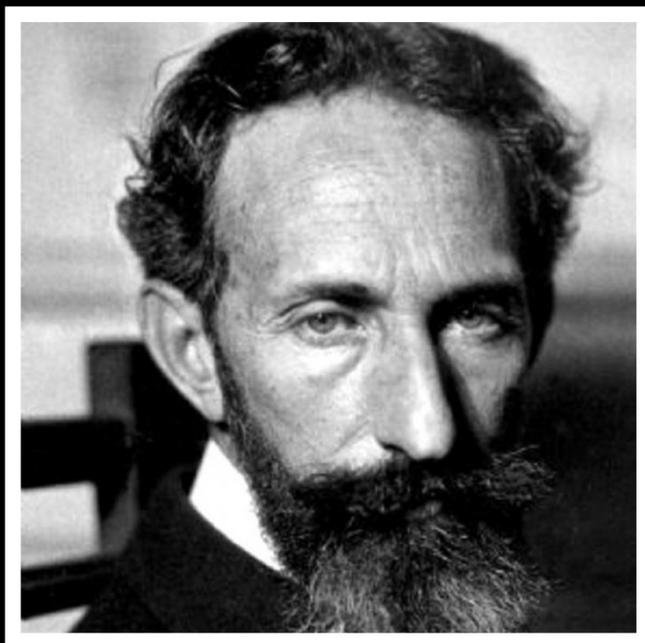


Horacio Quiroga



**El Desierto y
Otros Cuentos**

textos.info
biblioteca digital abierta

El Desierto y Otros Cuentos

Horacio Quiroga

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 2925

Título: El Desierto y Otros Cuentos

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuentos, Colección

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 23 de octubre de 2017

Fecha de modificación: 25 de octubre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El desierto

La canoa se deslizaba costeano el bosque, o lo que podía parecer bosque en aquella oscuridad. Más por instinto que por indicio alguno Subercasaux sentía su proximidad, pues las tinieblas eran un solo bloque infranqueable, que comenzaban en las manos del remero y subían hasta el cenit. El hombre conocía bastante bien su río para no ignorar dónde se hallaba; pero en tal noche y bajo amenaza de lluvia, era muy distinto atracar entre tacuaras punzantes o pajonales podridos, que en su propio puertito. Y Subercasaux no iba solo en la canoa.

La atmósfera estaba cargada a un grado asfixiante. En lado alguno a que se volviera el rostro, se hallaba un poco de aire que respirar. Y en ese momento, claras y distintas, sonaban en la canoa algunas gotas.

Subercasaux alzó los ojos, buscando en vano en el cielo una conmoción luminosa o la fisura de un relámpago. Como en toda la tarde, no se oía tampoco ahora un solo trueno.

«Lluvia para toda la noche» —pensó. Y volviéndose a sus acompañantes, que se mantenían mudos en popa:

—Pónganse las capas —dijo brevemente—. Y sujétense bien.

En efecto, la canoa avanzaba ahora doblando las ramas, y dos o tres veces el remo de babor se había deslizado sobre un gajo sumergido. Pero aun a trueque de romper un remo, Subercasaux no perdía contacto con la fronda, pues de apartarse cinco metros de la costa podía cruzar y recuzar toda la noche delante de su puerto, sin lograr verlo.

Bordeando literalmente el bosque a flor de agua, el remero avanzó un rato aún. Las gotas caían ahora más densas, pero también con mayor intermitencia. Cesaban bruscamente, como si hubieran caído no se sabe de dónde. Y recomenzaban otra vez, grandes, aisladas y calientes, para cortarse de nuevo en la misma oscuridad y la misma depresión de atmósfera.

—Sujétense bien —repitió Subercasaux a sus dos acompañantes—. Ya hemos llegado.

En efecto, acababa de entrever la escotadura de su puerto. Con dos vigorosas remadas lanzó la canoa sobre la greda, y mientras sujetaba la embarcación al piquete, sus dos silenciosos acompañantes saltaban a tierra, la que a pesar de la oscuridad se distinguía bien, por hallarse cubierta de miríadas de gusanillos luminosos que hacían ondular el piso con sus fuegos rojos y verdes.

Hasta lo alto de la barranca, que los tres viajeros treparon bajo la lluvia, por fin uniforme y maciza, la arcilla empapada fosforesció. Pero luego las tinieblas los aislaron de nuevo; y entre ellas, la búsqueda del *sulky* que habían dejado caído sobre las varas.

La frase hecha: «No se ve ni las manos puestas bajo los ojos», es exacta. Y en tales noches, el momentáneo fulgor de un fósforo no tiene otra utilidad que apretar enseguida la tiniebla mareante, hasta hacernos perder el equilibrio.

Hallaron, sin embargo, el *sulky*, mas no el caballo. Y dejando de guardia junto a una rueda a sus dos acompañantes, que, inmóviles bajo el capuchón caído, crepitaban de lluvia, Subercasaux fue espinándose hasta el fondo de la picada, donde halló a su caballo naturalmente enredado en las riendas.

No había Subercasaux empleado más de veinte minutos en buscar y traer al animal; pero cuando al orientarse en las cercanías del *sulky* con un:

—¿Están ahí, chiquitos? —oyó:

—Si, piapiá.

Subercasaux se dio por primera vez cuenta exacta, en esa noche, de que los dos compañeros que había abandonado a la noche y a la lluvia eran sus dos hijos, de cinco y seis años, cuyas cabezas no alcanzaban al cubo de la rueda, y que, juntitos y chorreando esperaban tranquilos a que su padre volviera.

Regresaban por fin a casa, contentos y charlando. Pasados los instantes de inquietud o peligro, la voz de Subercasaux era muy distinta de aquella

con que hablaba a sus chiquitos cuando debía dirigirse a ellos como a hombres. Su voz había bajado dos tonos; y nadie hubiera creído allí, al oír la ternura de las voces, que quien reía entonces con las criaturas era el mismo hombre de acento duro y breve de media hora antes. Y quienes en verdad dialogaban ahora eran Subercasaux y su chica, pues el varoncito —el menor— se había dormido en las rodillas del padre.

Subercasaux se levantaba generalmente al aclarar; y aunque lo hacía sin ruido, sabía bien que en el cuarto inmediato su chico, tan madrugador como él, hacía rato que estaba con los ojos abiertos esperando sentir a su padre para levantarse. Y comenzaba entonces la invariable fórmula de saludo matinal de uno a otro cuarto:

—¡Buen día, piapiá!

—¡Buen día, mi hijito querido!

—¡Buen día, piapiacito adorado!

—¡Buen día, corderito sin mancha!

—¡Buen día, ratoncito sin cola!

—¡Coaticito mío!

—¡Piapiá tatucito!

—¡Carita de gato!

—¡Colita de víbora!

Y en este pintoresco estilo, un buen rato más. Hasta que, ya vestidos, se iban a tomar café bajo las palmeras en tanto que la mujercita continuaba durmiendo como una piedra, hasta que el sol en la cara la despertaba.

Subercasaux, con sus dos chiquitos, hechura suya en sentimientos y educación, se consideraba el padre más feliz de la Tierra. Pero lo había conseguido a costa de dolores más duros de los que suelen conocer los hombres casados.

Bruscamente, como sobrevienen las cosas que no se conciben por su aterradora injusticia, Subercasaux perdió a su mujer. Quedó de pronto

solo, con dos criaturas que apenas lo conocían, y en la misma casa por él construida y por ella arreglada, donde cada clavo y cada pincelada en la pared eran un agudo recuerdo de compartida felicidad.

Supo al día siguiente al abrir por casualidad el ropero, lo que es ver de golpe la ropa blanca de su mujer ya enterrada; y colgado, el vestido que ella no tuvo tiempo de estrenar.

Conoció la necesidad perentoria y fatal, si se quiere seguir viviendo, de destruir hasta el último rastro del pasado, cuando quemó con los ojos fijos y secos las cartas por él escritas a su mujer, y que ella guardaba desde novia con más amor que sus trajes de ciudad. Y esa misma tarde supo, por fin, lo que es retener en los brazos, deshecho al fin de sollozos, a una criatura que pugna por desasirse para ir a jugar con el chico de la cocinera.

Duro, terriblemente duro aquello... Pero ahora reía con sus dos cachorros que formaban con él una sola persona, dado el modo curioso como Subercasaux educaba a sus hijos.

Las criaturas, en efecto, no temían a la oscuridad, ni a la soledad, ni a nada de lo que constituye el terror de los bebés criados entre las polleras de la madre. Más de una vez, la noche cayó sin que Subercasaux hubiera vuelto del río, y las criaturas encendieron el farol de viento a esperarlo sin inquietud. O se despertaban solos en medio de una furiosa tormenta que los enceguecía a través de los vidrios, para volverse a dormir enseguida, seguros y confiados en el regreso de papá.

No temía a nada, sino a lo que su padre les advertía debían temer; y en primer grado, naturalmente, figuraban las víboras. Aunque libres, respirando salud y deteniéndose a mirarlo todo con sus grandes ojos de cachorros alegres, no hubieran sabido qué hacer un instante sin la compañía del padre. Pero si éste, al salir, les advertía que iba a estar tal tiempo ausente, los chicos se quedaban entonces contentos a jugar entre ellos. De igual modo, si en sus mutuas y largas andanzas por el monte o el río, Subercasaux debía alejarse minutos u horas, ellos improvisaban enseguida un juego, y lo aguardaban indefectiblemente en el mismo lugar, pagando así, con ciega y alegre obediencia, la confianza que en ellos depositaba su padre.

Galopaban a caballo por su cuenta, y esto desde que el varoncito tenía cuatro años. Conocían perfectamente —como toda criatura libre— el

alcance de sus fuerzas, y jamás lo sobrepasaban. Llegaban a veces, solos, hasta el Yabebirí, al acantilado de arenisca rosa.

—Cerciórense bien del terreno, y siéntense después —le había dicho su padre.

El acantilado se alza perpendicular a veinte metros de un agua profunda y umbría que refresca las grietas de su base. Allá arriba, diminutos, los chicos de Subercasaux se aproximaban tanteando las piedras con el pie. Y seguros, por fin, se sentaban a dejar jugar las sandalias sobre el abismo.

Naturalmente, todo esto lo había conquistado Subercasaux en etapas sucesivas y con las correspondientes angustias.

—Un día se mata un chico —decíase—. Y por el resto de mis días pasaré preguntándome si tenía razón al educarlos así.

Sí, tenía razón. Y entre los escasos consuelos de un padre que queda solo con huérfanos, es el más grande el de poder educar a los hijos de acuerdo con una sola línea de carácter.

Subercasaux era, pues, feliz, y las criaturas sentíanse entrañablemente ligadas a aquel hombrón que jugaba horas enteras con ellos, les enseñaba a leer en el suelo con grandes letras rojas y pesadas de minio y les cosía las rasgaduras de sus bombachas con sus tremendas manos endurecidas.

De coser bolsas en el Chaco, cuando fue allá plantador de algodón, Subercasaux había conservado la costumbre y el gusto de coser. Cosía su ropa, la de sus chicos, las fundas del revólver, las velas de su canoa, todo con hilo de zapatero y a puntada por nudo. De modo que sus camisas podían abrirse por cualquier parte menos donde él había puesto su hilo encerado.

En punto a juegos, las criaturas estaban acordes en reconocer en su padre a un maestro, particularmente en su modo de correr en cuatro patas, tan extraordinario que los hacía enseguida gritar de risa.

Como, a más de sus ocupaciones fijas, Subercasaux tenía inquietudes experimentales, que cada tres meses cambiaban de rumbo, sus hijos, constantemente a su lado, conocían una porción de cosas que no es habitual conozcan las criaturas de esa edad. Habían visto —y ayudado a

veces— a disecar animales, fabricar creolina, extraer caucho del monte para pegar sus impermeables; habían visto teñir las camisas de su padre de todos los colores, construir palancas de ocho mil kilos para estudiar cementos; fabricar superfosfatos, vino de naranja, secadoras de tipo Mayfarth, y tender, desde el monte al bungalow, un alambre carril suspendido a diez metros del suelo, por cuyas vagonetas los chicos bajaban volando hasta la casa.

Por aquel tiempo había llamado la atención de Subercasaux un yacimiento o filón de arcilla blanca que la última gran bajada del Yabebirí dejara a descubierto. Del estudio de dicha arcilla había pasado a las otras del país, que cocía en sus hornos de cerámica —naturalmente, construido por él—. Y si había de buscar índices de cocción, vitrificación y demás, con muestras amorfas, prefería ensayar con cacharros, caretas y animales fantásticos, en todo lo cual sus chicos lo ayudaban con gran éxito.

De noche, y en las tardes muy oscuras del temporal, entraba la fábrica en gran movimiento. Subercasaux encendía temprano el horno, y los ensayistas, encogidos por el frío y restregándose las manos, sentábanse a su calor a modelar.

Pero el horno chico de Subercasaux levantaba fácilmente mil grados en dos horas, y cada vez que a este punto se abría su puerta para alimentarlo, partía del hogar albeante un verdadero golpe de fuego que quemaba las pestañas. Por lo cual los ceramistas retirábanse a un extremo del taller, hasta que el viento helado que filtraba silbando por entre las tacuaras de la pared los llevaba otra vez, con mesa y todo, a caldearse de espaldas al horno.

Salvo las piernas desnudas de los chicos, que eran las que recibían ahora las bocanadas de fuego, todo marchaba bien. Subercasaux sentía debilidad por los cacharros prehistóricos; la nena modelaba de preferencia sombreros de fantasía, y el varoncito hacía, indefectiblemente, víboras.

A veces, sin embargo, el ronquido monótono del horno no los animaba bastante, y recurrían entonces al gramófono, que tenía los mismos discos desde que Subercasaux se casó y que los chicos habían aporreado con toda clase de púas, clavos, tacuaras y espinas que ellos mismos aguzaban. Cada uno se encargaba por turno de administrar la máquina, lo cual consistía en cambiar automáticamente de disco sin levantar siquiera los ojos de la arcilla y reanudar enseguida el trabajo. Cuando habían

pasado todos los discos, tocaba a otro el turno de repetir exactamente lo mismo. No oían ya la música, por resaberla de memoria; pero les entretenía el ruido.

A la diez los ceramistas daban por terminada su tarea y se levantaban a proceder por primera vez al examen crítico de sus obras de arte, pues antes de haber concluido todos no se permitía el menor comentario. Y era de ver, entonces, el alborozo ante las fantasías ornamentales de la mujercita y el entusiasmo que levantaba la obstinada colección de víboras del nene. Tras lo cual Subercasaux extinguía el fuego del horno, y todos de la mano atravesaban corriendo la noche helada hasta su casa.

Tres días después del paseo nocturno que hemos contado, Subercasaux quedó sin sirvienta; y este incidente, ligero y sin consecuencias en cualquier otra parte, modificó hasta el extremo la vida de los tres desterrados.

En los primeros momentos de su soledad, Subercasaux había contado para criar a sus hijos con la ayuda de una excelente mujer, la misma cocinera que lloró y halló la casa demasiado sola a la muerte de su señora.

Al mes siguiente se fue, y Subercasaux pasó todas las penas para reemplazarla con tres o cuatro hoscas muchachas arrancadas al monte y que sólo se quedaban tres días por hallar demasiado duro el carácter del patrón.

Subercasaux, en efecto, tenía alguna culpa y lo reconocía. Hablaba con las muchachas apenas lo necesario para hacerse entender; y lo que decía tenía precisión y lógica demasiado masculinas. Al barrer aquéllas el comedor, por ejemplo, les advertía que barrieran también alrededor de cada pata de la mesa. Y esto, expresado brevemente, exasperaba y cansaba a las muchachas.

Por el espacio de tres meses no pudo obtener siquiera una chica que le lavara los platos. Y en estos tres meses Subercasaux aprendió algo más que a bañar a sus chicos.

Aprendió, no a cocinar, porque ya lo sabía, sino a fregar ollas con la misma arena del patio, en cuclillas y al viento helado, que le amorataba las manos. Aprendió a interrumpir a cada instante sus trabajos para correr a retirar la leche del fuego o abrir el horno humeante, y aprendió también a

traer de noche tres baldes de agua del pozo —ni uno menos— para lavar su vajilla.

Este problema de los tres baldes ineludibles constituyó una de sus pesadillas, y tardó un mes en darse cuenta de que le eran indispensables. En los primeros días, naturalmente, había aplazado la limpieza de ollas y platos, que amontonaba uno al lado de otro en el suelo, para limpiarlos todos juntos. Pero después de perder una mañana entera en cuclillas raspando cacerolas quemadas (todas se quemaban), optó por cocinar-comer-fregar, tres sucesivas cosas cuyo deleite tampoco conocen los hombres casados.

No le quedaba, en verdad, tiempo para nada, máxime en los breves días de invierno. Subercasaux había confiado a los chicos el arreglo de las dos piezas, que ellos desempeñaban bien que mal. Pero no se sentía él mismo con ánimo suficiente para barrer el patio, tarea científica, radial, circular y exclusivamente femenina, que, a pesar de saberla Subercasaux base del bienestar en los ranchos del monte, sobrepasaba su paciencia.

En esa suelta arena sin remover, convertida en laboratorio de cultivo por el tiempo cruzado de lluvias y sol ardiente, los piques se propagaron de tal modo que se los veía trepar por los pies descalzos de los chicos. Subercasaux, aunque siempre de *stromboot*, pagaba pesado tributo a los piques. Y rengo casi siempre, debía pasar una hora entera después de almorzar con los pies de su chico entre las manos, en el corredor y salpicado de lluvia o en el patio cegado por el sol. Cuando concluía con el varoncito, le tocaba el turno a sí mismo; y al incorporarse por fin, curvaturado, el nene lo llamaba porque tres nuevos piques le habían taladrado a medias la piel de los pies.

La mujercita parecía inmune, por ventura; no había modo de que sus uñitas tentaran a los piques, de diez de los cuales siete correspondían de derecho al nene y sólo tres a su padre. Pero estos tres resultaban excesivos para un hombre cuyos pies eran el resorte de su vida montés.

Los piques son, por lo general, más inofensivos que las víboras, las uras y los mismos barigüís. Caminan empinados por la piel, y de pronto la perforan con gran rapidez, llegan a la carne viva, donde fabrican una bolsita que llenan de huevos. Ni la extracción del pique o la nidada suelen ser molestas, ni sus heridas se echan a perder más de lo necesario. Pero de cien piques limpios hay uno que aporta una infección, y cuidado

entonces con ella.

Subercasaux no lograba reducir una que tenía en un dedo, en el insignificante meñique del pie derecho. De un agujerillo rosa había llegado a una grieta tumefacta y dolorosísima, que bordeaba la uña. Yodo, bicloruro, agua oxigenada, formol, nada había dejado de probar. Se calzaba, sin embargo, pero no salía de casa, y sus inacabables fatigas de monte se reducían ahora, en las tardes de lluvia, a lentos y taciturnos paseos alrededor del patio, cuando al entrar el sol el cielo se despejaba y el bosque, recortado a contraluz como sombra chinesca, se aproximaba en el aire purísimo hasta tocar los mismos ojos.

Subercasaux reconocía que en otras condiciones de vida habría logrado vencer la infección, la que sólo pedía un poco de descanso. El herido dormía mal, agitado por escalofríos y vivos dolores en las altas horas. Al rayar el día, caía por fin en un sueño pesadísimo, y en ese momento hubiera dado cualquier cosa por quedar en cama hasta las ocho siquiera. Pero el nene seguía en invierno tan madrugador como en verano, y Subercasaux se levantaba achuchado a encender el primus y preparar el café. Luego el almuerzo, el restregar ollas. Y por diversión, al mediodía, la inacabable historia de los piques de su chico.

—Esto no puede continuar así —acabó por decirse Subercasaux—. Tengo que conseguir a toda costa una muchacha.

Pero ¿cómo? Durante sus años de casado esta terrible preocupación de la sirvienta había constituido una de sus angustias periódicas. Las muchachas llegaban y se iban, como lo hemos dicho, sin decir por qué, y esto cuando había una dueña de casa. Subercasaux abandonaba todos sus trabajos y por tres días no bajaba del caballo, galopando por las picadas desde Apariciocué a San Ignacio, tras la más inútil muchacha que quisiera lavar los pañales. Un mediodía, por fin, Subercasaux desembocaba del monte con una aureola de tábanos en la cabeza y el pescuezo del caballo deshilado en sangre; pero triunfante. La muchacha llegaba al día siguiente en ancas de su padre, con un atado; y al mes justo se iba con el mismo atado, a pie. Y Subercasaux dejaba otra vez el machete o la azada para ir a buscar su caballo, que ya sudaba al sol sin moverse.

Malas aventuras aquéllas, que le habían dejado un amargo sabor y que debían comenzar otra vez. ¿Pero hacia dónde?

Subercasaux había ya oído en sus noches de insomnio el tronido lejano del bosque, abatido por la lluvia. La primavera suele ser seca en Misiones, y muy lluvioso el invierno. Pero cuando el régimen se invierte —y de esperar en el clima de Misiones—, las nubes precipitan en tres meses un metro de agua, de los mil quinientos milímetros que deben caer en el año.

Hallábanse ya casi sitiados. El Horqueta, que corta el camino hacia la costa del Paraná, no ofrecía entonces puente alguno y sólo daba paso en el vado carretero, donde el agua caía en espumoso rápido sobre piedras redondas y movedizas, que los caballos pisaban estremecidos. Esto, en tiempos normales; porque cuando el riacho se ponía a recoger las aguas de siete días de temporal, el vado quedaba sumergido bajo cuatro metros de agua veloz, estirada en hondas líneas que se cortaban y enroscaban de pronto en un remolino. Y los pobladores del Yabebirí, detenidos a caballo ante el pajonal inundado, miraban pasar venados muertos, que iban girando sobre sí mismos. Y así por diez o quince días.

El Horqueta daba aún paso cuando Subercasaux se decidió a salir; pero en su estado, no se atrevía a recorrer a caballo tal distancia. Y en el fondo, hacia el arroyo del Cazador, ¿qué podía hallar?

Recordó entonces a un muchachón que había tenido una vez, listo y trabajador como pocos, quien le había manifestado riendo, el mismo día de llegar, y mientras fregaba una sartén en el suelo, que él se quedaría un mes, porque su patrón lo necesitaba; pero ni un día más, porque ése no era un trabajo para hombres. El muchacho vivía en la boca del Yabebirí, frente a la isla del Toro; lo cual representaba un serio viaje, porque si el Yabebirí se desciende y se remonta jugando, ocho horas continuas de remo aplastan los dedos de cualquiera que ya no está en tren.

Subercasaux se decidió, sin embargo. Y a pesar del tiempo amenazante, fue con sus chicos hasta el río, con el aire feliz de quien ve por fin el cielo abierto. Las criaturas besaban a cada instante la mano de su padre, como era hábito en ellos cuando estaban muy contentos. A pesar de sus pies y el resto, Subercasaux conservaba todo su ánimo para sus hijos; pero para éstos era cosa muy distinta atravesar con su piapiá el monte enjambrado de sorpresas y correr luego descalzos a lo largo de la costa, sobre el barro caliente y elástico del Yabebirí.

Allí les esperaba lo ya previsto: la canoa llena de agua, que fue preciso

desagotar con el achicador habitual y con los mates guardabichos que los chicos llevaban siempre en bandolera cuando iban al monte.

La esperanza de Subercasaux era tan grande que no se inquietó lo necesario ante el aspecto equívoco del agua enturbiada, en un río que habitualmente da fondo claro a los ojos hasta dos metros.

«Las lluvias —pensó— no se han obstinado aún con el sudeste... Tardará un día o dos en crecer».

Prosiguieron trabajando. Metidos en el agua a ambos lados de la canoa, baldeaban de firme. Subercasaux, en un principio, no se había atrevido a quitarse las botas, que el lodo profundo retenía al punto de ocasionarle buenos dolores al arrancar el pie. Descalzose, por fin, y con los pies libres y hundidos como cuñas en el barro pestilente, concluyó de agotar la canoa, le dio vuelta y le limpió los fondos, todo en dos horas de febril actividad.

Listos, por fin, partieron. Durante una hora la canoa se deslizó más velozmente de lo que el remero hubiera querido. Remaba mal, apoyado en un solo pie, y el talón desnudo herido por el filo del soporte. Y asimismo avanzaba aprisa, porque el Yabebirí corría ya. Los palitos hinchados de burbujas, que comenzaban a orlear los remansos, y el bigote de las pajas atracadas en un raigón hicieron por fin comprender a Subercasaux lo que iba a pasar si demoraba un segundo en virar de proa hacia su puerto.

Sirvienta, muchacho, ¡descanso, por fin!..., nuevas esperanzas perdidas. Remó, pues, sin perder una palada. Las cuatro horas que empleó en remontar, torturado de angustias y fatiga, un río que había descendido en una hora, bajo una atmósfera tan enrarecida que la respiración anhelaba en vano, sólo él pudo apreciarlas a fondo. Al llegar a su puerto, el agua espumosa y tibia había subido ya dos metros sobre la playa. Y por la canal bajaban a medio hundir ramas secas, cuyas puntas emergían y se hundían balanceándose.

Los viajeros llegaron al bungalow cuando ya estaba casi oscuro, aunque eran apenas las cuatro, y a tiempo que el cielo, con un solo relámpago desde el cenit al río, descargaba por fin su inmensa provisión de agua. Cenaron enseguida y se acostaron rendidos, bajo el estruendo del cinc que el diluvio martilló toda la noche con implacable violencia.

Al rayar el día, un hondo escalofrío despertó al dueño de casa. Hasta ese momento había dormido con pesadez de plomo. Contra lo habitual, desde que tenía el dedo herido, apenas le dolía el pie, no obstante las fatigas del día anterior. Echóse encima el impermeable tirado en el respaldo de la cama, y trató de dormir de nuevo.

Imposible. El frío lo traspasaba. El hielo interior irradiaba hacia afuera, y todos los poros convertidos en agujas de hielo erizadas, de lo que adquiría noción al mínimo roce con su ropa. Apelotonado, recorrido a lo largo de la médula espinal por rítmicas y profundas corrientes de frío, el enfermo vio pasar las horas sin lograr calentarse. Los chicos, felizmente, dormían aún.

—En el estado en que estoy no se hacen pavadas como la de ayer —se repetía—. Éstas son las consecuencias.

Como un sueño lejano, como una dicha de inapreciable rareza que alguna vez poseyó, se figuraba que podía quedar todo el día en cama, caliente y descansando, por fin, mientras oía en la mesa el ruido de las tazas de café con leche que la sirvienta —aquella primera gran sirvienta— servía a los chicos...

¡Quedar en cama hasta las diez, siquiera!... En cuatro horas pasaría la fiebre, y la misma cintura no le dolería tanto... ¿Qué necesitaba, en suma, para curarse? Un poco de descanso, nada más. Él mismo se lo había repetido diez veces...

Y el día avanzaba, y el enfermo creía oír el feliz ruido de las tazas, entre las pulsaciones profundas de su sien de plomo. ¡Qué dicha oír aquel ruido!... Descansaría un poco, por fin...

* * *

—¡Piapiá!

—Mi hijo querido...

—¡Buen día, piapiacito adorado! ¿No te levantaste todavía? Es tarde, piapiá.

—Sí, mi vida, ya me estaba levantando...

Y Subercasaux se vistió aprisa, echándose en cara su pereza, que lo

había hecho olvidar del café de sus hijos.

El agua había cesado, por fin, pero sin que el menor soplo de viento barrierá la humedad ambiente. A mediodía la lluvia recomenzó, la lluvia tibia, calma y monótona, en que el valle del Horqueta, los sembrados y los pajonales se diluían en una brumosa y tristísima napa de agua.

Después de almorzar, los chicos se entretuvieron en rehacer su provisión de botes de papel que habían agotado la tarde anterior... hacían cientos de ellos, que acondicionaban unos dentro de otros como cartuchos, listos para ser lanzados en la estela de la canoa, en el próximo viaje. Subercasaux aprovechó la ocasión para tirarse un rato en la cama, donde recuperó enseguida su postura de gatillo, manteniéndose inmóvil con las rodillas subidas hasta el pecho.

De nuevo, en la sien, sentía un peso enorme que la adhería a la almohada, al punto de que ésta parecía formar parte integrante de su cabeza. ¡Qué bien estaba así! ¡Quedar uno, diez, cien días sin moverse! El murmullo monótono del agua en el cinc lo arrullaba, y en su rumor oía distintamente, hasta arrancarle una sonrisa, el tintineo de los cubiertos que la sirvienta manejaba a toda prisa en la cocina. ¡Qué sirvienta la suya!... Y oía el ruido de los platos, docenas de platos, tazas y ollas que las sirvientas —¡eran diez ahora!— raspaban y flotaban con rapidez vertiginosa. ¡Qué gozo de hallarse bien caliente, por fin, en la cama, sin ninguna, ninguna preocupación!... ¿Cuándo, en qué época anterior había él soñado estar enfermo, con una preocupación terrible?... ¡Qué zonzo había sido!... Y qué bien se está así, oyendo el ruido de centenares de tazas limpísimas...

* * *

—¡Piapiá!

—Chiquita...

—¡Ya tengo hambre, piapiá!

—Sí, chiquita; enseguida...

Y el enfermo se fue a la lluvia a aprontar el café a sus hijos.

Sin darse cuenta precisa de lo que había hecho esa tarde, Subercasaux

vio llegar la noche con hondo deleite. Recordaba, sí, que el muchacho no había traído esa tarde la leche, y que él había mirado un largo rato su herida, sin percibir en ella nada de particular.

Cayó en la cama sin desvestirse siquiera, y en breve tiempo la fiebre lo arrebató otra vez. El muchacho que no había llegado con la leche... ¡Qué locura!...

Con sólo unos días de descanso, con unas horas nada más, se curaría. ¡Claro! ¡Claro!... Hay una justicia a pesar de todo... Y también un poquito de recompensa... para quien había querido a sus hijos como él... Pero se levantaría sano. Un hombre puede enfermarse a veces... y necesitar un poco de descanso. ¡Y cómo descansaba ahora, al arrullo de la lluvia en el cinc!... ¿Pero no habría pasado un mes ya?... Debía levantarse.

El enfermo abrió los ojos. No veía sino tinieblas, agujereadas por puntos fulgurantes que se retraían e hinchaban alternativamente, avanzando hasta sus ojos en velocísimo vaivén.

«Debo de tener fiebre muy alta» —se dijo el enfermo.

Y encendió sobre el velador el farol de viento. La mecha, mojada, chisporroteó largo rato, sin que Subercasaux apartara los ojos del techo. De lejos, lejísimos, llegábale el recuerdo de una noche semejante en que él se hallaba muy, muy enfermo... ¡Qué tontería!... Se hallaba sano, porque cuando un hombre nada más que cansado tiene la dicha de oír desde la cama el tintineo vertiginoso del servicio en la cocina, es porque la madre vela por sus hijos...

Despertose de nuevo. Vio de reojo el farol encendido, y tras un concentrado esfuerzo de atención, recobró la conciencia de sí mismo.

En el brazo derecho, desde el codo a la extremidad de los dedos, sentía ahora un dolor profundo. Quiso recoger el brazo y no lo consiguió. Bajó el impermeable, y vio su mano lívida, dibujada de líneas violáceas, helada, muerta. Sin cerrar los ojos, pensó un rato en lo que aquello significaba dentro de sus escalofríos y del roce de los vasos abiertos de su herida con el fango infecto del Yabebirí, y adquirió entonces, nítida y absoluta, la comprensión definitiva de que todo él también se moría —que se estaba muriendo.

Hízose en su interior un gran silencio, como si la lluvia, los ruidos y el ritmo mismo de las cosas se hubieran retirado bruscamente al infinito. Y como si estuviera ya desprendido de sí mismo, vio a lo lejos de un país un bungalow totalmente interceptado de todo auxilio humano, donde dos criaturas, sin leche y solas, quedaban abandonadas de Dios y de los hombres, en el más inicuo y horrendo de los desamparos.

Sus hijitos...

Se hallaba ahora bien, perfectamente bien, descansando.

Con un supremo esfuerzo pretendió arrancarse a aquella tortura que le hacía palpar hora tras hora, día tras día, el destino de sus adoradas criaturas. Pensaba en vano: la vida tiene fuerzas superiores que nos escapan... Dios provee...

«¡Pero no tendrán qué comer!» —gritaba tumultuosamente su corazón. Y él quedaría allí mismo muerto, asistiendo a aquel horror sin precedentes...

Mas, a pesar de la lívida luz del día que reflejaba la pared, las tinieblas recomenzaban a absorberlo otra vez con sus vertiginosos puntos blancos, que retrocedían y volvían a latir en sus mismos ojos... ¡Sí! ¡Claro! ¡Había soñado! No debiera ser permitido soñar tales cosas... Ya se iba a levantar, descansado.

* * *

—¡Piapiá!... ¡Piapiá!... ¡Mi piapiacito querido!

—Mi hijo...

—¿No te vas a levantar hoy, piapiá? Es muy tarde. ¡Tenemos mucha hambre, piapiá!

—Mi chiquito... No me voy a levantar todavía... Levántense ustedes y coman galleta... Hay dos todavía en la lata... Y vengan después.

—¿Podemos entrar ya, piapiá?

—No, querido mío... Después haré el café... Yo los voy a llamar.

Oyó aún las risas y el parloteo de sus chicos que se levantaban, y después

de un rumor in crescendo, un tintineo vertiginoso que irradiaba desde el centro de su cerebro e iba a golpear en ondas rítmicas contra su cráneo dolorosísimo. Y nada más oyó.

* * *

Abrió otra vez los ojos, y al abrirlos sintió que su cabeza caía hacia la izquierda con una facilidad que le sorprendió. No sentía ya rumor alguno. Sólo una creciente dificultad sin penurias para apreciar la distancia a que estaban los objetos... Y la boca muy abierta para respirar.

—Chiquitos... Vengan enseguida...

Precipitadamente, las criaturas aparecieron en la puerta entreabierta; pero ante el farol encendido y la fisonomía de su padre, avanzaron mudos y los ojos muy abiertos.

El enfermo tuvo aún el valor de sonreír, y los chicos abrieron más los ojos ante aquella mueca.

—Chiquitos —les dijo Subercasaux, cuando los tuvo a su lado—. Óiganme bien, chiquitos míos, porque ustedes son ya grandes y pueden comprender todo... Voy a morir, chiquitos... Pero no se aflijan... Pronto van a ser ustedes hombres, y serán buenos y honrados... Y se acordarán entonces de su piapiá... Comprendan bien, mis hijitos queridos... Dentro de un rato me moriré, y ustedes no tendrán más padre... Quedarán solitos en casa... Pero no se asusten ni tengan miedo... Y ahora, adiós, hijitos míos... Me van a dar ahora un beso... Un beso cada uno... Pero ligero, chiquitos... Un beso... a su piapiá...

* * *

Las criaturas salieron sin tocar la puerta entreabierta y fueron a detenerse en su cuarto, ante la llovizna del patio. No se movían de allí. Sólo la mujercita, con una vislumbre de la extensión de lo que acababa de pasar, hacía a ratos pucheros con el brazo en la cara, mientras el nene rascaba distraído el contramarco, sin comprender.

Ni uno ni otro se atrevían a hacer ruido.

Pero tampoco les llegaba el menor ruido del cuarto vecino, donde desde hacía tres horas su padre, vestido y calzado bajo el impermeable, yacía muerto a la luz del farol.

Un peón

Una tarde, en Misiones, acababa de almorzar cuando sonó el cencerro del portoncito. Salí y vi detenido a un hombre joven, con el sombrero en una mano y una valija en la otra.

Hacía 40 grados fácilmente, que sobre la cabeza crespa de mi hombre obraban como 60. No parecía él, sin embargo, inquietarse en lo más mínimo. Lo hice pasar y el hombre avanzó sonriendo y mirando con curiosidad la copa de mis mandarinos de cinco metros de diámetro que, dicho sea de paso, son el orgullo de la región y el mío.

Le pregunté qué quería y me respondió que buscaba trabajo. Entonces lo miré con más atención.

Para peón, estaba absurdamente vestido. La valija, desde luego de cuero y con lujo de correas. Después su traje, de cordero marrón sin una mancha. Por fin, las botas; y no botas de obraje, sino artículo de primera calidad. Y sobre todo esto, el aire elegante, sonriente y seguro de mi hombre. ¿Peón él?...

—Para todo trabajo —me respondió alegre—. Me sé tirar de hacha y de azada... Tengo trabajado antes de ahora no Foz-do-Iguassú; e fize una plantación de papas.

El muchacho era brasileño y hablaba una lengua de frontera, mezcla de portugués-español-guaraní, fuertemente sabrosa.

—¿Papas? ¿Y el sol? —observé—. ¿Cómo se las arreglaba?

—¡Oh! —me respondió encogiéndose de hombros—. O sol no hace nada... Tené cuidado de mover grande la tierra con a azada... ¡Y dale duro a o yuyo! El yuyo es el peor enemigo por la papa.

Véase cómo aprendí a cultivar papas en un país donde el sol, a más de matar las verduras quemándolas sencillamente como al contacto de una plancha, fulmina en tres segundos a las hormigas rubias y en 20 a las

víboras de coral.

El hombre me miraba y lo miraba todo, visiblemente agradado de mí y del paraje.

—Bueno... —le dije—. Vamos a probar unos días... No tengo mayor trabajo por ahora.

—No importa —me respondió—. Me gusta esta casa. Es un lugar muito lindo...

Y volviéndose al Paraná, que corría dormido en el fondo del valle, agregó contento:

—¡Oh, Paraná do diavo!... Si al patrón te gusta pescar, yo te voy a acompañar a usted... Me tengo divertido grande no Foz con os mangrullús.

Por aquí, sí; para divertirse, el hombre parecía apto como pocos. Pero el caso es que a mí también me divertía y cargué sobre mi conciencia los pesos que llegaría a costarme.

En consecuencia, dejó su valija sobre la mesita del corredor y me dijo:

—Este día no trabajo... Voy a conocer o pueblo. Mañana empiezo.

De diez peones que van a buscar trabajo a Misiones, sólo uno comienza enseguida, y es el que realmente está satisfecho de las condiciones estipuladas. Los que aplazan la tarea para el día siguiente, por grandes que fueren sus promesas, no vuelven más.

Pero mi hombre era de una pasta demasiado singular para ser incluido en el catálogo normal de los mensú, y de aquí mis esperanzas. Efectivamente, al día siguiente —de madrugada aún— apareció, restregándose las manos desde el portón.

—Ahora sí cumplo... ¿Qué es para facer?

Le encomendé que me continuara un pozo en piedra arenisca que había comenzado yo y que alcanzaba apenas a tres metros de hondura. El hombre bajó, muy satisfecho del trabajo, y durante largo rato oí el golpe sordo del pico y los silbidos del pocero.

A mediodía llovió y el agua arrastró un poco de tierra al fondo. Rato después sentía de nuevo los silbidos de mi hombre, pero el pico no marchaba bien. Me asomé a ver qué pasaba y vi a Olivera —así se llamaba— estudiando concienzudamente la trayectoria de cada picazo para que las salpicaduras del barro no alcanzaran a su pantalón.

—¿Qué es eso, Olivera? —le dije—. Así no vamos a adelantar gran cosa...

El muchacho levantó la cabeza y me miró un momento con detención, como si quisiera darse bien cuenta de mi fisonomía. Enseguida se echó a reír, doblándose de nuevo sobre el pico.

—¡Está bueno! —murmuró—. ¡Fica bon!...

Me alejé para no romper con aquel peón absurdo, como no había visto otro; pero cuando estaba apenas a diez pasos, oí su voz que me llegaba desde abajo:

—¡Ja, ja!... ¡Esto sí que está bueno, o patrón!... ¿Então me voy a ensuciar por mi ropa para fazer este pozo condenado?

La cosa proseguía haciéndole mucha gracia. Unas horas más tarde Olivera entraba en casa y sin toser siquiera en la puerta para advertir su presencia, cosa inaudita en un mensú. Parecía más alegre que nunca.

—Ahí está el pozo —señaló, para que yo no dudara de su existencia—. ¡Condenado!... No trabajo más allá. O pozo que você hizo... ¡No sabés hacer para tu pozo, usted!... Muito angosto. ¿Qué hacemos ahora, patrón? —y se acodó en la mesa, a mirarme.

Pero yo persistía en mi debilidad por el hombre. Lo mandé al pueblo a comprar un machete.

—Collins —le advertí—. No quiero Toro.

El muchacho se alzó entonces, muerto de gusto.

—¡Isto sí que está bon! ¡Lindo, Colin! ¡Ahora voy tener para mí machete macanudo!

Y salió feliz, como si el machete fuera realmente para él.

Eran las dos y media de la tarde, la hora por excelencia de las apoplejías, cuando es imposible tocar un cabo de madera que haya estado abandonado diez minutos al sol. Monte, campo, basalto y arenisca roja, todo reverberaba, lavado en el mismo tono amarillo. El paisaje estaba muerto en un silencio henchido de un zumbido uniforme, sobre el mismo tímpano, que parecía acompañar a la vista dondequiera que ésta se dirigiese.

Por el camino quemante, el sombrero en una mano y mirando a uno y otro lado la copa de los árboles, con los labios estirados como si silbase, aunque no silbaba, iba mi hombre a buscar el machete. De casa al pueblo hay media legua. Antes de la hora distinguí de lejos a Olivera que volvía despacio, entretenido en hacer rayas en el camino con su herramienta. Algo, sin embargo, en su marcha, parecía indicar una ocupación concreta, y no precisamente simular rastros de lagartija en la arena. Salí al portón del camino y vi entonces lo que hacía Olivera: traía por delante, hacía avanzar por delante insinuándola en la vía recta con la punta del machete, a una víbora, una culebra cazadora de pollos.

Esa mañana me había visto trabajar con víboras, «una boa idea», según él.

Habiendo hallado a la culebra a mil metros de casa, le había parecido muy útil traérmela viva, «para o estudio del patrón». Y nada más natural que hacerla marchar delante de él, como se arrea a una oveja.

—¡Bicho ruin! —exclamó satisfecho, secándose el sudor—. No quería caminar direito...

Pero lo más sorprendente de mi peón es que después trabajó, y trabajó como no he visto a nadie hacerlo.

Desde tiempo atrás había alimentado yo la esperanza de reponer algún día los cinco bocayás que faltaban en el círculo de palmeras alrededor de casa. En esa parte del patio el mineral rompe a flor de tierra en bloques de hierro mangánico veteado de arenisca quemada y tan duros que repelen la barreta con un grito agudo y corto. El peón que abriera los pozos primitivos no había ahondado sino 50 centímetros; y era menester un metro por lo menos para llegar al subsuelo de asperón.

Puse en la tarea a Olivera. Como allí no había barro que pudiera salpicar su pantalón, esperaba que consintiera en hallar de su gusto ese trabajo.

Y así fue, en efecto. Observó largo rato los pozos, meneando la cabeza ante su forma poco circular; se sacó el saco y lo colgó de las espinas del bocayá próximo. Miró un momento el Paraná y después de saludarlo con un: «¡Oh, Paraná danado!», se abrió de piernas sobre la boca del pozo.

Comenzó a las ocho de la mañana. A las once, y con igual rotundidad, sonaban los barretazos de mi hombre. Efectos de indignación por el trabajo primitivo mal hecho o de afán de triunfo ante aquellas planchas negroazuladas que desprendían esquirlas filosas como navajas de botella, lo cierto es que jamás vi una perseverancia igual en echar el alma en cada barretazo. La meseta entera retumbaba con los golpes sordos, pues la barreta trabaja a un metro de profundidad.

A ratos me acercaba a ver su tarea, pero el hombre no hablaba más. Miraba de vez en cuando al Paraná, serio ahora, y se abría de nuevo de piernas.

Creí que a la siesta se resistiría a proseguir bajo el infierno del sol. No hubo tal; a las dos llegó a su pozo, colgó otra vez sombrero y saco de las espinas de la palmera y recommenzó.

Yo no estaba bien esa siesta. A tal hora, fuera del zumbido inmediato de alguna avispa en el corredor y del rumor vibrante y monótono del paisaje asfixiado por la luz, no es habitual sentir nada más. Pero ahora la meseta resonaba sordamente, golpe tras golpe. Debido al mismo estado de depresión en que me hallaba, prestaba un oído enfermizo al retumbo aquel. Cada golpe de la barreta me parecía más fuerte; creía hasta sentir el ¡han! del hombre al doblarse. Los golpes tenían un ritmo muy marcado; pero de uno a otro pasaba un siglo de tiempo. Y cada nuevo golpe era más fuerte que el anterior.

—Ya viene —me decía a mí mismo—. Ahora, ahora... Éste va a retumbar más que los otros...

Y, efectivamente, el golpe sonaba terrible, como si fuera el último de un fuerte trabajador cuando tira la herramienta al diablo.

Pero la angustia recommenzaba enseguida:

—Éste va a ser más fuerte todavía... Ya va a sonar...

Y sonaba en efecto.

Tal vez yo tuviera un poco de fiebre. A las cuatro no pude más y fui al pozo.

—¿Por qué no deja un rato, Olivera? —le dije—. Va a quedar loco con eso...

El hombre levantó la cabeza y me miró con una larga mirada irónica.

—Então... ¿você no quiere que yo le haga por tus pozos?...

Y continuaba mirándome, con la barreta entre las manos como un fusil en descanso.

Me fui de allí y como siempre que me sentía desganado, cogí el machete y entré en el monte.

Al cabo de una hora regresé, sano ya. Volví por el monte del fondo de casa, mientras Olivera concluía de limpiar su pozo con una cuchara de lata. Un momento después me iba a buscar al comedor.

Yo no sabía qué me iba a decir mi hombre después del trabajito de ese horrible día. Pero se plantó enfrente de mí y me dijo sólo señalando las palmeras con orgullo un poco despectivo:

—Ahí tenés para tus bocayás... ¡Así se faz un trabajo!...

Y concluyó, sentándose a mi frente y estirando las piernas sobre una silla, mientras se secaba el sudor:

—¡Piedra do diavo!... Quedó curubica...

Éste fue el comienzo de mis relaciones con el peón más raro que haya tenido nunca en Misiones. Estuvo tres meses conmigo. En asuntos de pago era muy formal; quería siempre sus cuentas arregladas a fin de semana. Los domingos iba al pueblo, vestido de modo a darme envidia a mí mismo —para lo cual no se necesitaba mucho, por lo demás—. Recorría todos los boliches, pero jamás tomaba nada. Se quedaba en un boliche dos horas, oyendo hablar a los demás peones; iba de un grupo a otro, según cambiara la animación, y lo oía todo con una muda sonrisa, pero nunca hablaba. Luego iba a otro boliche, después a otro, y así hasta

la noche. El lunes llegaba a casa siempre a primera hora, restregándose las manos desde que me veía.

Hicimos asimismo algunos trabajos juntos. Por ejemplo, la limpieza del bananal grande, que nos llevó seis días completos, cuando sólo debiera haber necesitado tres. Aquello fue lo más duro que yo haya hecho en mi vida —y acaso él— por el calor de ese verano. El ambiente a la siesta de un bananal, sucio casi hasta capuera; en una hondonada de arena que quema los pies a través de las botas, es una prueba única en la resistencia al calor de un individuo. Arriba, en la altura de la casa, las hojas de las palmeras se desflecaban enloquecidas por el viento norte; un viento de horno, si se quiere, pero que refresca por evaporación del sudor. Pero en el fondo, donde estábamos nosotros, entre las pajas de dos metros, en una atmósfera ahogada y rutilante de nitratos, partidos en dos para machetear a ras del suelo, es preciso tener muy buena voluntad para soportar eso.

Olivera se erguía de vez en cuando con las manos en la cintura —camisa y pantalón completamente mojados—. Secaba el mango del machete, contento de sí mismo por la promesa del río, allá en el fondo del valle:

—¡Oh, baño que me voy a dar!... ¡Ah, Paraná!

Al concluir el rozado ese, tuve con mi hombre el único disgusto a que dio lugar.

En casa teníamos, desde cuatro meses atrás, una sirvienta muy buena. Quien haya vivido en Misiones, en el Chubut o donde fuere, pero en monte o campo, comprenderá el encanto nuestro con una muchacha así.

Se llamaba Cirila. Era la décima tercera hija de un peón paraguayo, muy católico desde su juventud, y que a los sesenta años había aprendido a leer y escribir. Acompañaba infaliblemente todos los entierros, dirigiendo los rezos por el camino.

La muchacha gozaba de toda nuestra confianza. Aún más, nunca le notamos debilidad visible por Olivera, que los domingos era todo un buen mozo. Dormía en el cobertizo, cuya mitad ocupaba; en la otra mitad tenía yo mi taller.

Un día, sí, había visto a Olivera apoyarse en la azada y seguir con los ojos

a la muchacha, que pasaba al pozo a buscar agua. Yo cruzaba por allí.

—Ahí tenés —me dijo estirando el labio—, una buena peona para você... ¡Buena muchacha! Y no es fea a rapaza...

Dicho lo cual prosiguió carpiendo, satisfecho.

Una noche tuvimos que hacer levantar a Cirila a las once. Salió enseguida de su cuarto vestida —como duermen todas ellas, desde luego—, pero muy empolvada.

¿Qué diablos de polvos precisaba la muchacha para dormir? No pudimos dar con el motivo, fuera del supuesto de una trasnochada coquetería.

Pero he aquí que una noche, muy tarde, me levanté a contener a uno de los tantos perros hambrientos que en aquella época rompían con los dientes el tejido de alambre para entrar. Al pasar por el taller sentí ruido, y en el mismo instante una sombra salió corriendo de adentro hacia el portón.

Yo tenía muchas herramientas, tentación eterna de los peones. Lo que es peor, esa noche tenía en la mano el revólver, pues confieso que el ver todas las mañanas tres o cuatro agujeros en el tejido había acabado por sacarme de quicio.

Corrí hacia el portoncito, pero ya el hombre bajaba a todo escape la cuesta hacia el camino, arrastrando las piedras en la carrera. Apenas veía el bulto. Disparé los cinco tiros; el primero tal vez con no muy sana intención, pero los restantes al aire. Recuerdo muy claramente esto: la aceleración desesperada de la carrera, a cada disparo.

No hubo más. Pero algo había llamado mi atención; y es que el ladrón nocturno estaba calzado, a juzgar por el rodar de los cantos que arrastraba. Y peones que allá calcen botines o botas, fuera de los domingos, son contadísimos.

A la madrugada siguiente, nuestra sirvienta tenía perfecto aire de culpable. Yo estaba en el patio cuando Olivera llegó. Abrió el portoncito y avanzó silbando al Paraná y a los mandarinos, alternativamente, como si nunca los hubiera notado.

Le di el gusto de ser yo quien comenzase.

—Vea, Olivera —le dije—. Si usted tiene mucho interés en mis herramientas, puede pedírmelas de día y no venirlas a buscar de noche...

El golpe llegaba justo. Mi hombre me miró abriendo mucho los ojos y se cogió con una mano del parral.

—¡Ah, no! —exclamó negando con la cabeza, indignado—. ¡Usted sabés muito bien que yo no robo para você! ¡Ah, no! ¡Não puede você decir eso!

—Pero el caso es —insistí— que usted estaba anoche metido en el taller.

—¡Y sí!... ¡Y si usted me ves en alguna parte... você que es muito hombre... sabe bien você que yo no me bajo para tu robo!

Y sacudió el parral, murmurando:

—¡Barbaridade!

—Bueno, dejemos —concluí—. Pero no quiero visitas de ninguna especie de noche. En su casa haga lo que quiera; aquí, no.

Olivera quedó un rato todavía sacudiendo la cabeza. Después se encogió de hombros y fue a tomar la carretilla, pues en esos momentos nos ocupábamos en un movimiento de tierra.

No habían pasado cinco minutos, cuando me llamó. Se había sentado en los brazos de la carretilla cargada y al llegar junto a él dio un gran puñetazo en la tierra, semi serio:

—¿Y cómo que você me prova que yo vine para a minina? ¡Vamos a ver!

—No tengo nada que probar —le dije—. Lo que sé es que si usted no hubiera corrido tan rápido anoche, no charlaría tanto ahora en lugar de dormirse con la carretilla.

Me fui; pero ya Olivera había recobrado su buen humor.

—¡Ah, esto sí! —exclamó con una carcajada, levantándose a trabajar—. ¡Diavo con o patrón!... ¡Pim! ¡Pam! ¡Pum!... ¡Barbaridade de revólver!...

Y alejándose con la carretilla cargada:

—¡Macanudo, você!

Para concluir con esta historia: esa misma tarde Olivera se detuvo a mi lado al irse.

—Y você, então... —me guiñó—: Para usted te digo, que sos o bon patrón do Olivera... A Cirila... ¡Dale, no más!... ¡É muito bonitinha!

El muchacho no era egoísta, como se ve.

Pero la Cirila no estaba ya a gusto en casa. No hay, por lo demás, ejemplo allá de una sirvienta de la cual se haya estado jamás seguro. Por a o por b, sin motivo alguno, un buen día quieren irse. Es un deseo fulminante e irresistible. Como decía una vieja señora: «Les viene como la necesidad de hacer pichí; no hay espera posible».

Nuestra muchacha también se fue; pero no al día siguiente de pensarlo, como hubiera sido su deseo, porque esa misma noche fue mordida por una víbora.

Esta víbora era hija de un animalito cuya piel de muda hallé entre dos troncos en el mismo bananal de casa, al llegar allá, cuatro años antes. La yarará iba seguramente de pasada, porque nunca la encontré; pero sí vi con sobrada frecuencia a ejemplares de su cría que dejó en los alrededores, en forma de siete viborillas que maté en casa, y todas ellas en circunstancias poco tranquilizadoras.

Tres veranos consecutivos duró la matanza. El primer año tenían 35 centímetros; el tercero alcanzaban a 70. La madre, a juzgar por el pellejo, debía de ser un ejemplar magnífico.

La sirvienta, que iba con frecuencia a San Ignacio, había visto un día a la víbora cruzada en el sendero. Muy gruesa —decía ella— y con la cabeza chiquita.

Dos días después de esto, mi perra fox-terrier, rastreando a una perdiz de monte, en el mismo paraje, había sido mordida en el hocico. Muerta, en diecisiete minutos.

La noche del caso de Cirila yo estaba en San Ignacio —a donde iba de vez en cuando—. Olivera llegó allí rápidamente a decirme que una víbora había picado a Cirila. Volamos a casa a caballo y hallé a la muchacha

sentada en el escalón del comedor, gimiendo con el pie cogido entre las manos.

En casa le habían ligado el tobillo, tratando enseguida de inyectar permanganato. Pero no es fácil darse cuenta de la resistencia que a la entrada de la aguja ofrece un talón convertido en piedra por el edema. Examiné la mordedura, en la base del tendón de Aquiles. Yo esperaba ver muy juntos los dos clásicos puntitos de los colmillos. Los dos agujeros aquellos, de que aún fluían babeando dos hilos de sangre, estaban a cuatro centímetros uno de otro; dos dedos de separación. La víbora, pues, debía de ser enorme.

Cirila se llevaba las manos del pie a la cabeza y decía sentirse muy mal. Hice cuanto podía hacer: ensanche de la herida, presión, gran lavaje con permanganato y alcohol a fuertes dosis.

Entonces no tenía suero; pero había intervenido en dos casos de mordedura de víbora con derroche de caña y confiaba mucho en su eficacia.

Acostamos a la muchacha y Olivera se encargó del alcohol. A la media hora la pierna era ya una cosa deforme y Cirila —quiero creer que no estaba descontenta del tratamiento— no cabía en sí de dolor y de borrachera. Gritaba sin cesar:

—¡Me picó!... ¡Víbora negra! ¡Víbora maldita!... ¡Ay!... ¡No me hallo!... ¡Me picó víbora!... ¡No me hallo con esta picadura!

Olivera, de pie, con las manos en los bolsillos, miraba a la enferma y asentía a todo con la cabeza. De vez en cuando se volvía a mí, murmurando:

—¡É barbaridade!...

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, Cirila estaba fuera de peligro inmediato, aunque la hinchazón proseguía. Desde la madrugada Olivera se había mantenido a la vista del portoncito, ansioso de comunicar nuestro triunfo a cuantos pasaban:

—O patrón... ¡hay para ver! ¡Iste sí que es un home!... ¡Dale caña y pirganato! Aprendé para usted.

La viborita, sin embargo, era lo que me preocupaba, pues mis chicos cruzaban a menudo el sendero.

Después de almorzar fui a buscarla. Su guarida —digamos— consistía en una hondonada cercada de piedra y cuyo espartillo diluviano llegaba hasta la cintura. Jamás había sido quemado.

Si era fácil hallarla buscándola bien, más fácil era pisarla. Y colmillos de dos centímetros de largo no halagan, aun con *stromboot*.

Como calor y viento norte, la siesta no podía ofrecer más. Llegué al lugar, y apartando las matas de espartillo una por una con el machete, comencé a buscar a la bestia. Lo que se ve en el fondo, entre mata y mata de espartillo, es un pedacito de tierra sombría y seca. Nada más. Otro paso, otra inspección con el machete y otro pedacito de tierra durísima. Así poco a poco.

Pero la situación nerviosa, cuando se está seguro de que de un momento a otro se va a hallar al animal, no es desdeñable. Cada paso me acercaba más a ese instante, porque no tenía duda alguna de que el animal vivía allí; y con ese sol no había yarará capaz de salir a lucirse.

De repente, al apartar el espartillo y sobre la punta de las botas, la vi. Sobre un fondo oscuro del tamaño de un plato, la vi pasar rozándome.

Ahora bien: no hay cosa más larga, más eternamente larga en la vida, que una víbora de un metro ochenta que va pasando por pedazos, diremos, pues yo no veía sino lo que me permitía el claro abierto con el machete.

Pero como placer, muy grande. Era una yararacusú, el más robusto ejemplar que yo haya visto, e incontestablemente la más hermosa de las yararás, que son a su vez las más bellas entre las víboras, a excepción de las de coral. Sobre su cuerpo, bien negro, pero un negro de terciopelo, se cruzan en ancho losange bandas de color oro. Negro y oro; ya se ve. Además, la más venenosa de todas las yararás.

La mía pasó, pasó y pasó. Cuando se detuvo, se veía aún el extremo de la cola. Volví la vista en la probable dirección de su cabeza y la vi a mi costado, alta y mirándome fijo. Había hecho una curva y estaba inmóvil, observando mi actitud.

Cierto es, la víbora no tenía deseos de combate, como jamás los tienen con el hombre. Pero yo los tenía, y muy fuertes. De modo que dejé caer el machete para dislocarle solamente el espinazo, a efectos de la conservación del ejemplar.

El machetazo fue de plano y nada leve: como si nada hubiera pasado. El animal se tendió violentamente en una especie de espantada que la alejó medio metro y quedó otra vez inmóvil a la expectativa, aunque esta vez con la cabeza más alta. Mirándome cuanto es posible figurarse.

En campo limpio, ese duelo, un sí es no es psicológico, me hubiera entretenido un momento más; pero hundido en aquella maleza, no. En consecuencia, descargué por segunda vez el machete, esta vez de filo, para alcanzar las vértebras del cuello. Con la rapidez del rayo, la yararacusú se enroscó sobre la cabeza, ascendió en tirabuzón con relámpagos nacarados de su vientre y tornó a caer, distendiéndose lentamente, muerta.

La llevé a casa; tenía un metro con ochenta y cinco centímetros muy bien contados. Olivera la conoció enseguida, por más que la especie no abunda en el sur de Misiones.

—¡Ah, ah!... ¡Yararacusú!... Ya me tenía pensado... ¡No Foz-do-Iguassú tengo matadas barbaridade!... ¡Bonitinha, a condenada!... ¡Para mi colección, que te va a gustar, patrón!

En cuanto a la enferma, al cabo de cuatro días caminaba, bien que mal. Al hecho de haber sido mordida en una región poco rica en vasos, y por una víbora que dos días antes había vaciado parcialmente sus glándulas en la fox-terrier, quiero atribuir la bondad del caso. Con todo, tuve un poco de sorpresa al extraer el veneno al animalito: vertió aún veintiún gotas por cada colmillo, casi dos gramos de veneno.

Olivera no manifestó el menor desagrado por la ida de la muchacha. La vio alejarse por el potrero con su atadito de ropa, renga aún.

—Es una buena minina —dijo señalándola con el mentón—. Algún día voyme a casar con ella.

—Bien hecho —le dije.

—¿Y então?... você no precisará más andar con o revólver, ¡pim!, ¡pam!

A pesar de los servicios prestados por Olivera a algún compañero sin plata, mi peón no gozaba de gran simpatía entre ellos. Un día lo mandé a buscar un barril al pueblo, para lo cual lo menos que se necesita es un caballo, si no el carrito. Olivera se encogió de hombros al observárselo y se fue a pie. El almacén a donde lo enviaba quedaba a una legua de casa y debía atravesar las ruinas. En el mismo pueblo vieron a Olivera pasar de vuelta con el barril, en cuyos costados había clavado dos clavos, asegurando en ellos un doble alambre, a guisa de pértigo. Arrastraba el barril por el suelo, tirando tranquilo de él.

Una maniobra como ésta y el andar a pie cuando se tiene caballo desacreditan a un mensú.

A fines de febrero encomendé a Olivera la preparación total del monte, bajo el cual había plantado hierba. A los pocos días de comenzar vino a verme un albañil, un ciudadano alemán de Francfort, de color canceroso y tan lento para hablar como para apartar los ojos una vez que los había fijado. Me pidió mercurio para descubrir un tesoro enterrado.

La operación era sencillísima: en lugar presunto se excavaba un poco el suelo y se depositaba en el fondo el mercurio, envuelto en un pañuelo. Luego se rellenaba el hueco. Encima, a flor de tierra, se depositaba un pedazo de oro —la cadena del albañil, en esta circunstancia.

Si había allí efectivamente un tesoro enterrado, su fuerza atraía al oro, que era devorado entonces por el mercurio. Sin mercurio, nada que hacer.

Le di el mercurio y el hombre se fue, aunque le costó bastante arrancar su mirada de la mía.

En Misiones y en todo el norte ocupado antiguamente por los jesuitas, es artículo de fe la creencia de que los padres, antes de su fuga, enterraron monedas y otras cosas de valor. Raro es el habitante de la región que no haya tentado una vez desenterrar un tesoro, un entierro, como dicen allá. Muchas veces hay indicaciones precisas: un montón de piedras, allí donde no las hay; una vieja viga de lapacho en tal poco habitual postura; una columna de arenisca abandonada en el monte, etcétera, etcétera.

Olivera, que volvía del sembradío a buscar una lima para el machete, fue espectador del incidente. Oyó con su sonrisita y no dijo nada. Solamente cuando retornaba al yerbal volvió la cabeza para decirme:

—O alemán loco... ¡Aquí está o tesouro! ¡Aquí, no pulso! —y se apretaba la muñeca.

Por esto pocas sorpresas fueron más grandes que la mía la noche que Olivera entró bruscamente en el taller a invitarme a ir al monte.

—Esta noche —me dijo en voz baja— voy a sacar para mi entierro... Encontré uno d'eles.

Yo estaba ocupado en no recuerdo qué. Me interesaba mucho, sin embargo, saber qué misterioso vuelco de la fortuna había transformado en un creyente de entierros a un escéptico de aquella talla. Pero yo desconocía a mi Olivera. Me miraba sonriendo, los ojos muy abiertos en una luz casi provocativa de iluminado, probándome a su modo el afecto que sentía por mí:

—¡Pst!... Para os dois... Es una piedra blanca, lá, no yerbal... Vamos a repartir.

¿Qué hacer con aquel tipo? El tesoro no me tentaba, pero sí los cacharros que pudiera hallar, cosa bastante frecuente. Le deseé, pues, buena suerte, pidiéndole solamente que si hallaba una linda tinaja, me la trajera sin romper. Me pidió mi Collins y se lo di. Con lo que se fue.

No obstante, el paseo tenía para mi gran seducción, pues una luna de Misiones, penetrando en las tinieblas del monte, es el espectáculo más hermoso que sea posible ver. Estaba asimismo cansado de mi tarea, por lo que decidí acompañarlo un rato.

El *trabajado* de Olivera quedaba a 1500 metros de casa, en la esquina sur del monte. Caminamos uno al lado del otro, yo silbando, él callado, aunque con los labios extendidos hacia la copa de los árboles, según su costumbre.

Al llegar a su sector de trabajo, Olivera se detuvo, prestando oído.

El yerbal —pasando súbitamente de la oscuridad del monte a aquel claro inundado de luz galvánica— daba la sensación de un páramo. Los troncos

recián tumbados se duplicaban en negro en el suelo, por la violenta luz de costado. Las plantitas de hierba, duras de sombras en primer término, de un ceniza aterciopelado en el páramo abierto, se erguían inmóviles, brillantes de rocío.

—Então... —me dijo Olivera—. Voy a ir solo.

Lo único que parecía preocuparle era algún posible ruido. Por lo demás, deseaba evidentemente estar solo. Con un «Hasta mañana, patrón», se internó cruzando el yerbal, de modo que lo vi largo rato saltar por encima de los árboles volteados.

Volví, retardando el paso en el camino. Después de un denso día de verano, cuando apenas seis horas atrás se ha sufrido de fotofobia por la luz enceguecedora y se ha sentido la almohada más caliente en los costados que bajo la propia cabeza; a las diez de la noche de ese día, toda gloria es pequeña ante la frescura de una noche de Misiones.

Y esa noche, sobre todo, era extraordinaria, bajo un camino de monte muy alto, casi virgen. Todo el suelo, a lo largo de ella y hasta el límite de la vista, estaba cruzado al sesgo por rayos de blancura helada, tan viva que en las partes oscuras la tierra parecía faltar en negro abismo. Arriba, a los costados, sobre la arquitectura sombría del bosque, largos triángulos de luz descendían, tropezaban en un tronco, corrían hacia abajo en un reguero de plata. El monte altísimo y misterioso, tenía una profundidad fantástica, calado de luz oblicua como catedral gótica. En la profundidad de ese ámbito, rompía a ratos, como una campanada, el lamento convulsivo del urutaú.

Caminé aún un largo rato, sin decidirme a llegar a casa. Olivera, entretanto, debía de romperse las uñas contra las piedras. Que sea feliz, me dije.

Pues bien; es ésta la última vez que he visto a Olivera. No apareció ni a la mañana siguiente, ni a la otra, ni nunca más. Jamás he vuelto a saber una palabra de él. Pregunté en el pueblo. Nadie lo había visto, ni sabía nadie qué se había hecho de mi peón. Escribí al Foz-do-Iguassú, con igual resultado.

Esto aún más; Olivera, como lo he dicho, era formal como nadie en asuntos de dinero. Yo le debía sus días de semana. Si le hubieran entrado

súbitos deseos de cambiar de aire esa misma noche, jamás lo hubiera hecho sin arreglar primero su cuenta.

¿Pero qué se hizo, entonces? ¿Qué tesoro puede haber encontrado? ¿Cómo no dejó rastro alguno en el Puerto Viejo, en Itacurubí, en la Balsa, dondequiera que se hubiese embarcado?

No lo sé aún, ni creo que lo sepa jamás. Pero hace tres años tuve una impresión muy desagradable, en el mismo yerbal que Olivera no concluyó de desmontar.

La sorpresa es ésta: como había abandonado un año entero la plantación, por razones que nada tienen que ver acá, el rebrote del monte había asfixiado las jóvenes hierbas. El peón que mandé allá volvió a decirme que por el precio convenido no estaba dispuesto a hacer nada; menos aún de lo que suelen hacer, por poco que el patrón no sepa él mismo lo que es un machete.

Aumenté el precio, cosa muy justa, y mis hombres comenzaron. Eran una pareja; uno tumbaba, el otro desgajaba. Durante tres días el viento sur me trajo, duplicado por el eco del bosque, el golpeteo incesante y lamentable del hacha. No había tregua, ni aun a mediodía. Acaso se turnaran. En caso contrario, el brazo y los riñones del que manejaba el hacha eran de primera fuerza.

Pero al concluir ese tercer día, el peón del machete, con quien había tratado, vino a decirme que recibiera el trabajo, porque no quería trabajar más con su compañero.

—¿Por qué? —le pregunté extrañado.

No pude obtener nada concreto. Al fin me dijo que su compañero no trabajaba *solo*.

Entonces, recordando una leyenda al respecto, comprendí: trabajaba en yunta con el diablo. Por eso no se cansaba nunca.

No objeté nada y fui a recibir el trabajo. Apenas vi al socio infernal, lo conocí. Muchas veces había pasado a caballo por casa y siempre había admirado, para ser él un simple peón, el lujo de su indumentaria y la de su caballo. Además, muy buen mozo, y una lacia melena aceitada de

compadre del sur. Llevaba siempre el caballo al paso. Jamás se dignó mirarme al pasar.

En aquella ocasión lo vi de cerca. Como trabajaba sin camisa, comprendí fácilmente que con aquel torso de atleta, en poder de un muchacho sobrio, serio y magníficamente entrenado, se podían hacer prodigios. Melena, nuca pelada, paso provocativo de caballo y demás, todo desaparecía allí en el monte ante aquel muchacho sudoroso y de sonrisa infantil.

Tal era, en su ambiente, el hombre que trabajaba con el diablo.

Se puso la camisa y con él recorrí el trabajo. Como él *solo* concluiría en adelante de desmontar el yerbal, lo recorrimos en su totalidad. El sol acababa de entrar y hacía bastante frío; el frío de Misiones que cae junto con el termómetro y la tarde. El extremo sudoeste del bosque, lindante con el campo, nos detuvo un momento, pues no sabía yo hasta dónde valía la pena limpiar esa media hectárea en que casi todas las plantas de hierba habían muerto.

Eché una ojeada al volumen de los troncos y más arriba, al ramaje. Allá arriba, en la última horqueta de un incienso, vi entonces algo muy raro: dos cosas negras, largas. Algo como nido de boyero. Sobre el cielo se destacaban muy bien.

—¿Y eso?... —señalé al muchacho.

El hombre miró un rato y recorrió luego con la vista toda la extensión del tronco.

—Botas —me dijo.

Tuve una sacudida y me acordé instantáneamente de Olivera. ¿Botas?... Sí. Estaban sujetas al revés, el pie para arriba y enclavadas por la suela en la horqueta. Abajo, donde quedaban abiertas las cañas de las botas, faltaba el hombre; nada más.

No sé qué color tendrían a plena luz, pero a aquella hora, vistas desde la profundidad del monte, recortadas inmóviles sobre el cielo lívido, eran negras.

Pasamos un buen rato mirando el árbol de arriba abajo y de abajo arriba.

—¿Se puede subir? —pregunté de nuevo a mi hombre.

Pasó un rato.

—No da... —respondió el peón.

Hubo un momento en que había dado, sin embargo, y esto es cuando el hombre subió. Porque no es posible admitir que las botas estuvieran allá arriba porque sí. Lo lógico, lo único capaz de explicarlo, es que un hombre que *calzaba botas* ha subido a observar, a buscar una colmena, a cualquier cosa. Sin darse cuenta, ha apoyado demasiado los pies en la horqueta; y de pronto, por lo que no se sabe, ha caído para atrás, golpeando la nuca contra el tronco del árbol. El hombre ha muerto enseguida, o ha vuelto en sí luego, pero sin fuerzas para recogerse hasta la horqueta y desprender sus botas. Al fin —tal vez en más tiempo del que uno cree— ha concluido por quedar quieto, bien muerto. El hombre se ha descompuesto luego y poco a poco las botas se han ido vaciando, hasta quedar huecas del todo.

Ahí estaban siempre, bien juntas, heladas como yo en el crepúsculo de invierno.

No hemos hallado el menor rastro del hombre al pie del árbol; esto va de sí.

No creo, sin embargo, que aquello hubiera formado parte de mi viejo peón. No era un trepador él y menos de noche. ¿Quién trepó entonces?

No sé. Pero a veces, aquí en Buenos Aires, cuando al golpe de un día de viento norte, siento el hormigueo de los dedos buscando el machete, pienso entonces que un día u otro voy a encontrar inesperadamente a Olivera; que voy a tropezar con él, aquí, y que me va a poner sonriendo la mano en el hombro:

—¡Oh, patrón velho!... ¡Tenemos trabajado lindo con você, lá no Misiones!

Una conquista

ÉL:

Cada cuatro o cinco días, y desde hace dos meses, recibo cartas de una desconocida que, entre rasgos de ingenuidad y de *esprit*, me agitan más de lo que quisiera.

No son éstas las primeras cartas de femenina admiración que recibo, puede creerse. Cualquier mediano escritor posee al respecto un cuantioso archivo. Las chicas literatas que leen mucho y no escriben son por lo general las que más se especializan en esta correspondencia misteriosa, pocas veces artística, sentimental casi siempre, y por lo común estéril.

En mi carácter de crítico, me veo favorecido con epístolas admirativas y perfumadas, donde se aspira a la legua a la chica que va a lanzarse a escribir, o a la que, ya del oficio, melifica de antemano el juicio de su próximo libro.

Con un poco de práctica, se llega a conocer por la primera línea qué busca exactamente la efusiva corresponsal. De aquí que haya cartas amabilísimas que nos libramos bien de responder, y otras reposadas, graves —casi teosóficas—, que nos apresuramos a contestar con una larga sonrisa.

Pero de esta anónima y candorosa admiradora no sé qué pensar. Ya dos veces me he deslizado con cautela, y por la absurda ingenuidad de su respuesta he comprendido mi error.

¿Qué diablos pretende? ¿Atarme de pies y manos para leerme un manuscrito?

Tampoco, por lo que veo. Le he pedido me envíe su retrato, un gentil cambio de fotografías. Me ha respondido que teniendo a la cabecera de su cama cuatro o cinco retratos míos recortados de las revistas, se siente al respecto plenamente satisfecha. Esto en cuanto a mí. En cuanto a ella, es

«apenas una chica feúcha, indigna de ser mirada de cerca por un hombre de tan buen gusto como yo».

¿No muy tonta, verdad?

Pero ella busca leerme una novelita... u otra cosa. Si siendo fea pretende sólo elogios, debería estar desengañada después de mi primera alerta, porque no hay mujer capaz de equivocarse sobre las ilusiones de un escritor de moda, cuando insiste en escribir a una humilde muchacha que lo admira.

Es mona, pues; escribe novelitas en hojas arrancadas de un cuaderno, y se ha lanzado a la conquista de un crítico. Ayudémosla.

Acabo de enviarle cuatro líneas en estos o aproximados términos:

«Señorita: ¿No cree usted que es ya tiempo de que nos conozcamos? Con toda la estimación que le profeso, no tendría fuerzas para continuar una correspondencia que me expone a dejar en ella más ilusiones de las debidas. ¿Será usted realmente fea, señorita? Confío en que usted no me dará el disgusto de dejármelo suponer, negándome el placer de verla».

Voilà. No se me escapa lo que voy jugando en esta carta. Si la chica no es verdaderamente mona, está perdida para mí. Y nada digo de su indignación ante el donjuanesco ultimátum que transfiere la cartita. De «Maestro», con una gran eme, paso a critiquillo, y no hallaré enemigo más acalorado y terco que mi admiradora de ayer.

Pero si ella desea seriamente escribir, y Dios le ha deparado una de esas caritas que se entregan a los ojos de un hombre como una muda y regia tarjeta de presentación, se sentirá débil ante el homenaje de su gran hombre.

He aquí la respuesta. Acaba de llegarme. Me concede el disgusto solicitado de una nueva desilusión; y para ella, el honor de comprobarlo en mis ojos súbitamente fríos.

Perfectamente. Voy a su encuentro, pregustando el próximo instante en que me será presentada aquella tarjeta, y que de un momento a otro deberé tomar en mis manos.

* * *

¡Cuándo, Dios mío! La tengo ante mí, mirándome ruborizada, y me repito sin cesar de mirarla y de hablarla: ¡Cuándo, cuándo!

Yo tengo alguna experiencia como «hombre de gusto», y domino bien la expresión de mis ojos. Pero ahora los siento temblar en un pestañeo imperceptible, mientras sigo las líneas de su boca al hablar, y aspiro de ella todo su perfume.

Y con esa hermosura, haber demorado dos meses el hechizo de sentirla cortada ante mí, llamándome con voz honda: «¡Maestro!»

—¡Oh, no, no escribo! —me dice—. Leo mucho, y soy felicísima cuando tengo un buen libro.

—¿Novela?

—Y también versos. Pero no comprendo mucho el verso... Lo que me encanta es la crítica. Cuando hallo expresado magistralmente por un escritor lo que yo siento con una lectura y que no alcanzo a definir, ¡oh, me considero verdaderamente dichosa!

—Y de esa dicha, ¿un poquito no alcanza hasta su crítico?

Me mira entonces de costado, sonriendo con nuevo rubor:

—¡Figúrese usted!

Y mientras esto pasa, me pregunto sin cesar cómo y por qué esta lindísima chica ha resistido dos meses al orgullo de sentir muy cerca de sí al hombre cuyo arte admira hasta el punto de entregarle su adoración en plenos ojos: «¡Maestro!»

Demasiada admiración, es la palabra. Y aprecio ahora la absurda ingenuidad de su respuesta a la insinuación que anoté.

Pero si no hay otra cosa, ¿por qué se resistió a verme, y me dijo que era fea, y por qué tiene mis cinco retratos adheridos a la cal de la pared?

Es lo que debo aclarar en una nueva entrevista.

¿Otra?... Tal vez; pero no allí mismo, en plena calle. Y me hace notar

entonces que no es libre, aunque haya consentido que la llamara señorita hasta ese momento.

—Soy casada.

Yo la miro entonces y bosquejo en mi interior una larga y vaga sonrisa. Pero ella lee mal en mis ojos.

—¡Oh, no he querido decir eso, señor!... ¡Yo no soy hipócrita, ni podría serlo con usted, Maestro! Mi esposo tendría también mucho placer en conocerlo. Él sabe que le he escrito... ¡Y lo estima tanto a usted!

«¡Ah, diablita! —continúo diciéndome yo mientras la escucho—. Estoy seguro de que no podrías ser hipócrita conmigo... ¡Sí, comprendo!...»

—Señora... —me inclino grave.

Pero ella, tocándome apenas el brazo:

—¿A usted no le disgusta conocerlo, verdad? Ahora viene... Sabe que estamos los dos aquí... ¡Y cómo se va a alegrar! Vendrá no sé cómo, agitado... ¡El pobre trabaja tanto! Es vendedor... ¡Oh, no! Dependiente de tienda, lejos del centro... ¡Ya está aquí! ¿Lo ve usted? ¡Epamí! ¡Aquí!

Y Epaminondas cruza la calle para sacudir mi mano entre las suyas, con respetuosísima alegría.

Tampoco él cabe de orgullo al sentirse junto a mí. Yo observo a uno y a otro, al pequeño, feliz y predestinado dependiente de tienda, y su mujercita, que continúa sonrojándose de risa.

El tiempo pasa, no obstante, y los esposos se miran. Parecen tener un secreto difícil de librar.

—¿Sí, Estercita? —insinúa tímidamente él.

—¡Pero es claro! —le responde ella con nuevo rubor—. ¡Eres tú el que debe hacerlo!

Y Epaminondas se atreve por fin: invitarme a ir a su casa. ¡Oh!, bien saben ellos que un maestro de la crítica como yo, no son casitas como la suya las que frecuenta noche a noche... Pero hay además otros motivos. Él,

Epaminondas, comprende muy bien que, en pos del honor que yo he hecho a su esposa de sostener correspondencia con ella, es justo que queramos hablar de esas cosas. Pero las gentes no comprenden, y juzgarían mal al vernos a menudo juntos en la calle. ¿Por qué no ir a casa de ellos, a su pobre casita, que quedaría tan honrada con mi presencia?

—Encantado... —exclamo.

—¿No ves, tonto? —se toma ella tiernísima del brazo de Epaminondas, ruborizándose por centésima vez al notar que la miro hasta el fondo.

—¡Magnífico! —dice él—. ¿Y por qué no comenzar esta misma noche? ¿No te parece, Estercita?

Todos somos de igual parecer. Y los esposos se despiden de mí, felicísimos con mi promesa, mientras yo quedo inmóvil, siguiendo con los ojos desde el tobillo hasta los rizos de la nuca, a aquella espléndida y mórbida criatura que se arquea y retarda un poco, bajo la presión de Epaminondas, que se apoya en su brazo.

«¡Ah, diablita! —murmuro de nuevo—. Te has dado el lujo de engañarme dos meses seguidos... cuando yo saltaba de sorpresa ante la ingenuidad de tus cartas. He conocido mujercitas muy listas; pero como tú, ninguna. Epaminondas, Estercita... Perfectamente. En dos meses de rubor, hoyuelos al reír y dulce educación de tu marido, has logrado que él mismo me ofrezca su casa... infinitamente menos peligrosa que la calle. Sí, pequeña, iré esta noche...»

* * *

Concluimos de cenar —pues a ello fui invitado—, y acabamos de pasar a la salita, donde la dueña de casa nos sirve el café. Y retirándose:

—Los hombres deben estar un momento solos —me mira ella radiante, con un nuevo hoyuelo en la sonrisa.

ELLA:

Desde aquí, por la puerta entreabierta, los veo bien. No hago el menor movimiento. Epamí me da la espalda, y lee. Está leyendo su novelita, por fin... y es feliz, ahora... ¡completamente feliz!

¡Dios mío! ¡Lo que he debido maniobrar para conseguirle esta dicha!

De frente a mí, cruzado de piernas y con el cigarro en la mano, está él inmóvil.

¡Pobre maestro! Me parece que no he procedido del todo bien con él. Tiene el seño contraído y los ojos fijos en Epamí. No mueve más que el brazo para llevar de vez en cuando el cigarro a la boca, y el humo lo envuelve sin que esquive una línea de su cara.

Darí­a algo por saber lo que está pensando. ¡Dios mío! Epamí se moría si no llegaba a leer al maestro de la crítica su primera novelita... y me he sacrificado.

Silvina y Montt

El error de Montt, hombre ya de cuarenta años, consistió en figurarse que, por haber tenido en las rodillas a una bella criatura de ocho, podía, al encontrarla dos lustros después, perder en honor de ella uno solo de los suyos.

Cuarenta años bien cumplidos. Con un cuerpo joven y vigoroso, pero el cabello raleado y la piel curtida por el sol del Norte. Ella, en cambio, la pequeña Silvina, que por diván prefiriera las rodillas de su gran amigo Montt, tenía ahora dieciocho años. Y Montt, después de una vida entera pasada sin verla, se hallaba otra vez ante ella, en la misma suntuosa sala que le era familiar y que le recordaba su juventud.

Lejos, en la eternidad todo aquello... De nuevo la sala conocidísima. Pero ahora estaba cortado por sus muchos años de campo y su traje rural, oprimiendo apenas con sus manos, endurecidas de callos, aquellas dos francas y bellísimas manos que se tendían a él.

—¿Cómo la encuentra, Montt? —le preguntaba la madre—. ¿Sospecharía volver a ver así a su amiguita?

—¡Por Dios, mamá! No estoy tan cambiada —se rió Silvina. Y volviéndose a Montt—: ¿Verdad?

Montt sonrió a su vez, negando con la cabeza. «Atrozmente cambiada... para mí», se dijo, mirando sobre el brazo del sofá su mano quebrada y con altas venas, que ya no podía más extender del todo por el abuso de las herramientas.

Y mientras hablaba con aquella hermosa criatura, cuyas piernas, cruzadas bajo una falda corta, mareaban al hombre que volvía del desierto, Montt evocó las incesantes *matinéés* y noches de fiesta en aquella misma casa, cuando Silvina evolucionaba en el buffet para subir hasta las rodillas de Montt, con una *marrón glacé* que mordía lentamente, sin apartar sus ojos de él.

Nunca, sin duda, fuera un hombre objeto de tal predilección de parte de una criatura. Si en la casa era bien sabido que, a la par de las hermanas mayores, Montt distinguía a la pequeña Silvina, para ésta, en cambio, de todos los fracs circunstantes no había sino las solapas del de Montt. De modo que cuando Montt no bailaba, se lo hallaba con seguridad entretenido con Silvina.

—¡Pero Montt! —deteníanse sus amigas al pasar—. ¿No le da vergüenza abandonarnos así por Silvina? ¿Qué va a ser de usted cuando ella sea grande?

—Lo que seré más tarde, lo ignoro —respondía tranquilo Montt—. Pero por ahora somos muy felices.

«El amigo de Silvina»: tal era el nombre que en la casa se prodigaba habitualmente a Montt. La madre, aparte del real afecto que sentía por él, hallábase halagada de que un muchacho de las dotes intelectuales de Montt se entretuviera con su hija menor, que en resumidas cuentas tenía apenas ocho años. Y Montt, por su lado, se sentía ganado por el afecto de la criatura que alzaba a él y fijaba en los suyos, sin pestañear, sus inmensos ojos verdes.

Su amistad fue muy breve, sin embargo, pues Montt sólo estaba de paso en aquella ciudad del noroeste, que le servía de estación entre Buenos Aires y una propiedad en país salvaje, que iba a trabajar.

—Cada vez que pase para Buenos Aires, Montt —decíale la madre, conmovida—, no deje de venir a vernos. Ya sabe que en esta casa lo queremos como a un amigo de muchos años, y que tendremos una verdadera alegría al volverlo a ver. Y por lo menos —agregó riendo—, venga por Silvina.

Montt, pues, cansado de una vida urbana para la cual no había sido hecho, había trabajado nueve o diez años con un amor y fidelidad tales a su rudo quehacer, que, al cabo de ese tiempo, del muchacho de antes no quedaba sino un hombre de gesto grave, negligente de ropa y la frente quebrada por largos pliegues.

Ése era Montt. Y allá había vuelto, robado por el hermano de Silvina al mismo tren que lo llevaba a Buenos Aires.

Silvina... ¡Sí, se acordaba de ella! Pero lo que el muchacho de treinta años vio como bellísima promesa, era ahora una divina criatura de dieciocho años —o de ocho siempre, si bien se mira— para el hombre quemado al aire libre, que ya había traspasado los cuarenta.

—Sabemos que pasó por aquí dos o tres veces —reprochábale la madre— sin que se haya acordado de nosotros. Ha sido muy ingrato, Montt, sabiendo cuánto lo queremos.

—Es cierto —respondía Montt—, y no me lo perdono... Pero estaba tan ocupado...

—Una vez lo vimos en Buenos Aires —dijo Silvina—, y usted también nos vio. Iba muy bien acompañado.

Montt recordó entonces que había saludado un día a la madre y a Silvina en momentos en que cruzaba la calle con su novia.

—En efecto —repuso—, no iba solo...

—¿Su novia, Montt? —inquirió, afectuosa, la madre.

—Sí, señora.

Pasó un momento.

—¿Se casó? —le preguntó Silvina, mirándolo.

—No —repuso Montt brevemente. Y por un largo instante los pliegues de su frente se acentuaron.

Mas las horas pasaban, y Montt sentía que del fondo del jardín, de toda la casa, remontaba hasta su alma, hasta su misma frente quebrantada por las fatigas, un hálito de primavera. ¿Podría un hombre que había vivido lo que él, volver por una sola noche a ser el mismo para aquella adorable criatura de medias traslúcidas que los observaba con imperturbable interés?

—¿Helados, Montt? ¿No se atreve? —insistía la madre—. ¿Nada? Entonces una copita de licor. ¡Silvina! Incomódate, por favor.

Antes de que Montt pudiera rehusar, Silvina salía. Y la madre:

—¿Tampoco, Montt? Es que usted no sabe una cosa: Silvina es quien lo ha hecho. ¿Se atreve a negarse ahora?

—Aun así... —sonrió Montt, con una sonrisa cuyo frío él solo sintió en su alma.

«Aunque sea una broma... es demasiado doloroso para mí...» —pensó.

Pero no se reían de él. Y la primavera tornaba a embriagarlo con sus efluvios, cuando la madre se volvió a él:

—Lo que es una lástima, Montt, es que haya perdido tanto tiempo en el campo. No ha hecho fortuna, nos dijo, ¿verdad? Y haber trabajado como usted lo ha hecho, en vano...

Pero Silvina, que desde largo rato atrás estaba muda:

—¿Cómo dices eso, mamá? —saltó, con las mejillas coloreadas y la voz jadeante—. ¿Qué importa que Montt haya o no ganado dinero? ¿Qué necesidad tiene Montt de tener éxito en el campo? El verdadero trabajo de Montt es otro, por suerte... ¡No ha dejado nunca de ganar lo que él debe!... ¡Y yo me honro sobremanera de ser la amiga de un hombre de su valor intelectual..., del amigo que aprecio más entre todos!

—¡Pero, mi hija! ¡No lo quiero comer a Montt! ¡Dios me libre! ¿Acaso no sé como tú lo que él vale? ¿A qué sales con esto? Quería decir solamente que era una lástima que no hubiera seguido viviendo en Buenos Aires...

—¿Y para qué? ¿Acaso su obra no es mucho más fuerte por esto mismo?

Y volviéndose a Montt, tranquila, aunque encendida siempre:

—¡Perdóneme, Montt! No sabe lo que he rabiado con los muchachos cada vez que decían que usted había hecho mal yéndose a trabajar como un peón al campo... ¡Porque ninguno de ellos es capaz de hacer lo mismo! Y aunque llegaran a ir... ¡no serían nunca sino peones!

—¡No tanto, mi hija! No seas así... Usted no se imagina, Montt, lo que nos hace pasar esta criatura con su cabeza loca. Cuando quiere algo, sale siempre con la suya, tarde o temprano.

Montt oía apenas, pues las horas pasaban velozmente y su ensueño iba a concluir. De pronto sonó próxima, en la calle desierta, la bocina de un auto. Silvina saltó del asiento y corrió al visillo del balcón, mientras la madre sonreía plácidamente a Montt:

—Es su pretendiente de ahora... X. X. Parece muy entusiasmada... Aunque con una cabeza como la suya...

Silvina regresaba ya, con las mejillas de nuevo coloreadas.

—¿Era él? —le preguntó la madre.

—Creo que sí —repuso brevemente la joven—. Apenas tuve tiempo de levantar el visillo...

Montt se mantuvo un momento mudo, esforzándose, con los dientes muy apretados, en impedir que en su frente aparecieran los largos pliegues de las malas horas.

—¿Cosa formal? —se volvió al fin a Silvina con una sonrisa.

—¡Psh!... —se arrellanó ella, cruzándose de piernas—. Uno de tantos...

La madre miró a Montt como diciéndole: «Ya ve usted...»

Montt se levantó, por fin, cuando Silvina se quejaba de la falta de libros y revistas en las casas locales.

—Si usted lo desea —se ofreció él—, puedo mandarle desde Buenos Aires ilustraciones europeas...

—¿Usted escribe en ésas?

—No.

—Entonces, mándeme las de acá.

Montt salió por fin, llevando hasta el tren, a resguardo del contacto de boleteros y guardas, la sensación del largo apretón con que Silvina, muy seria, le había tendido su antebrazo desnudo.

En el camarote ordenó sus efectos y abrió la ventanilla sin darse cuenta de

lo que hacía. Frente al lavabo levantó la cabeza al espejo y se miró fijamente: sí, la piel quebrada y la frente demasiado descubierta, cruzada de hondos pliegues; la prolongación de los ojos quemada por el sol, en largas patas de gallo que corrían hasta las sienes; la calma particular en la expresión de quien vivió ya su vida, y cuanto indica sin perdón al hombre de cuarenta años, que debe volver la cabeza ante los sueños de una irretornable juventud.

«Demasiado temprano... y demasiado tarde...» —se dijo, expresando así, respecto de Silvina, la fórmula de las grandes amarguras del corazón.

En este estado de espíritu Montt pasó el primer mes en Buenos Aires. Debía olvidarlo todo. ¿No había sentido la bocina del automóvil? ¿Y no se había visto a sí mismo en el espejo del tren? ¿Qué miserable ilusión podía alimentar? ¡Dieciocho años apenas, ella! Un capullo de vida, para él que la había gastado en cuarenta años de lucha. Allí estaban sus quebradas manos de peón... ¡No, no!

Pero al cabo de un mes remitió al interior un grueso rollo de revistas, con una carta en que afirmaba de nuevo el respetuoso afecto de «un viejo amigo y un amigo viejo».

Montt esperó en vano acuse de recibo. Y para confirmarse en su renuncia total a su sueño de una noche de verano, efectuó de nuevo dos envíos, sin carta estas veces.

Al fin obtuvo respuesta, bajo sobre cuya letra se había querido evidentemente disfrazar.

Había sido una ingrata sorpresa —le decían— recibir una carta escrita a máquina, como un papel comercial. Y variadas quejas respecto de la frialdad que esto suponía, etcétera, etc. Luego, que ella no aceptaba las últimas líneas: «Viejo amigo», sí, y Montt lo sabía bien: pero no la segunda parte. Y, finalmente, que le escribía apurada y en ese papel (el papel era de contrabando en una casa opulenta), por las razones que Montt «debía comprender».

Montt sólo comprendió que se sentía loco de dicha como un adolescente. ¡Silvina! ¡Hay, pues, un resto de justicia en las leyes del corazón! ¿Pero qué había hecho él, pobre diablo sin juventud ni fortuna, para merecer esa inconmensurable dicha? ¡Criatura adorada! ¡Sí, comprendía la carta

escrita a hurtadillas, la oposición de la madre, su propia locura, todo, todo!

Contestó enseguida una larga carta de expresiones contenidas aún por el temor de que llegara a manos ajenas, pero transparentes para Silvina. Y reanudó con brío juvenil su labor intelectual. Cuanto de nueva fe puede poner un hombre maduro que aporta a su tarea las grandes fuerzas de su pasado, lo quemó Montt ante el altar de su pequeña diosa.

Pasó un mes, y no llegaba carta. Montt tornó a escribir, en vano. Y pasó un nuevo mes, y otro, y otro.

Como un hombre herido que va retirando lentamente la mano de encima de la mesa hasta que pende inmóvil, Montt cesó de trabajar. Escribió finalmente al interior, pidiendo disimuladamente informes, los que llegaron a su entera satisfacción. Se le comunicaba que la niña aludida había contraído compromiso hacía cuatro meses con el Dr. X. X.

«He aquí, pues, lo que yo *debía haber comprendido*» —se dijo Montt.

Cuesta arrancar del corazón de un hombre maduro la ilusión de un tiernísimo amor. Montt la arrancó, sin embargo, aunque con ella se iba su propia vida en jirones. Trabajo, gloria... ¡Bah! Se sentía viejo, realmente viejo... Fatigado para siempre. Lucha contra la injusticia, intelectualidad, arte... ¡Oh, no! Estaba cansado, muy cansado... Y quería volver al campo, definitivamente y para siempre. Y con mujer, desde luego... El campo es muy duro cuando no se tiene al lado a una mujer robusta que cuide la casa... Una mujer madura, como le correspondía a él, y más bien fea, porque es más fácil de hallar. Trabajadora, y viva sobre todo, para no dejarse robar en las compras. Sobre todo, nada joven. ¡Oh, esto sobre todo! ¿Qué más podía él pretender? La primera buena mujer de conventillo lo sacaría del paso... ¿Qué más?

En breves días de fiebre halló Montt lo que deseaba, y se casó con los ojos cerrados. Y sólo al día siguiente, como un sonámbulo que vuelve en sí, pensó en lo que había hecho.

Allí al lado estaba su mujer, su esposa para siempre. No podía decir —ni lo recordaba— quién era ni qué era. Pero al dejar caer la cabeza entre las manos, como si una honda náusea se hubiera desparramado sobre su vida, comprendió en toda su extensión lo que había hecho de sí mismo.

En estos momentos le llegaba una carta. Era de Silvina, y decía lo siguiente:

«Montt: Soy libre. Anoche he roto con mi novio. No me atrevo a contarle lo que me ha costado dar este paso. Mamá no me lo perdonará nunca, yo creo. ¡Pobre mamá! Pero yo no podía, Montt, quebrantar de este modo mi corazón y mi vida entera. Yo he hecho lo que nadie podría creer para convencerme a mí misma de que sólo sentía amistad por usted, de que eso no era otra cosa que un recuerdo de cuando era chica. ¡Imposible! Desesperada por la lucha en casa, acepté a X. X. ¡Pero no, no podía! Ahora que soy libre, puedo, por fin, decirle claramente lo que usted adivinó, y que me ha hecho llorar hasta rabiar por no habérselo sabido expresar antes.

»¿Se acuerda de la noche que vino a casa? Hoy hace seis meses y catorce días. Miles de veces me he acordado del... automóvil. ¿Recuerda? ¡Qué mal hice, Montt! Pero yo no quería todavía confesármelo a mí misma. Él me distinguía mucho (X. X.), y, lo confieso sinceramente: me gustaba. ¿Por qué? Pasé mucho tiempo sin darme cuenta... hasta que usted vino de nuevo a casa. Entre todos los muchachos que me agradaron, siempre hallé en ellos alguna cosa que recordaba a usted: o la voz, o el modo de mirar, ¡qué sé yo! Cuando lo vi de nuevo lo comprendí claramente. Pero aquella noche yo estaba muy nerviosa... Y no quería que usted se envalentonara demasiado.

»¡Oh, Montt, perdóneme! Cuando yo volvía del balcón (el automóvil), y lo vi mudo, sin mirarme más, tuve impulsos locos de arrodillarme a su lado y besarle sus pobres manos, y acariciarle la cabeza para que no arrugara más la frente. Y otras cosas más, Montt; como su ropa. ¿Cómo no comprendió usted, amigo de mi vida, que, aunque volviera de trabajar como un hombre en el campo, no podía ser para mí otro que “el amigo de Silvina”, siempre el mismo para ella?

»Esto mismo me lo he venido preguntando desde hace seis meses: ¿cómo no comprendió él, que es tan inteligente y que comprende a maravilla a sus personajes? Pero tal vez soy injusta, porque yo misma, que veía claro en mí, me esforcé en no hacérselo ver a usted. ¡Qué criatura soy, Montt, y cuánto va a tener que sufrir por mí... algún día!

»¡Oh, amigo! ¡Qué gozo podérselo escribir libre de trabas, dueña de hacer de mi vida lo que el destino me tenía guardado desde chica! Estoy tan

convencida de esto, Montt, que en estos seis meses no he hecho otra cosa (fuera de la pobre mamá) que pensar en “ese día”. ¿No es cierto, Montt, usted que ha visto tan claro en los otros corazones, que en el suyo usted vio también aquella noche una “esperanza” para su pequeña Silvina? ¡Si, estoy segura!

» Cuando le escribí mi carta (¡qué fastidio tener que escribirle en ese papel que me compró la sirvienta!); cuando le escribí estaba realmente resentida con usted. Escribirme en esa horrible máquina, como si quisiera hacerme ver que para usted era un asuntito comercial; mandarme las ilustraciones, salir del paso, y ¡tras! Ya estaba cumplido con la frívola Silvina. ¡Qué maldad! Pero Silvina no es frívola, aunque lo diga mamá (mamá dice “apasionada”), y le perdona todo... Y tiene otra vez deseo de pasarle despacito la mano por la frente para que no aparezcan esas arrugas feas.

» Montt: yo sabía que aquella persona que iba con usted era su novia. ¡Y sabía que no se había casado, y sabía todo lo que usted solo había hecho en el campo, y había leído todo, todo lo que usted había escrito!

» ¿Ve ahora si deberá tener cuidado con su Silvina?

» ¡Pero no, amigo de toda mi vida! Para usted, siempre la misma que quería estar siempre a su lado ruando tenía ocho años... ¡Todo lo que puede valer algo en Silvina, su alma, su cuerpo, su vida entera (¡más no tengo!) es para usted, amigo!

» Cuando pienso en que puedo llegar a tener la felicidad de vivir al lado suyo, alegrándolo con mis locuras cuando este triste, animándolo para que trabaje, pero allí en Buenos Aires, donde está en adelante su verdadero campo de lucha... ¡Oh, Montt! ¡Pensar que todo esto es posible para la pobre Silvina!... ¡Hacerme la chiquita al lado de un hombrón como usted, que ya ha sufrido mucho y es tan inteligente y tan bueno! Nunca, nunca más volvería una arruga fea.

» ¿Se acuerda, Montt, de la noche que le descosí, distraída, la *boutonnière* del frac? ¡Cómo quedó la pobre solapa! Ahora quisiera tener la cabeza reclinada allí mucho tiempo... ¡Siempre, Montt!

» Ya no sé más que decirle... Sino que he sido muy clara, tan clara que me avergonzaría, de no ser usted quien es. Allí, solo y pensando quién sabe en qué cosas de Silvina, recibirá esta carta que le lleva todo el afecto de

SILVINA»

«Amor mío: te ama... y te espera

S.»

El espectro

Todas las noches, en el Grand Splendid de Santa Fe, Enid y yo asistimos a los estrenos cinematográficos. Ni borrascas ni noches de hielo nos han impedido introducirnos, a las diez en punto, en la tibia penumbra del teatro. Allí, desde uno u otro palco, seguimos las historias del film con un mutismo y un interés tales, que podrían llamar sobre nosotros la atención, de ser otras las circunstancias en que actuamos.

Desde uno u otro palco, he dicho; pues su ubicación nos es indiferente. Y aunque la misma localidad llegue a faltarnos alguna noche, por estar el Splendid en pleno, nos instalamos, mudos y atentos siempre a la representación, en un palco cualquiera ya ocupado. No estorbamos, creo; o, por lo menos, de un modo sensible. Desde el fondo del palco, o entre la chica del antepecho y el novio adherido a su nuca, Enid y yo, aparte del mundo que nos rodea, somos todo ojos hacia la pantalla. Y si en verdad alguno, con escalofríos de inquietud cuyo origen no alcanza a comprender, vuelve a veces la cabeza para ver lo que no puede, o siente un soplo helado que no se explica en la cálida atmósfera, nuestra presencia de intrusos no es nunca notada; pues preciso es advertir ahora que Enid y yo estamos muertos.

De todas las mujeres que conocí en el mundo vivo, ninguna produjo en mí el efecto que Enid. La impresión fue tan fuerte que la imagen y el recuerdo mismo de todas las mujeres se borró. En mi alma se hizo de noche, donde se alzó un solo astro imperecedero: Enid. La sola posibilidad de que sus ojos llegaran a mirarme sin indiferencia, deteníame bruscamente el corazón. Y ante la idea de que alguna vez podía ser mía, la mandíbula me temblaba. ¡Enid!

Tenía ella entonces, cuando vivíamos en el mundo, la más divina belleza que la epopeya del cine ha lanzado a miles de leguas y expuesto a la mirada fija de los hombres. Sus ojos, sobre todo, fueron únicos; y jamás terciopelo de mirada tuvo un marco de pestañas como los ojos de Enid; terciopelo azul, húmedo y reposado, como la felicidad que sollozaba en ella.

La desdicha me puso ante ella cuando ya estaba casada.

No es ahora del caso ocultar nombres. Todos recuerdan a Duncan Wyoming, el extraordinario actor que, comenzando su carrera al mismo tiempo que William Hart, tuvo, como éste y a la par de éste, las mismas hondas virtudes de interpretación viril. Hart ha dado al cine todo lo que podíamos esperar de él, y es un astro que cae. De Wyoming, en cambio, no sabemos lo que podíamos haber visto, cuando apenas en el comienzo de su breve y fantástica carrera creó —como contraste con el empalagoso héroe actual— el tipo de varón rudo, áspero, feo, negligente y cuanto se quiera, pero hombre de la cabeza a los pies, por la sobriedad, el empuje y el carácter distintivos del sexo.

Hart prosiguió actuando y ya lo hemos visto.

Wyoming nos fue arrebatado en la flor de la edad, en instantes en que daba fin a dos cintas extraordinarias, según informes de la empresa: *El páramo* y *Más allá de lo que se ve*. Pero el encanto —la absorción de todos los sentimientos de un hombre— que ejerció sobre mí Enid, no tuvo sino una amargura: Wyoming, que era su marido, era también mi mejor amigo.

Habíamos pasado dos años sin vernos con Duncan; él, ocupado en sus trabajos de cine, y yo en los míos de literatura. Cuando volví a hallarlo en Hollywood, ya estaba casado.

—Aquí tienes a mi mujer —me dijo echándomela en los brazos.

Y a ella:

—Apriétalo bien, porque no tendrás un amigo como Grant. Y bésalo, si quieres.

No me besó, pero al contacto con su melena en mi cuello, sentí en el escalofrío de todos mis nervios que jamás podría yo ser un hermano para aquella mujer.

Vivimos dos meses juntos en el Canadá, y no es difícil comprender mi estado de alma respecto de Enid. Pero ni en una palabra, ni en un movimiento, ni en un gesto me vendí ante Wyoming. Sólo ella leía en mi mirada, por tranquila que fuera, cuán profundamente la deseaba.

Amor, deseo... Una y otra cosa eran en mí gemelas, agudas y mezcladas; porque si la deseaba con todas las fuerzas de mi alma incorpórea, la adoraba con todo el torrente de mi sangre substancial.

Duncan no lo veía. ¿Cómo podía verlo?

A la entrada del invierno regresamos a Hollywood, y Wyoming cayó entonces con el ataque de gripe que debía costarle la vida. Dejaba a su viuda con fortuna y sin hijos. Pero no estaba tranquilo, por la soledad en que quedaba su mujer.

—No es la situación económica —me decía—, sino el desamparo moral. Y en este infierno del cine...

En el momento de morir, bajándonos a su mujer y a mí hasta la almohada, y con voz ya difícil:

—Confíate a Grant, Enid... Mientras lo tengas a él, no temas nada. Y tú, viejo amigo, vela por ella. Sé su hermano... No, no prometas. Ahora puedo ya pasar al otro lado...

Nada de nuevo en el dolor de Enid y el mío. A los siete días regresábamos al Canadá, a la misma choza estival que un mes antes nos había visto a los tres cenar ante la carpa. Como entonces, Enid miraba ahora el fuego, achuchada por el sereno glacial, mientras yo, de pie, la contemplaba. Y Duncan no estaba más.

Debo decirlo: en la muerte de Wyoming yo no vi sino la liberación de la terrible águila enjaulada en nuestro corazón, que es el deseo de una mujer a nuestro lado que no se puede tocar. Yo había sido el mejor amigo de Wyoming, y mientras él vivió, el águila no deseó su sangre; se alimentó —la alimenté— con la mía propia. Pero entre él y yo se había levantado algo más consistente que una sombra. Su mujer fue, mientras él vivió —y lo hubiera sido eternamente—, intangible para mí. Pero él había muerto. No podía Wyoming exigirme el sacrificio de la Vida en que él acaba de fracasar. Y Enid era mi vida, mi porvenir, mi aliento y mi ansia de vivir, que nadie, ni Duncan —mi amigo íntimo, pero muerto—, podía negarme.

Vela por ella... ¡Sí, mas dándole lo que él le había restado al perder su turno: la adoración de una vida entera consagrada a ella!

Durante dos meses, a su lado de día y de noche, velé por ella como un hermano. Pero al tercero caí a sus pies.

Enid me miró inmóvil, y seguramente subieron a su memoria los últimos instantes de Wyoming, porque me rechazó violentamente. Pero yo no quité la cabeza de su falda.

—Te amo, Enid —le dije—. Sin ti me muero.

—¡Tú, Guillermo! —murmuró ella—. ¡Es horrible oírte decir esto!

—Todo lo que quieras —repliqué—. Pero te amo inmensamente.

—¡Cállate, cállate!

—Y te he amado siempre... Ya lo sabes...

—¡No, no sé!

—Sí, lo sabes.

Enid me apartaba siempre, y yo resistía con la cabeza entre sus rodillas.

—Dime que lo sabías...

—¡No, cállate! Estamos profanando...

—Dime que lo sabías...

—¡Guillermo!

—Dime solamente que sabías que siempre te he querido...

Sus brazos se rindieron cansados, y yo levanté la cabeza. Encontré sus ojos al instante, un solo instante, antes que Enid se doblara a llorar sobre sus propias rodillas.

La dejé sola; y cuando una hora después volví a entrar, blanco de nieve, nadie hubiera sospechado, al ver nuestro simulado y tranquilo afecto de todos los días, que acabábamos de tender, hasta hacerlas sangrar, las cuerdas de nuestros corazones.

Porque en la alianza de Enid y Wyoming no había habido nunca amor. Faltóle siempre una llamarada de insensatez, extravío, injusticia —la llama de pasión que quema la moral entera de un hombre y abrasa a la mujer en largos sollozos de fuego—. Enid había querido a su esposo, nada más; y lo había querido, nada más que querido ante mí, que era la cálida sombra de su corazón, donde ardía lo que no le llegaba de Wyoming, y donde ella sabía iba a refugiarse todo lo que de ella no alcanzaba hasta él.

La muerte, luego, dejando hueco que yo debía llenar con el afecto de un hermano... ¡De hermano, a ella, Enid, que era mi sola sed de dicha en el inmenso mundo!

A los tres días de la escena que acabo de relatar regresamos a Hollywood. Y un mes más tarde se repetía exactamente la situación: yo de nuevo a los pies de Enid con la cabeza en sus rodillas, y ella queriendo evitarlo.

—Te amo cada día más, Enid...

—¡Guillermo!

—Dime que algún día me querrás.

—¡No!

—Dime solamente que estás convencida de cuánto te amo.

—¡No!

—Dímelo.

—¡Déjame! ¿No ves que me estás haciendo sufrir de un modo horrible?

Y al sentirme temblar mudo sobre el altar de sus rodillas, bruscamente me levantó la cara entre las manos:

—¡Pero déjame, te digo! ¡Déjame! ¿No ves que también te quiero con toda el alma y que estamos cometiendo un crimen?

Cuatro meses justos, ciento veinte días transcurridos apenas desde la muerte del hombre que ella amó, del amigo que me había interpuesto como un velo protector entre su mujer y un nuevo amor...

Abrevio. Tan hondo y compenetrado fue el nuestro, que aun hoy me pregunto con asombro qué finalidad absurda pudieron haber tenido nuestras vidas de no habernos encontrado por bajo de los brazos de Wyoming.

Una noche —estábamos en Nueva York— me enteré que se pasaba por fin *El páramo*, una de las dos cintas de que he hablado, y cuyo estreno se esperaba con ansiedad. Yo también tenía el más vivo interés de verla, y se lo propuse a Enid. ¿Por qué no?

Un largo rato nos miramos; una eternidad de silencio, durante el cual el recuerdo galopó hacia atrás entre derrumbamiento de nieve y caras agónicas. Pero la mirada de Enid era la vida misma, y presto entre el terciopelo húmedo de sus ojos y los míos no medió sino la dicha convulsiva de adorarnos. ¡Y nada más!

Fuimos al Metropole, y desde la penumbra rojiza del palco vimos aparecer, enorme y con el rostro más blanco que a la hora de morir, a Duncan Wyoming. Sentí temblar bajo mi mano el brazo de Enid.

¡Duncan!

Sus mismos gestos eran aquéllos. Su misma sonrisa confiada era la de sus labios. Era su misma enérgica figura la que se deslizaba adherida a la pantalla. Y a veinte metros de él, era su misma mujer la que estaba bajo los dedos del amigo íntimo...

Mientras la sala estuvo a oscuras, ni Enid ni yo pronunciamos una palabra ni dejamos un instante de mirar. Largas lágrimas rodaban por sus mejillas, y me sonreía. Me sonreía sin tratar de ocultarme sus lágrimas.

—Sí, comprendo, amor mío... —murmuré, con los labios sobre el extremo de sus pieles, que, siendo un oscuro detalle de su traje, era asimismo toda su persona idolatrada—. Comprendo, pero no nos rindamos... ¿Sí?... Así olvidaremos...

Por toda respuesta, Enid, sonriéndome siempre, se recogió muda a mi cuello.

A la noche siguiente volvimos. ¿Qué debíamos olvidar? La presencia del otro, vibrante en el haz de luz que lo transportaba a la pantalla palpitante

de la vida; su inconsciencia de la situación; su *confianza* en la mujer y el amigo; esto era precisamente a lo que debíamos acostumbrarnos.

Una y otra noche, siempre atentos a los personajes, asistimos al éxito creciente de *El páramo*.

La actuación de Wyoming era sobresaliente y se desarrollaba en un drama de brutal energía: una pequeña parte de los bosques del Canadá y el resto en la misma Nueva York. La situación central constituía una escena en que Wyoming, herido en la lucha con un hombre, tiene bruscamente la revelación del amor de su mujer por ese hombre, a quien él acaba de matar por motivos aparte de este amor. Wyoming acababa de atarse un pañuelo a la frente. Y tendido en el diván, jadeando aún de fatiga, asistía a la desesperación de su mujer sobre el cadáver del amante.

Pocas veces la revelación del derrumbe, la desolación y el odio han subido al rostro humano con más violenta claridad que en esa circunstancia a los ojos de Wyoming. La dirección del film había exprimido hasta la tortura aquel prodigio de expresión, y la escena se sostenía un infinito número de segundos, cuando uno solo bastaba para mostrar al rojo blanco la crisis de un corazón en aquel estado.

Enid y yo, juntos e inmóviles en la oscuridad, admirábamos como nadie al muerto amigo, cuyas pestañas nos tocaban casi cuando Wyoming venía desde el fondo a llenar él solo la pantalla. Y al alejarse de nuevo a la escena del conjunto, la sala entera parecía estirarse en perspectiva. Y Enid y yo, con un ligero vértigo por este juego, sentíamos aún el roce de los cabellos de Duncan que habían llegado a rozarnos.

¿Por qué continuábamos yendo al Metropole? ¿Qué desviación de nuestras conciencias nos llevaba allá noche a noche a empapar en sangre nuestro amor inmaculado? ¿Qué presagio nos arrastraba como a sonámbulos ante una acusación alucinante que no se dirigía a nosotros, puesto que los ojos de Wyoming estaban vueltos al otro lado?

¿A dónde miraban? No sé a dónde, a un palco cualquiera de nuestra izquierda. Pero una noche noté, lo sentí en la raíz de los cabellos, que los ojos se *estaban volviendo* hacia nosotros. Enid debió de notarlo también, porque sentí bajo mi mano la honda sacudida de sus hombros.

Hay leyes naturales, principios físicos que nos enseñan cuán fría magia es

ésa de los espectros fotográficos danzando en la pantalla, remedando hasta en los más íntimos detalles una vida que se perdió. Esa alucinación en blanco y negro es sólo la persistencia helada de un instante, el relieve inmutable de un segundo vital. Más fácil nos sería ver a nuestro lado a un muerto que deja la tumba para acompañarnos, que percibir el más leve cambio en el rostro lívido de un film.

Perfectamente. Pero a despecho de las leyes y los principios, Wyoming nos estaba *viendo*. Si para la sala, *El páramo* era una ficción novelesca, y Wyoming vivía sólo por una ironía de la luz; si no era más que un frente eléctrico de lámina sin costados ni fondo, para nosotros —Wyoming, Enid y yo— la escena filmada vivía flagrante, pero no en la pantalla, sino en un palco, donde nuestro amor sin culpa se transformaba en monstruosa infidelidad ante el marido *vivo*...

¿Farsa del actor? ¿Odio fingido por Duncan ante aquel cuadro de *El páramo*?

¡No! Allí estaba la brutal revelación; la tierna esposa y el amigo íntimo en la sala de espectáculos, riéndose, con las cabezas juntas, de la confianza depositada en ellos...

Pero no nos reíamos, porque noche a noche, palco tras palco, la mirada se iba volviendo cada vez más a nosotros.

«¡Falta un poco aún!...» —me decía yo.

«Mañana será...» —pensaba Enid.

Mientras el Metropole ardía de luz, el mundo real de las leyes físicas se apoderaba de nosotros y respirábamos profundamente.

Pero en la brusca cesación de luz, que como un golpe sentíamos dolorosamente en los nervios, el drama espectral nos cogía otra vez.

A mil leguas de Nueva York, encajonado bajo tierra, estaba tendido sin ojos Duncan Wyoming. Mas su sorpresa ante el frenético olvido de Enid, su ira y su venganza estaban vivas allí, encendiendo el rastro químico de Wyoming, moviéndose en sus ojos vivos, que acababan, por fin, de fijarse en los nuestros.

Enid ahogó un grito y se abrazó desesperadamente a mí.

—¡Guillermo!

—Cállate, por favor...

—¡Es que ahora acaba de bajar una pierna del diván!

Sentí que la piel de la espalda se me erizaba, y miré:

Con lentitud de fiera y los ojos clavados sobre nosotros, Wyoming se incorporaba del diván. Enid y yo lo vimos levantarse, avanzar hacia nosotros desde el fondo de la escena, llegar al monstruoso primer plano... Un fulgor deslumbrante nos cegó, a tiempo que Enid lanzaba un grito.

La cinta acababa de quemarse.

Mas, en la sala iluminada las cabezas todas estaban vueltas hacia nosotros. Algunos se incorporaron en el asiento a ver lo que pasaba.

—La señora está enferma; parece una muerta —dijo alguno en la platea.

—Más muerto parece él —agregó otro.

El acomodador nos tendía ya los abrigos y salimos.

¿Qué más? Nada, sino que en todo el día siguiente Enid y yo no nos vimos. Únicamente al mirarnos por primera vez de noche para dirigirnos al Metropole, Enid tenía ya en sus pupilas profundas la tiniebla del más allá, y yo tenía un revólver en el bolsillo.

No sé si alguno en la sala reconoció en nosotros a los enfermos de la noche anterior. La luz se apagó, se encendió y tornó a apagarse, sin que lograra reposarse una sola idea normal en el cerebro de Guillermo Grant, y sin que los dedos crispados de este hombre abandonaran un instante el gatillo.

Yo fui toda la vida dueño de mí. Lo fui hasta la noche anterior, cuando contra toda justicia un frío espectro que desempeñaba su función fotográfica de todos los días crió dedos estranguladores para dirigirse a un palco a terminar el film.

Como en la noche anterior, nadie notaba en la pantalla algo anormal, y es

evidente que Wyoming continuaba jadeante adherido al diván. Pero Enid —¡Enid entre mis brazos!— tenía la cara vuelta a la luz, pronta para gritar... ¡Cuando Wyoming se incorporó por fin!

Yo lo vi adelantarse, crecer, llegar al borde mismo de la pantalla, sin apartar la mirada de la mía. Lo vi desprenderse, venir hacia nosotros en el haz de luz; venir en el aire por sobre las cabezas de la platea, alzándose, llegar hasta nosotros con la cabeza vendada. Lo vi extender las zarpas de sus dedos... a tiempo que Enid lanzaba un horrible alarido, de esos en que con una cuerda vocal se ha rasgado la razón entera, e hice fuego.

No puedo decir qué pasó en el primer instante. Pero en pos de los primeros momentos de confusión y de humo, me vi con el cuerpo colgado fuera del antepecho, muerto.

Desde el instante en que Wyoming se había incorporado en el diván, dirigí el cañón del revólver a su cabeza. Lo recuerdo con toda nitidez. Y era yo quien había recibido la bala en la sien.

Estoy completamente seguro de que *quise* dirigir el arma contra Duncan. Solamente que, creyendo apuntar al asesino, en realidad apuntaba contra mí mismo. Fue un error, una simple equivocación, nada más; pero que me costó la vida.

Tres días después Enid quedaba a su vez desalojada de este mundo. Y aquí concluye nuestro idilio.

Pero no ha concluido aún. No son suficientes un tiro y un espectro para desvanecer un amor como el nuestro. Más allá de la muerte, de la vida y de sus rencores, Enid y yo nos hemos encontrado. Invisibles dentro del mundo vivo, Enid y yo estamos siempre juntos, esperando el anuncio de otro estreno cinematográfico.

Hemos recorrido el mundo. Todo es posible esperar menos que el más leve incidente de un film pase inadvertido a nuestros ojos. No hemos vuelto a ver más *El páramo*. La actuación de Wyoming en él no puede ya depararnos sorpresas, fuera de las que tan dolorosamente pagamos.

Ahora nuestra esperanza está puesta en *Más allá de lo que se ve*. Desde hace siete años la empresa filmadora anuncia su estreno y hace siete años que Enid y yo esperamos. Duncan es su protagonista; pero no

estaremos más en el palco, por lo menos en las condiciones en que fuimos vencidos. En las presentes circunstancias, Duncan puede cometer un error que nos permita entrar de nuevo en el mundo visible, del mismo modo que nuestras personas *vivas*, hace siete años, le permitieron animar la helada lámina de su film.

Enid y yo ocupamos ahora, en la niebla invisible de lo incorpóreo, el sitio privilegiado de acecho que fue toda la fuerza de Wyoming en el drama anterior. Si sus celos persisten todavía, si se equivoca *al vernos* y hace en la tumba el menor movimiento hacia afuera, nosotros nos aprovecharemos. La cortina que separa la vida de la muerte no se ha descorrido únicamente en su favor, y el camino está entreabierto. Entre la Nada que ha disuelto lo que fue Wyoming, y su eléctrica resurrección, queda un espacio vacío. Al más leve movimiento que efectúe el actor, apenas se desprenda de la pantalla, Enid y yo nos deslizaremos como por una fisura en el tenebroso corredor. Pero no seguiremos el camino hacia el sepulcro de Wyoming; iremos hacia la Vida, entraremos en ella de nuevo. Y es el mundo cálido del que estamos expulsados, el amor tangible y vibrante de cada sentido humano, lo que nos espera entonces a Enid y a mí.

Dentro de un mes o de un año, ella llegará. Sólo nos inquieta la posibilidad de que *Más allá de lo que se ve* se estrene bajo otro nombre, como es costumbre en esta ciudad. Para evitarlo, no perdemos un estreno. Noche a noche entramos a las diez en punto en el Gran Splendid, donde nos instalamos en un palco vacío o ya ocupado, indiferentemente.

El síncope blanco

Yo estaba dispuesto a cualquier cosa; pero no a que me dieran cloroformo.

Soy de una familia en que las enfermedades del corazón se han sucedido de padre a hijo con lúgubre persistencia. Algunos han escapado —cuentan en mi familia— y, según el cirujano que debía operarme, yo gozaba de ese privilegio. Lo cierto es que él y sus colegas me examinaron a conciencia, siendo su opinión unánime que mi corazón podía darse por bueno a carta cabal, tan bueno como mi hígado y mis riñones. No quedaban, en consecuencia, sino dejarme aplicar la careta y confiar mis sagradas entrañas al bisturí.

Me di, pues, por vencido, y una tarde de otoño me hallé acostado con la nariz y los labios llenos de vaselina, aspirando ansiosamente el cloroformo, como si el aire me faltara. Y es que realmente no había aire, y sí cloroformo, que entraba a chorros de insoportable dulzura: chorros de dulce por la nariz, por la boca, por los oídos. La saliva, los pulmones, la extremidad de los dedos, todo era náuseas y dulce a chorros.

Comencé a perder la noción de las cosas, y lo último que vi fue, sobre un fondo negrísimo, fulgurantes cristales de nieve.

* * *

Estaba en el cielo. Si no lo era, se parecía a él muchísimo. Mi primera impresión al volver en mí fue de que yo había muerto.

—¡Esto es! —me dije—. Allá abajo, quién sabe ahora dónde y a qué distancia, he muerto de resultas de la operación. En una definitiva y perdida sala de la Tierra, que es apenas una remota lucecilla en el espacio, está mi cuerpo sin vida, mi cuerpo que ayer había escapado triunfante del examen de los médicos. Ahora ese cuerpo se queda allá; no tengo ya nada que ver con él. Estoy en el cielo, vivo, pues soy un alma viva.

Pero yo me veía, sin embargo, una figura humana, sobre un blanco y bruñido piso. ¿Dónde estaba, pues? Observé entonces el lugar con atención. La vista no pasaba más allá de cien metros, pues una densa bruma cerraba el horizonte. En el ámbito que abarcaban los ojos, la misma niebla, pero vaguísima, velaba las cosas. La luz cenital que había allí parecía de focos eléctricos, muy tamizada. Delante de mí, a 30 ó 40 metros se alzaba un edificio blanco con aspecto de templo griego. A mi izquierda, pero en la misma línea del anterior, y esfumado en la neblina, se alzaba otro templo semejante.

¿Dónde estaba yo, en definitiva? A mi lado, y surgiendo de detrás, pasaban seres, personas humanas como yo, que se encaminaban al edificio de enfrente, donde entraban. Y otras personas salían, emprendiendo el mismo camino de regreso. Más lejos, a la izquierda, idéntico fenómeno se repetía, desde la bruma insondable hasta el templo esfumado. ¿Qué era eso? ¿Quiénes eran esas personas que no se conocían unas a otras, ni se miraban siquiera, y que llevaban todas el mismo rumbo de sonámbulos?

Cuando comenzaba a hallar todo aquello un poco fuera de lo común, aun para el cielo, oí una voz que me decía:

—¿Qué hace usted aquí?

Me volví y vi a un hombre en uniforme de portero o de guardián, con gorra y corto palo en la mano. Lo veía perfectamente en su figura humana, pero no estoy seguro de que fuera del todo opaco.

—No sé —le respondí, perplejo yo mismo—. Me encuentro aquí sin saber cómo...

—Pues bien, ése es su camino —dijo el guardián, señalándome el edificio de enfrente—. Es allí donde debe usted ir. ¿Usted no ha sido operado?

Instantáneamente, en una lejanía inmemorial de tiempo y espacio, me vi tendido en una mesa, en un remotísimo pasado...

—En efecto —murmuré nebuloso—. He sido, *fui* operado... Y he muerto.

El guardián sacudió la cabeza.

—Todos dicen lo mismo... Nos dan ustedes más trabajo del que se

imaginan... ¿No ha tenido aún tiempo de leer la inscripción?

—¿Qué inscripción?

—En ese edificio —señaló el guardián con su palo corto.

Miré sorprendido hacia el templo griego, y con mayor sorpresa aún leí en el frontispicio, en grandes caracteres de luz tamizada:

S Í N C O P E A Z U L

—Éste es su domicilio, por ahora —agregó el guardián—. Todos los que durante una operación con cloroformo caen en síncope, esperan allí. Vamos andando, porque usted hace rato que debía tener su número en orden.

Turbado, me encaminé al edificio en cuestión. Y el guardián iba conmigo.

—Muy bien —le dije, por fin, al llegar—. Aquí debo entrar yo, que he caído en síncope... ¿Pero aquel otro edificio?

—¿Aquél? Es la misma cosa, casi... Lea el letrero. Nunca he visto uno de ustedes, los cloroformizados, que lea los letreros. ¿Qué dice ése? Puede leerlo bien, sin embargo.

Y leí:

S Í N C O P E B L A N C O

—Así es —confirmó el hombre—. Síncope blanco. Los que entran allí no salen más, porque han caído en síncope blanco. ¿Comprende por fin?

Yo no comprendía del todo, por lo que el guardián perdió otro minuto en explicármelo, mientras señalaba uno y otro edificio con su corto palo.

Según él, los cloroformizados están expuestos a dos peligros, independientes de un vaso cortado u otro detalle de la operación. En uno de los casos, y al inspirar la primera bocanada de cloroformo, el paciente pierde súbitamente el sentido; una palidez mortal invade el semblante, y el enfermo, con sus labios de cera y su corazón paralizado, queda listo para el entierro.

Es el síncope blanco.

El otro peligro se manifiesta en el curso de la operación. El rostro del cloroformizado se congestiona de pronto; los labios, las encías y la lengua se amoratan, y si el organismo del individuo no es bastante fuerte para reaccionar contra la intoxicación, la muerte sobreviene.

Es el síncope azul.

Como se ve, la persona que cae en este último síncope, tiene la vida pendiente de un hilo sumamente fino. En verdad vive aún, pero anda tanteando ya con el pie el abismo de la Muerte.

—Usted está en ese estado —concluyó el guardián—. Y allí debe ir usted. Si tiene suerte y los cirujanos logran revivirlo, volverá a salir por la misma puerta que entró. Por el momento, espere allí. Los que entran allá, en cambio —señaló al otro edificio—, no salen más; pasan de largo la sala. Pero son raros los que caen en síncope blanco.

—Sin embargo —objeté—, cada dos o tres minutos veo entrar a uno.

—Porque son todos los cloroformizados en el mundo. ¿Cuántas personas operadas cree usted que hay en un momento dado? Usted no lo sabe, ni yo tampoco. Pero vea, en cambio, los que entran aquí.

En efecto, en el sendero nuestro, era un ir y venir sin tregua, una incesante columna, de hombres, mujeres y niños, entrando y saliendo en orden y sin prisa. La particularidad de aquella avenida de seres-fantasmas era la ignorancia total en que parecían estar unos de otros y del lugar en que actuaban. No se conocían, ni se miraban, ni se veían tal vez. Pasaban con su expresión habitual, acaso distraídos o pensando en algo, pero con preocupaciones de la vida normal —negocios o detalles domésticos—, la expresión de las gentes que se encaminan o salen de una estación.

Antes de entrar en mi sala eché una ojeada a los visitantes del Síncope Blanco. Tampoco ellos parecían darse cuenta de lo que significaba el templo griego esfumado en la bruma. Iban a la muerte vestidos de saco o en femeniles blusas de paseo, con triviales inquietudes de la vida que acaban de abandonar.

Y este mundanal aspecto de estación ferroviaria se hizo más sensible al

entrar en el Síncope Azul. Mi guardián me abandonó en la puerta, donde un nuevo guardián, más galoneado que el anterior, me dio y cantó en voz alta mi número: ¡834!, mientras me ponía la palma en el hombro para que entrara de una vez.

El interior era un solo hall, un largo salón con bancos en el centro y a los costados. La luz cenital, muy tamizada, y aun la ligera bruma del ambiente, reforzaban la impresión de sala de espera a altas horas de la noche. Los bancos estaban ocupados ya por personas que entraban y se sentaban a esperar, resignadas a un trámite ineludible, como si se tratara de un simple contratiempo inevitable al que se está acostumbrado. La mayoría ni siquiera se echaban contra el respaldo del banco; esperaban pacientes, rumiando aún alguna preocupación trivial. Otros se recostaban y cerraban los ojos para matar el tiempo. Algunos se acodaban sobre las rodillas y ponían la cara entre las manos.

Nadie —y yo no salía de mi asombro— parecía estar enterado de lo que significaba aquella espera. Nadie hablaba. En el hall no se oía sino el claro paso de los visitantes y la voz de los guardianes cantando el número de orden. Al oírlos, los dueños de los números se levantaban y salían por la puerta de entrada. Pero no todos, porque en el otro extremo del salón había otra puerta también grandemente abierta, con un guardián que cantaba otros números.

Los dueños de estos números se levantaban con igual indiferencia que los otros y se encaminaban a dicha puerta posterior.

Algunos, sobre todo las personas que esperaban con los ojos cerrados o estaban con la cara entre las manos, se equivocaban en el primer momento de puerta y se encaminaban a otra. Pero ante un nuevo canto del número, notaban su error y se dirigían con alguna prisa a su puerta, como quien ha sufrido un ligero dolor de oído. No siempre tampoco se cantaba el número; si la persona estaba cerca o miraba distraída en aquella dirección, el guardián le chistaba y le indicaba su destino con el dedo.

¿La puerta del fondo era entonces?... Para mayor certidumbre me encaminé hasta dicha puerta y abordé al guardián.

—Perdón —le dije—. ¿Puede decirme qué significado concreto tiene esta puerta?

El guardián, al parecer bastante fastidiado de sus propias funciones para tomar sobre sí las del público, me miró como miraría un boletero de estación al sujeto que le preguntara si el lugar donde se hallaba era la misma estación.

—Perdón —le dije de nuevo—. Yo tengo derecho a que los empleados me informen correctamente.

—Muy bien —repuso el hombre, tocándose la gorra y cuadrándose—. ¿Qué desea saber?

—Lo que significa esta puerta.

—Enseguida; por ahí salen los que han muerto.

—¿Los que mueren?...

—No; los que han muerto en el Síncope.

—¿En el Síncope Azul?

—Así parece.

No pregunté más, y me asomé a la puerta; más allá no se veía nada, todo era tiniebla. Y se sentía una impresión muy desagradable de frescura.

Volví sobre mis pasos y me senté a mi vez. A mi lado, una joven de traje oscuro esperaba con los ojos cerrados y la cabeza recostada en el respaldo del banco. La miré un largo rato y me acodé con la cara entre las manos.

¡Perfectamente! Yo sabía que de un momento a otro los guardianes debían cantar mi número; pero por encima de esto yo acababa de mirar a la jovencita de falda corta y pies cruzados, que en una remota sala de operaciones acababa de caer en síncope como yo. Y nunca, en los breves días de mi vida anterior, había visto una belleza mayor que la de aquel pálido y distraído encanto en el dintel de la muerte.

Levanté la cabeza y fijé otra vez la mirada en ella. Ella había abierto los ojos y miraba a uno y otro guardián, como extrañada de que no la llamaran de una vez. Cuando iba a cerrarlos de nuevo:

—¿Impaciente? —le dije.

Ella volvió a mí los ojos, me miró un breve momento y sonrió:

—Un poco.

Quiso adormecerse otra vez, pero yo le dije algo más. ¿Qué le dije? ¿Qué sed de belleza y adoración había en mi alma, cuando en aquellas circunstancias hallaba modo de henchirla de aquel amor terrenal?

No lo sé; pero sé que durante tres cuartos de hora —si es posible contar con el tiempo mundano el éxtasis de nuestros propios fantasmas— su voz y la mía, sus ojos y los míos hablaron sin cesar.

Y sin poder cambiar una sola promesa, porque ni ella ni yo conocíamos nuestros mutuos nombres, ni sabíamos si reviviríamos, ni en qué lugar de la Tierra habíamos caminado un día con firmes pies.

¿La volvería a ver? ¿Era nuestro viejo mundo bastante grande para ocultar a mis ojos aquella bienamada criatura, que me entregaba su corazón paralizado en el limbo del Síncope Azul? No. Yo volvería a verla —porque no tenía la menor duda de que ella regresaba a la vida—. Por esto cuando el guardián de entrada cantó el número y ella se encaminó a la puerta despidiéndose con una sonrisa, la seguí con los ojos como a una prometida...

¿Pero qué pasa? ¿Por qué la detienen? Aparecen nuevos empleados en cabeza —jefes, seguramente— que observan el número de orden de la joven. Al fin le dejan el paso libre, con un ademán que no alcanzo a comprender. Y oigo algo así como:

—Otro error... Habrá que vigilar a los guardianes de abajo...

¿Qué error? ¿Y quiénes son los guardianes de abajo? Vuelvo a sentarme, indiferente al nocturno vaivén, cuando el guardián de la puerta del fondo grita ¡124!

Mi vecino, un hombre de rostro enérgico y al parecer de negocios, se levanta indiferente como si fuera a su despacho como todos los días. Y en ese instante, al oír el cuatro final recién cantado, siento por primera vez la probabilidad de que yo puedo ser llamado desde *la otra puerta*.

¿Es posible? Pero ella acabó de levantarse y la veo aún sonriéndome, con su vestido corto y sus medias traslúcidas. Y antes de un segundo, menos quizá, puedo quedar separado de ella para siempre jamás, en el más infinito jamás que establece una puerta abierta detrás de la cual no hay más que tinieblas y una sensación de fresco muy desagradable. ¿Desde dónde se va a cantar mi número? ¿A qué puerta debo volver los ojos? ¿Qué guardián aburrido de su oficio va a indicarme con la cabeza, el rastro aún tibio del vestido oscuro o la Gran Sombra Tiritante?

* * *

—¡De buena hemos escapado!

—Ya vuelve el mozo... ¡Diablo de corazón incomprensible que tienen estos neurópatas!

Yo volvía en mí, todo zumbante aún del cloroformo. Abrí los ojos y vi los fantasmas blancos que acababan de operarme.

Uno de ellos me palmeó el hombro, diciendo:

—Otra vez trate de tener menos apuro en pasarse de largo, amigo. En fin, dese por muy contento.

Pero yo no lo oía más, porque había vuelto a caer en sopor. Cuando torné a despertar, me hallaba ya en la cama.

¿En la cama?... ¿En un sanatorio?... ¿En el mundo, no es esto?... Mas la luz, el olor a formol, los ruidos metálicos —la vida tal cual— me dañaban los ojos y el alma. Lejos, quién sabe a qué remota eternidad de tiempo y espacio, estaba el salón de espera y la jovencita a mi lado que miraba a uno y otro guardián. Eso sólo había sido, era y sería mi vida en adelante. ¿Dónde hallarla a ella? ¿Cómo buscarla entre el millar de sanatorios del mundo, entre los operados que en todo instante están incubando tras la careta asfixiante el síncope del cloroformo?

¡La hora! ¡Sí! Sólo ese dato preciso tenía, y podía bastarme. Debí comenzar a buscarla enseguida, en el sanatorio mismo. ¿Quién sabe?... Quise llamar a un médico, a mi médico de confianza, que había asistido a la operación.

—Óigame, Fitzimmons —murmuré—. Tengo un interés muy grande en saber si, al mismo tiempo que a mí, se ha operado a otras personas en este sanatorio.

—¿Aquí? ¿Le interesa mucho saber eso?

—Muchísimo. A la misma hora... O un momento antes, si acaso.

—Pero sí, me parece que sí... ¿Quiere saberlo con seguridad?

—Hágame el favor...

Al quedar solo cerré de nuevo los ojos, porque lo que yo quería saber era muy distinto de los crudos reflejos de la cama laqué y de la mesa giratoria, también laqué.

—Puedo satisfacerlo —me dijo Fitzimmons, volviendo a entrar—. Se ha operado al mismo tiempo que a usted a tres personas: dos hombres y una mujer. Los hombres...

—No, Fitzimmons; la mujer sólo me interesa. ¿Usted la ha visto?

—Perfectamente. Pero —se detuvo mirándome a los ojos— ¿qué diablo de pesadilla sigue usted rumiando con el cloroformo?

—No es pesadilla... ¡Después le explicaré! Óigame: ¿la ha visto bien cuando estaba vestida? ¿Puede describírmela en detalles?

Fitzimmons la había visto bien, y no tuve la menor duda. Era ella. ¡Ella! A despecho de la vida y la muerte y la inmensidad de los mundos, la jovencita estaba a mi lado. Viva, tangible, como lo estaba en un pasado remoto, infinitamente anterior, en la luz tamizada de una sala de espera ultraterrestre.

El médico vio mi cambio de expresión y se mordió los labios.

—¿Usted la conocía?

—¡Sí! Es decir... ¿Sigue bien?

Titubeó un instante. Luego:

—No sé si esa joven es la que usted cree. Pero la enferma que han

operado... ha muerto.

—¡Muerta!

—Sí... Hoy hemos tenido poca suerte en el sanatorio. Usted, casi se nos va; y esa chica, con un síncope...

—Azul... —murmuré.

—No, blanco.

—¿Blanco? —me volví aterrado—. ¡No, azul! ¡Estoy seguro...!

Pero mi médico:

—No sé de dónde saca usted ahora sus diagnósticos... Síncope blanco, le digo, de lo más fulminante que se pueda pedir. Y sosiéguese ahora... deje sus sueños de cloroformo que a nada lo conducirán.

Quedé otra vez solo. ¡Síncope blanco! Súbitamente se hizo la luz: volví a ver a los jefes de la sala de espera, revisando el número de la joven; y aprecié ahora en su total alcance las palabras que en aquel momento no había comprendido: *Ha habido un error...*

El error consistía en que la jovencita había muerto en la mesa de operaciones del síncope blanco; que había entrado muerta en la sala de espera, por el error de algún guardián; y que yo había estado haciendo el amor, cuarenta minutos, a una joven ya muerta, que por error me sonreía y cruzaba aún los pies.

En el curso de mi vida yo he recorrido sin duda las mismas calles que ella, tal vez con segundos de diferencia; hemos vivido posiblemente en la misma cuadra, y quizás en distintos pisos de la misma casa. ¡Y nunca, nunca nos hemos encontrado! Y lo que nos negó la vida, tan fácil, nos lo concede al fin una estación ultraterrestre, donde por un error he volcado todo el amor de mi vida oscilante sobre el espectro en medias traslúcidas —de un cadáver.

Es o no cierto lo que me dice el médico; pero al cerrar los ojos la veo siempre, despidiéndose con su sonrisa, dispuesta a esperarme. Al salir de la sala ha tomado a la derecha, para entrar en el Síncope Blanco. Jamás volverá a salir. Pero no importa; allí me espera, estoy seguro.

Bien. Mas yo mismo; este cuarto de sanatorio, estos duros ángulos y esta cama laqué, ¿son cosa real? ¿He vuelto en realidad a la vida, o mi despertar y la conversación con mi médico de blanco no son sino nuevas formas de sueño sincopal? ¿No es posible un nuevo error a mi respecto, consecutivo al que ha desviado hacia la derecha a mi Novia Muerta? ¿No estoy muerto yo mismo desde hace un buen rato, esperando en el Síncope Azul el control que de nuevo efectúan los jefes con mi número?

Ella salió y entró serena, calmada ya su impaciencia, en el edificio blanco, ante la cual toda ilusión humana debe retroceder. Nunca más será ella vista por nadie en la Tierra.

¿Pero yo? ¿Es real esta cama laqué, o sueño con ella definitivamente instalado en la Gran Sombra, donde por fin los jefes me abren paso irritados ante el nuevo error, señalándome el Síncope Blanco, donde yo debía estar desde hace un largo rato?...

Los tres besos

Había una vez un hombre con tanta sed de amar que temía morir sin haber amado bastante. Temía sobre todo morir sin haber conocido uno de esos paraísos de amor, a que se entra una sola vez en la vida por los ojos claros u oscuros de una mujer.

—¿Qué haré de mí —decía— si la hora de la muerte me sobrecoge sin haberlo conseguido? ¿Qué he amado yo hasta ahora? ¿Qué he abrazado? ¿Qué he besado?

Tal temía el hombre; y ésta es la razón por la cual se quejaba al destino de su suerte.

Pero he aquí que mientras tendido en su cama se quejaba, un suave resplandor se proyectó sobre él, y volviéndose vio a un ángel que le hablaba así:

—¿Por qué sufres, hombre? Tus lamentos han llegado hasta el Señor, y he sido enviado a ti para interrogarte. ¿Por qué lloras? ¿Qué deseas?

El hombre miró con vivo asombro a su visitante, que se mantenía tras el respaldo de la cama con las alas plegadas.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó el hombre.

—Ya lo ves —repuso el intruso con dulce gravedad—. Tu ángel de la guarda.

—¡Ah, muy bien! —dijo el hombre, sentándose del todo en la cama—. Yo creía que a mi edad no tenía ya ángel guardián.

—¿Y por qué? —contestó sonriendo el ángel.

Pero el hombre había sonreído también, porque se hallaba a gusto conversando a su edad con un ángel del cielo.

—En efecto —repuso—. ¿Por qué no puedo tener todavía un ángel guardián que vele por mí? Estaría muy contento, mucho, de saberlo —agregó en voz baja y sombría al recordar su aflicción— si no fuera totalmente inútil...

—Nada es inútil cuando se desea y se sufre por ello —replicó el ángel de la guarda—. La prueba la tienes aquí: ¿No has elevado la voz de tu deseo y tu sufrimiento? El Señor te ha oído. Por segunda vez, te pregunto: ¿Qué quieres? ¿Cuál es tu aspiración?

El hombre observó por segunda vez la niebla nacarada que era su ángel.

—¿Y cómo decírtela? Nada tiene ella de divino... ¿Qué podrías hacer tú?

—Yo, no; pero el Señor todo lo puede. ¿Persigues algo?

—Sí.

—¿Puedes obtenerlo por tus propias fuerzas?

—Tal vez sí...

—¿Y por qué te quejas a la Altura si sólo en ti está el conseguirlo?

—¡Porque estoy desesperado y tengo miedo! ¡Porque temo que la muerte llegue de un momento a otro sin que haya yo obtenido un solo beso de gran amor! Pero tú no puedes comprender lo que es esta sed de los hombres. ¡Tú eres de otro cielo!

—Cierto es —repuso la divina criatura con una débil sonrisa—. Nuestra sed está aplacada... ¿Temes, pues, morir sin haber alcanzado un gran amor... un beso de gran amor, como dices?

—Tú mismo lo repites.

—No sufras, entonces. El Señor te ha oído ya y te concederá lo que pides. Pronto seré contigo. Hasta luego.

—À *tantôt* —respondió el hombre, sorprendido. Y no había vuelto aún de su sorpresa cuando el respaldo de la cama se iluminaba de nuevo y oía al ángel que le decía:

—La paz sea contigo. El Señor me envía para decirte que tu deseo es elevado y tu dolor, sincero. La eterna vida que exigas para satisfacer tu sed, no puede ser acordada. Pero de conformidad con tu misma expresión, el Señor te concede tres besos. Podrás besar a tres mujeres, sean quienes fueren; pero el tercer beso te costará la vida.

—¡Ángel de mi guarda! —exclamó el hombre poniéndose pálido de dicha—. ¿A tres mujeres, las que yo elija? ¿A las más hermosas? ¿Puedo ser amado por ellas, con sólo que lo desee?

—Tú lo has dicho. Vela únicamente por tu elección. Tres besos serán tuyos; mas con el tercero morirás.

—¡Ángel adorado! ¡Guardián de mi alma! ¿Cómo es posible no aceptar? ¿Qué me importa perder la vida, si ella no se me ofrece más que como un medio para alcanzar mi Vida misma, que es amar? ¿A tres mujeres, dices? ¿Distintas?

—Distintas, a tu elección. No levantes, pues, más tus quejas a la Altura. Sé feliz... Y no te olvides.

Y el ángel desapareció, en tanto que el hombre salía apresuradamente a la calle.

No vamos a seguir al afortunado ser en las aventuras que el divino y desmesurado don le permitió. Bástenos saber que en un tiempo más breve del preciso para contarle, prodigó las dos terceras partes de su bien, y que cuando se adelantaba ya a conquistar su postrer beso, la muerte cayó sobre él inesperadamente. El hombre, muy descontento, pidió comparecer ante el Señor, lo que le fue concedido.

—¿Quién es éste? —preguntó el Señor al ángel guardián, que acompañaba al hombre.

—Es aquel, Señor, a quien concediste el don de los tres besos.

—Cierto es —contestó el Señor—. Me acuerdo. ¿Y qué desea ahora?

—Señor —repuso el hombre mismo—: He muerto por sorpresa. No he tenido tiempo de disfrutar el don que me otorgaste. Pido volver a la vida para cumplir mi misión.

—Tú solo tienes la culpa —dijo el Señor—. ¿No hallabas mujer digna de ti?

—No es esto... ¡Es que la muerte me tomó tan de sorpresa!

—Bien. Tornarás a vivir y aprovecha el tiempo. Ya estás complacido; ve en paz.

Y el hombre se fue; mas aunque en esta segunda etapa de su vida extendió más el intervalo de sus besos, la muerte llegó cuando menos lo esperaba, y el hombre tornó a comparecer ante el Señor.

—Aquí está de nuevo, Señor —dijo el ángel guardián—, el hombre que ya murió otra vez.

Pero el Señor no estaba contento de la visita.

—¿Y qué quiere éste ahora? —exclamó—. Le hemos concedido todo lo que quería.

Y volviéndose al hombre:

—¿Tampoco hallaste esta vez a la mujer?

—La buscaba, Señor, cuando la muerte...

—¿La buscabas de verdad?

—Con toda el alma. ¡Pero he muerto! ¡Soy muy joven, Señor, para morir todavía!

—Eres difícil de contentar. ¿No cambiaste tú mismo la vida por esos tres besos que te dan tanto trabajo? ¿Quieres que te retire el don? Tienes aún tiempo de alcanzar una larga vida.

—¡No, no me arrepiento!

—¿Qué, entonces? ¿No son bastante hermosas las mujeres de tu planeta?

—Sí, sí, ¡déjame vivir aún!

—Ve, pues. No sueñes con otra clase de mujeres; y busca bien, porque no quiero oír hablar más de ti.

Dicho esto, el Señor se volvió a otro lado, y el hombre bajó muy contento a vivir de nuevo en la Tierra.

Pero por tercera vez repitiose la aventura, y el hombre, sorprendido en plena juventud por la muerte, subió por cuarta vez al cielo.

—¡No acabaremos nunca con este personaje! —exclamó al verlo el Señor, que entonces reconoció enseguida al hombre de los tres besos—. ¿Cómo te atreves a volver a mi presencia? ¿No te dije que quería verme libre de ti?

Pero el hombre no tenía ya en los ojos ni en la voz el calor de las otras ocasiones.

—¡Señor! —murmuró—. Sé bien que te he desobedecido, y merezco tu castigo... ¡Pero demasiada culpa fue el don que me concediste!

—¿Y por qué? ¿Qué te falta para conseguirlo? ¿No tienes juventud, talento, corazón?

—¡Sí, pero me falta tiempo! ¡No me quites la vida tan rápidamente! En las tres veces que me has concedido vivir de nuevo, cuando más viva era mi sed de amar, cuando más cerca estaba de la mujer soñada, tú me enviabas la muerte. ¡Déjame vivir mucho, mucho tiempo, de modo que por fin pueda satisfacer esta sed de amar!

El Señor miró entonces atentamente a este hombre que quería vivir mucho para conseguir a la vejez lo que no alcanzaba en su juventud. Y le dijo:

—Sea, pues, como lo deseas. Vuelve a la vida y busca a la mujer. El tiempo no te faltará para ello; ve en paz.

Y el hombre bajó a la Tierra, muchísimo más contento que las veces anteriores, porque la muerte no iba a cortar sus días juveniles.

Entonces el hombre que quería vivir dejó transcurrir los minutos, las horas y los días, reflexionando, calculando las probabilidades de felicidad que podía devolverle la mujer a quien entregara su último beso.

—Cuanto más tiempo pase —se decía—, más seguro estoy de no equivocarme.

Y los días, los meses y los años transcurrían, llenando de riquezas y

hombres al hombre de talento que había sido joven y había tenido corazón. Y el renombre trajo a su lado las más hermosas mujeres del mundo.

—He aquí, pues, llegado el momento de dar mi vida —se dijo el hombre.

Pero al acercar sus labios a los frescos labios de la más bella de las mujeres, el hombre viejo sintió que ya no los deseaba. Su corazón no era ya capaz de amar. Tenía ahora cuanto había buscado impaciente en su juventud. Tenía riquezas y honores. Su larga vida de temporización y cálculo habíale concedido los bienes velados al hombre que no vuelve la cabeza por ver si la muerte lo acecha al gemir de pasión en un beso. Sólo le faltaba el deseo, que había sacrificado con su juventud.

Joven poeta, artista, filósofo: no vuelvas la cabeza al dar un beso, ni vendas al postrero el ideal de tu joven vida. Pues si la prolongas a su costa, comprenderás muy tarde que el supremo canto, el divino color, la sangrienta justicia, sólo valieron mientras tuviste corazón para morir por ellos.

El potro salvaje

Era un caballo, un joven potro de corazón ardiente, que llegó del desierto a la ciudad a vivir del espectáculo de su velocidad.

Ver correr a aquel animal era en efecto un espectáculo considerable. Corría con la crin al viento y el viento en sus dilatadas narices. Corría, se estiraba; se estiraba más aún, y el redoble de sus cascos en la tierra no se podían medir. Corría sin reglas ni medida, en cualquier dirección del desierto y a cualquier hora del día. No existían pistas para la libertad de su carrera, ni normas para el despliegue de su energía. Poseía extraordinaria velocidad y un ardiente deseo de correr. De modo que se daba todo entero en sus disparadas salvajes —y ésta era la fuerza de aquel caballo.

A ejemplo de los animales muy veloces, el potro tenía pocas aptitudes para el arrastre. Tiraba mal, sin coraje ni bríos ni gusto. Y como en el desierto apenas alcanzaba el pasto para sustentar a los caballos de pesado tiro, el veloz animal se dirigió a la ciudad para vivir de sus carreras.

En un principio entregó gratis el espectáculo de su gran velocidad, pues nadie hubiera pagado una brizna de paja por verlo —ignorantes todos del corredor que había en él—. En las bellas tardes, cuando las gentes poblaban los campos inmediatos a la ciudad —y sobre todo los domingos— el joven potro trotaba a la vista de todos, arrancaba de golpe, deteníase, trotaba de nuevo husmeando el viento, para lanzarse al fin a toda velocidad, tendido en una carrera loca que parecía imposible de superar y que superaba a cada instante, pues aquel joven potro, como hemos dicho, ponía en sus narices, en sus cascos y en su carrera todo su ardiente corazón.

Las gentes quedaron atónitas ante aquel espectáculo que se apartaba de todo lo que acostumbraban a ver, y se retiraron sin apreciar la belleza de aquella carrera.

—No importa —se dijo el potro alegremente—. Iré a ver a un empresario de espectáculos, y ganaré entretanto lo necesario para vivir.

De qué había vivido hasta entonces en la ciudad apenas él podía decirlo. De su propio hambre, seguramente, y de algún desperdicio desechado en el portón de los corralones. Fue, pues, a ver a un organizador de fiestas.

—Yo puedo correr ante el público —dijo el caballo— si me pagan por ello. No sé qué puedo ganar; pero mi modo de correr ha gustado a algunos hombres.

—Sin duda, sin duda... —le respondieron—. Siempre hay algún interesado en estas cosas... No es cuestión, sin embargo, de que se haga ilusiones... Podríamos ofrecerle, con un poco de sacrificio de nuestra parte...

El potro bajó los ojos hacia la mano del hombre, y vio lo que le ofrecían: era un montón de paja, un poco de pasto ardidado y seco.

—No podemos más... Y asimismo...

El joven animal consideró el puñado de pasto con que se pagaban sus extraordinarias dotes de velocidad, y recordó las muecas de los hombres ante la libertad de su carrera, que cortaba en zigzag las pistas trilladas.

—No importa —se dijo alegremente—. Algún día se divertirán. Con este pasto ardidado podré entretanto sostenerme.

Y aceptó contento, porque lo que él quería era correr.

Corrió, pues, ese domingo y los siguientes, por igual puñado de pasto cada vez dándose con toda el alma en su carrera. Ni un solo momento pensó en reservarse, en engañar, seguir las rectas decorativas para halago de los espectadores, que no comprendían su libertad. Comenzaba al trote, como siempre, con las narices de fuego y la cola en arco; hacía resonar la tierra en sus arranques, para lanzarse por fin a escape a campo traviesa, en un verdadero torbellino de ansia, polvo y tronar de cascos. Y por premio, su puñado de pasto seco, que comía contento y descansado después del baño.

A veces, sin embargo, mientras trituraba con su joven dentadura los duros tallos pensaba en las repletas bolsas de avena que veía en las vidrieras, en la gula de maíz y la alfalfa olorosa que desbordaba de los pesebres.

—No importa —se decía alegremente—. Puedo darme por contento con

este rico pasto.

Y continuaba corriendo con el vientre ceñido de hambre como había corrido siempre.

Poco a poco, sin embargo, los paseantes de los domingos se acostumbraron a su libertad de carrera, y comenzaron a decirse unos a otros que aquel espectáculo de velocidad salvaje, sin reglas ni cercas, causaba una bella impresión.

—No corre por las sendas como es costumbre —decían—, pero es muy veloz. Tal vez tiene ese arranque porque se siente más libre fuera de las pistas trilladas. Y se emplea a fondo.

En efecto, el joven potro, de apetito nunca saciado, y que obtenía apenas de qué vivir con su ardiente velocidad, se empleaba a fondo por un puñado de pasto, como si esa carrera fuera la que iba a consagrarlo definitivamente. Y tras el baño, comía contento su ración —la ración basta y mínima del más oscuro de los más anónimos caballos.

—No importa —se decía alegremente—. Ya llegará el día en que se diviertan.

El tiempo pasaba, entretanto. Las voces cambiadas entre los espectadores cundieron por la ciudad, traspasaron sus puertas, y llegó por fin un día en que la admiración de los hombres se asentó confiada y ciega en aquel caballo de carrera. Los organizadores de espectáculos llegaron en tropel a contratarlo, y el potro, ya de edad madura, que había corrido toda su vida por un puñado de pasto, vio tenderse, en disputa, apretadísimos fardos de alfalfa, macizas bolsas de avena y maíz —todo en cantidad incalculable— por el solo espectáculo de su carrera.

Entonces el caballo tuvo por primera vez un pensamiento de amargura, al pensar en lo feliz que hubiera sido en su juventud si le hubieran ofrecido la milésima parte de lo que ahora introducían gloriosamente en su gazo.

—En aquel tiempo —se dijo melancólicamente—, un solo puñado de alfalfa como estímulo, cuando mi corazón saltaba de deseos de correr, hubiera hecho en mí el más feliz de los seres. Ahora estoy cansado.

En efecto, estaba cansado. Su velocidad era sin duda la misma de

siempre, y el mismo espectáculo de su salvaje libertad. Pero no poseía ya el ansia de correr de otros tiempos. Aquel vibrante deseo de tenderse a fondo, que antes el joven potro entregaba por un montón de paja, precisaba ahora toneladas de exquisito forraje para despertar. El triunfante caballo pensaba largamente las ofertas, calculaba, especulaba finamente sus descansos. Y cuando los organizadores se entregaban por último a sus exigencias, recién entonces sentía deseos de correr. Corría entonces como él solo era capaz de hacerlo; y regresaba a deleitarse ante la magnificencia del forraje ganado.

Cada vez, sin embargo, el caballo era más difícil de satisfacer, aunque los organizadores hicieran verdaderos sacrificios para excitar, adular, comprar aquel deseo de correr que moría bajo la presión del éxito. Y el potro comenzó entonces a temer por su prodigiosa velocidad, si la entregaba toda en cada carrera. Corrió, entonces, por primera vez en su vida, reservándose, aprovechándose cautamente del viento y las largas sendas regulares. Nadie lo notó —o por ello fue acaso más aclamado que nunca— pues se creía ciegamente en su salvaje libertad. Libertad... No, ya no la tenía. La había perdido desde el primer instante en que se reservó sus fuerzas para no flaquear en la carrera siguiente. No corrió más a campo traviesa, ni contra el viento. Corrió sobre sus propios rastros más fáciles, sobre aquellos zigzag que más ovaciones habían arrancado. Y en el miedo, siempre creciente, de agotarse, llegó un momento en que el caballo de carrera aprendió a correr con estilo, engañando, escarceando, cubierto de espuma por las sendas más trilladas. Y un clamor de gloria lo divinizó.

Pero dos hombres que contemplaban aquel lamentable espectáculo, cambiaron algunas tristes palabras.

—Yo lo he visto correr en su juventud —dijo el primero— y si uno pudiera llorar por un animal lo haría en recuerdo de lo que hizo este mismo caballo cuando no tenía qué comer.

—No es extraño que lo haya hecho antes —dijo el segundo—. Juventud y Hambre son el más preciado don que puede conocer la vida de un fuerte corazón.

Joven potro: tiéndete a fondo en tu carrera, aunque apenas se te dé para comer. Pues si llegas sin valor a la gloria y adquieres estilo para trocarlo fraudulentamente por pingüe forraje, te salvará el haberte dado un día entero por un puñado de pasto.

El león

Había una vez una ciudad levantada en pleno desierto, donde todo el mundo era feliz. La ciencia, la industria y las artes habían culminado al servicio de aquella ciudad maravillosa que realizaba el ideal de los hombres. Gozábese allí de todos los refinamientos del progreso humano, pues aquella ciudad encarnaba la civilización misma.

Pero sus habitantes no eran del todo felices, aunque lo hayamos dicho, porque en su vecindad vivían los leones.

Por el desierto lindante corrían, saltaban, mataban y se caían los leones salvajes. Las melenas al viento, la nariz husmeante y los ojos entrecerrados, los leones pasaban a la vista de los hombres con su largo paso desdeñoso. Detenidos al sesgo, con la cabeza vuelta, tendían inmóviles el hocico a las puertas de la ciudad, y luego trotaban de costado, rugiendo.

El desierto les pertenecía. En balde y desde tiempo inmemorial, los habitantes de la ciudad habían tratado de reducir a los leones. Entre la capital de la civilización y las demás ciudades que pugnaban por alcanzar ésta, se interponía el desierto y su bárbara libertad. Idéntico ardor animaba a ambos enemigos en la lucha; la misma pasión que ponían los hombres en crear aquella gozosa vida sin esfuerzos, alimentaba en los leones su salvaje violencia. No había fuerza, ni trampa, ni engaño que no hubieran ensayado los hombres para sojuzgarlos; los leones resistían, y continuaban cruzando el horizonte a saltos.

Tales eran los seres que desde tiempo inmemorial obstaculizaban el avance de la civilización.

Pero un día los habitantes decidieron concluir con aquel estado de cosas, y la ciudad entera se reunió a deliberar. Pasaron los días en vano. Hasta que por fin un hombre habló así:

—No hemos hecho nunca lo que debíamos. Hay que conquistar a los

leones con otros medios. Nada conseguiremos con la violencia, ni con los burdos engaños. Yo propongo que demos un león por esposo a la más bella de entre nuestras hijas. Ya saben a cuál me refiero: a ese joven e indomable león, que desde que ha nacido parece ejercer una extraña influencia sobre sus compañeros. Conquistándolo a él, nos desharemos fácilmente de las demás fieras. Elijamos a la más bella de nuestras hijas, y démosla por esposa a ese león.

Esto dijo el hombre; y la idea fue considerada sutil y realizable, porque esto pasaba en una época en que las mujeres eran semidiosas y no se comportaban en la vida como simples mortales.

La más bella, pues, de las jóvenes vírgenes, fue encerrada sola en una torre que se levantó en el desierto a la vista de la ciudad. Y al atardecer, la hermosa se asomaba a la ventana, donde lloraba con el pañuelo en los ojos.

Los leones pasaban y rugían trotando, temerosos siempre de una asechanza.

Sólo el joven león se atrevía a acercarse. Inmóvil al pie de la torre, alzaba horas enteras sus salvajes y azules ojos a la bellísima hija de los hombres, que lloraba para ablandar su indómito corazón.

En breves días pudo apreciarse la sutileza del consejo: el león, que había resistido a la violencia y los engaños groseros, cayó en las redes. Y siguiendo, hipnotizado de amor, a la hermosa joven que le sonreía bajo un extremo del pañuelo, franqueó las puertas de la ciudad.

No vaya a creerse, sin embargo, que los hombres procedían de mala fe al ofrecerle la bellísima esposa. Las bodas se realizaron en corto plazo con un fausto inaudito, en honor de aquel monarca del desierto que se dignaba honrar a los hombres con su alianza.

Cuanto hay de lujo, de halago sutil en la civilización de los hombres, fue tendido a los pies —las garras— del joven león salvaje.

Se le inició paso a paso en los goces del refinamiento, en los deleites de la inercia. Se le peinó, se le acarició, se le untó de las mil exquisitas dulzuras que constituyen la alta civilización. Y el bárbaro intruso, deslumbrado y blando de amor, lamió, probó y gustó de cuanto le ofrecían.

Se le convenció de que debía dejarse limar los dientes y cortar las garras —vergonzoso estigma de su vida anterior—, y así se hizo. Aprendió a amar los muelles cojines, a sentarse a la mesa con la servilleta sobre los muslos, a quejarse de calor en días apenas tibios, y a disimularse en el fondo del palco para dejar sitio a las señoras en el antepecho. Aprendió a perder en los brazos de su esposa los últimos impulsos de rebelión, y aprendió por último a decir discursos en las grandes ceremonias conmemorativas, con la mesura y el buen tono de los hombres. Llegó finalmente con el tiempo a ser un amable, tolerante y grueso león de garras y colmillos limados, que se horripilaba ante toda idea de violencia, y que no tenía sino dos aspiraciones: gozar de su vida actual, y prolongarla hasta su vejez.

Tal era. Pero la vejez llegó, y con ella, como es norma en los animales salvajes, la naturaleza primitiva asomó tras el alma maquillada de la vieja fiera.

Miró hacia el pasado, y echado sobre el vientre con la barbilla sobre las zarpas, contempló la ruta recorrida, y vio entonces por vez primera, en jalonada perspectiva, la obra sutil, perseverante y fatal de los hombres.

Estaba vencido. Se sentía completamente sin fuerzas; no ya para romper el hechizo, sino para desearlo, siquiera. No concebía ya más la vida sin el baño tibio, el vientre repleto y la amistad de las gentes de mundo. Allá, en el desierto, hacía mucho tiempo que sus hermanos no rugían más. Y a él se le había acariciado, comprado, cebado, aniquilado...

Pasaba así el tiempo, cuando tuvo la honda sorpresa de saber que iba a ser padre. Oyó por días enteros el clamor de la ciudad que vitoreaba de antemano la descendencia de la joven princesa —pues nos hemos olvidado de decir que la joven era una princesa—. De él, el león consorte, nadie se preocupaba ya.

El viejo padre sintió que sus melenas se encrespaban un instante: ¡hijos suyos! Y meditó largo rato. Pero pronto su amargura fue mayor. ¿Qué descendencia podría ser aquélla, de un león que anteponía a todo la seguridad de su comida, y llevaba los bolsillos del smoking repletos de menús? La madre de sus hijos era una hija de los hombres... Sus descendientes serían lamentables monstruos, ya atrofiados y vencidos antes de nacer...

Apreció así una vez más la obra de los hombres, que al ofrecerle una esposa de su casta quebraban para siempre, en la herencia misma, la salvaje libertad de los leones. Domado él, domada su raza... Y con la mirada perdida en el más amargo desierto de las desesperanzas, el ex león vio llegar el angustioso momento.

Pero cuando la princesa dio por fin a luz, los ojos del lamentable padre saltaron de delirante gozo: ¡Eran leones! A pesar de su ignominia, sus hijos eran leoncillos puros, libres de toda mancha.

¡Sí, amigos! ¡Eran leoncillos desde el tierno hociquito hasta la punta de la cola! Y con dientes agudísimos de seres salvajes.

Antes que el clamor levantado por el terrible acontecimiento se hubiera desvanecido, el viejo león arrebató a su cría y huía con ella, mientras en palacio defervecía poco a poco el tumulto. En realidad, los asistentes habían visto algo monstruoso; pero se supuso que una mano caritativa había aniquilado al nacer aquella letal descendencia.

Pero el viejo león no cabía en sí de felicidad: ¡leoncillos puros! ¡Sin una uña ni un diente limados! El destino de las razas venideras era, pues, superior a su flaqueza de gordo león repleto que había trocado sus garras por un mantel, cuando la libertad le concedía aún dos cachorrillos libres de toda mancilla. Y los criaba en el más completo misterio, viviendo con ellos cuanto le era posible.

El padre puso en la educación de sus hijos todo su amor y rencor exasperados, que refluía sobre la nativa violencia de los leoncillos. Y cuando los sintió, por fin y para siempre, infatigables al hambre y la sed, el viejo león los llevó una noche de lluvia a las puertas de la ciudad, enseñándoles el desierto. Violos desaparecer a saltos, empapados y lacios de agua, tendiéndose cada vez más en sus botes.

El padre quedó largas horas en silencio, mirando hacia lo lejos... lo que ya no podía ver. Volvióse luego, pues sentía hambre; apetito de platos bien aderezados, en un restaurant de la civilización. Tal era, y no podía ser más otra cosa.

Pero no importa. Allá iban sus hijos liberados, las salvajes fieras de garras y colmillos agudísimos, ya prevenidos desde el nacer; los cachorros redentores, suprema esperanza de los leones vencidos.

La patria

El discurso que el soldado herido dijo a los animales del monte que querían formar una patria, puede ser transcrito en su totalidad, en razón de ser muy breve y de ayudar a la comprensión de este extraño relato.

La normalidad de la vida en la selva es bien conocida. Las generaciones de animales salvajes se suceden unas a otras y unas en contra de las otras en constante paz, pues a despecho de las luchas y los regueros de sangre, hay un algo que rige el trabajo constante de la selva, y ese algo es la libertad. Cuando las especies son libres, en la selva ensangrentada reina la paz.

Esta felicidad la habían conocido los animales del bosque desde tiempo inmemorial, hasta que a los zánganos les cupo en suerte comprometerla.

Son más que conocidas las virtudes de las abejas. Han adquirido en su milenaria familiaridad con el hombre nociones de biología que les producen algunos trastornos cuando deben transformar una obrera en reina, pues no siempre aumentan la celda y el alimento en las proporciones debidas. Y esto se debe al mareo filosófico ocasionado por la extraordinaria facultad que poseen de cambiar el sexo de sus obreras a capricho. Sin abandonar la construcción de sus magníficos panales, pasan la vida preocupadas por su súper-animalidad y el creciente desprecio a los demás habitantes de la selva, mientras miden aprisa y sin necesidad el radio de las flores.

Ésta es la especie que dio en la selva el grito de alerta, algunos años después de haberse ido el hombre remando aguas abajo en su canoa.

Cuando este hombre había llegado a vivir en el monte, los animales inquietos siguieron días y días sus manejos.

—Éste es un buen hombre —dijo un gato montés guiñando un ojo hacia el claro de bosque en que la camisa del hombre brillaba al sol—. Yo sé qué es. Es un hombre.

—¿Qué daño nos puede hacer? —dijo el pesado y tímido tapir—. Tiene dos pies.

—Y una escopeta —gruñó el jaguar con desprecio—. Mata a muchos tapires con una sola escopeta.

—Vámonos entonces —concluyó el tapir volviendo grupas.

—¿Para qué? —agregó el jaguar—. Si está aquí en la selva, es libre. Él nos puede matar, y nosotros podemos también matarlo a él. Y a veces tienen un perro. ¿Por qué nos vamos a ir? Quedémonos.

—Nosotras nos quedamos —dijeron mansamente las víboras de cascabel.

—Y nosotros también —agregaron los demás animales.

Y de este modo los animales y el hombre vivieron juntos en la selva sin límites, uniformemente agitada por asaltos y regueros de sangre, y uniformemente en paz.

Pero el hombre, después de vivir su vida en el bosque durante varios años, se fue un día. Sus preparativos de marcha no escaparon a los animales, y ellos lo vieron, desde lo alto del acantilado, poner su canoa en el agua y descender la selva remando por el medio del río.

No invadieron, sin embargo, el campo de lucha del hombre, donde quedaban sus herramientas y sus árboles. En la ilimitada extensión de su libertad, la privación de un pequeño claro del bosque no entorpecía la vida pujante de la selva.

De nadie, a excepción de las abejas. Ya hemos anotado su constante preocupación respecto de su propia sabiduría. Miden sin necesidad el radio de las flores para establecer su superioridad, y anhelan deslumbrar con su ciencia a los demás animales.

Los zánganos saben también todas estas cosas, pero no trabajan.

Fueron ellos, pues, quienes, aprovechando el dormido silencio de la casa, entraron con un rayo de sol por un postigo entreabierto. Admiraron como entendidos todas las cosas del hombre, sin comprender una sola, hasta que una mañana la suerte los favoreció con la caída de un libro. Leyeron

presurosos con los ojos sobre la letra misma, lo cual los volvió más miopes de lo que ya eran. Y cuando hubieron devorado aquella muestra de sabiduría de los hombres, volaron alborozados a reunir a todos los animales de la selva.

—¡Ya sabemos lo que debemos hacer! —zumbaron triunfantes—. ¡Hemos aprendido la filosofía de los hombres! Necesitamos una patria. Los hombres pueden más que nosotros porque tienen patria. Sabemos ahora tanto como ellos. Creemos una patria.

Los animales salvajes meditaron largo tiempo la proposición, cuya utilidad no alcanzaban bien.

—¿Para qué? —murmuró por fin el jaguar, expresando la desconfianza común.

—Para ser libres —respondieron los zánganos—: todos los seres libres tienen patria. Ustedes no comprenden porque no saben lo que es la partenogénesis. Pero nosotros sabemos. Sabemos todo, como los hombres. Vamos a formar una patria para ser libres como los hombres.

—¿Pero acaso nosotros no somos libres? —preguntaron a un tiempo todos los animales.

—No se trata de eso —replicaron los zánganos—, sino de tener una patria. ¿Cuál es la patria de ustedes? ¿Quién de nosotros puede decir que tiene una patria?

Los animales libres se miraron turbados, y ninguno respondió.

—¿Y entonces? —prosiguieron triunfantes los zánganos—. ¿Para qué les sirve la libertad si no tienen patria?

Era esto más de lo que podían oír los rústicos oyentes sin dejarse convencer. Los loros, que firmes en su rama cabeceaban a cada instante hacia el suelo como si temieran caerse, fueron naturalmente los primeros en divulgar la buena nueva. Comenzaron enseguida a pasarse la palabra entre ellos, con su murmullito gutural:

—¿Formemos una patria...? ¿Sí...? No tenemos patria... ¡Ninguna patria!... ¡Ninguna!...

Y ante el convencimiento general de que hasta ese momento no habían sido honrosamente libres, se decidió con loco entusiasmo fundar la patria.

Fue desde luego a las abejas y a las hormigas a quienes se encargó de los dos elementos primordiales de la patria: los límites y el pabellón. Las abejas perdieron en un principio la cabeza al ver con sus ojos prismáticos el variado color de las banderas de los hombres. ¿Qué hacer?

—Si los hombres han usado de todos los colores —se dijeron por fin—, es porque todos tienen grandes virtudes. Nosotros tendremos una bandera mejor que la de ellos, y nos envidiarán.

Dicho lo cual pintaron con su minuciosidad característica una bandera con todos los colores imaginables, en finísimas rayitas. Y cuando la bandera flameó sobre la selva, se vio con sorpresa que era blanca.

—Mejor —dijeron las abejas—. Nuestra bandera es el símbolo de todas las patrias, porque el color de cada una se encuentra en la nuestra.

Y con aclamaciones delirantes, la bandera blanca, símbolo de la patria, fue adoptada por los animales libres.

—Ya tenemos la mitad de la patria —dijeron luego—. Las hormigas construirán ahora un muro que será el límite de nuestra patria.

Y las hormigas construyeron una muralla infranqueable, con su dentadura tenaz.

Nada más faltaba en apariencia. Mas los loros y las aves todas pidieron también que se cerrara el aire con una frontera, pues de otro modo sólo los animales del suelo tendrían patria.

Y las arañas fabricaron una inmensa tela, tan infranqueable que nadie hubiera podido dudar de que aquello era en verdad una frontera.

Y lo era. En el cerrado recinto los animales libres pasearon en triunfo días y días su bandera. Trepaban a veces a la muralla y recorrían incansables la plataforma cantando de entusiasmo, mientras el viento lluvioso agitaba a sacudidas su pabellón, y tras la frontera aérea las abejas expulsadas morían de frío sin poder entrar.

Pues como bien se comprende, apenas constituida la patria se había

arrojado de ella a las abejas extranjeras, que eran sin embargo las más capaces de producir miel.

Con los días pasaron los meses, y el entusiasmo inicial pasó también. Algún animal, a veces, seguía paso a paso la muralla y alzaba los ojos a la red que le cerraba el cielo.

—Es nuestra patria —se consolaba por fin a sí mismo—. Ningún hombre, jamás, ha tenido una patria tan bien delimitada como la nuestra. Debemos dar gracias por nuestra felicidad.

Y diciendo esto, el animal libre alzaba la cabeza a la imponente muralla que aislaba a su hermosa patria de la selva invisible, en tanto que una inexplicable sensación de frío lo invadía entero.

El jaguar sobre todo, cuyos rugidos habían aclamado como nadie el nacimiento de la patria, vagaba ahora mudo, trotando horas enteras a lo largo de la muralla. Sentía por primera vez algo que desconocía: sed. Era en balde que bebiere a cada instante. En el fondo de las fauces la sed inextinguible le secaba las tensas cuerdas vocales que habían sido su vida misma de patriota. Trotaba mudo sin cesar, arrastrando su angustiada sed por entre las sólidas fronteras de su patria.

Los demás animales cruzaban y recruzaban el recinto desorientados, con una verde lucecita de extravío en los ojos.

Entretanto, una abeja del sur llevó un día una gran noticia.

—¡El hombre ha ido a la guerra! —zumbaron las abejas alborozadas—. ¡Ha ido a defender a su patria! Él nos va a explicar cuando vuelva qué es lo que nos pasa. Algo nos falta, y él lo sabe bien, porque hace cuatro años que está luchando por su patria.

Y los animales esperaban ansiosos —con excepción del jaguar, que no esperaba nada y sólo sentía inextinguible sed. Hasta que una mañana el hombre volvió a su casa abandonada, conducido de la mano por su pequeño hijo.

—¡Yo sé lo que es! —dijo la lechuza al verlo, lanzando un estridente chillido—. Yo vi otro así. Está ciego. No ve porque está ciego, y su hijo lo lleva de la mano.

En efecto, el soldado volvía ciego y enfermo. Y durante muchos días no salió de su casa. Una cálida noche salió por fin a sentarse al aire nocturno, en medio de la selva densa y oscurísima que se alzaba hasta el cielo estrellado.

Al cabo de un rato el hombre ciego tuvo la impresión de que no estaba solo. Y en efecto, una voz se alzó en las tinieblas.

—Nosotros hemos fundado nuestra patria —dijo la voz áspera, ronca y precipitada de alguien poco habituado a hablar—. Pero no sabemos qué nos falta. Lo esperábamos a usted ansiosamente para que nos diga por qué sufrimos. ¿Qué nos pasa a nosotros que no somos felices? Usted que ha defendido a su patria cuatro años, debe saberlo. ¿Por qué es?

Y la misma voz entrecortada enteró al hombre de lo acaecido en su ausencia.

El hombre mantuvo un rato la cabeza baja, y luego habló con voz pausada y grave.

—Yo puedo, en efecto, decirles por qué ustedes sufren. Nada falta a la patria que han formado: es inmejorable. Solamente que al establecer sus fronteras... han perdido la patria.

Instantáneamente, al oír esto, el jaguar sintió aplacada su sed. Un vaho de frescura suavizó sus fauces, una onda de caliente y furiosa libertad remontó desde el fondo de su ser.

—Es cierto... —bramó sordamente cerrando los ojos—. Habíamos perdido nuestra libertad...

—Ciertamente —prosiguió el soldado ciego—. Ustedes crearon su propia cárcel. Eran libres, y dejaron de serlo. La patria de ustedes no es este pedazo de monte ni esta orilla del río; es la selva entera. Así como la patria de los hombres...

El hombre se detuvo. Pero una voz irónica, no oída aún, preguntó lo siguiente:

—¿Cuál es?

El hombre meditó otro momento, y llamando a su chico de ocho años, lo alzó hasta sus rodillas.

—No conozco —dijo entonces— la voz que ha hablado, ni sé si pertenece a la selva. Pero voy a responder de todos modos. Yo he luchado efectivamente cuatro años defendiendo a mi patria. Le he dado mi sangre y mi vida. Lo que ahora diga, pues, es para ti, hijo mío, y a ti me dirijo. No comprenderás gran cosa porque eres todavía muy niño. Pero algo te quedará, como de un sueño, que recordarás cuando seas grande.

Y en la cálida oscuridad del bosque, ante los animales inmóviles pendientes de su voz, con su inocente hijo sentado en sus rodillas, el hombre moribundo habló así:

—La patria, hijo mío, es el conjunto de nuestros amores. Comienza en el hogar paterno, pero no lo constituye él solo. En el hogar no está nuestro amigo querido. No está el hombre de extraordinario corazón que veneramos y que la vida nos ofrece como ejemplo cada cien años. No está el hombre de altísimo pensamiento que refresca la pesadez de la lucha. No hallamos en el hogar a nuestra novia. Y dondequiera que ellos estén, el paisaje que acaricia sus almas, el aire que circunda sus frentes, los seres humanos que como nosotros han sufrido el influjo de esos nuestros grandes amores; —su patria, en fin, es a la vez la patria nuestra.

»Cada metro cuadrado de tierra ocupado por un hombre de bien, es un pedazo de nuestra patria.

»La patria es un amor y no una obligación. Hasta dondequiera que el alma extienda sus rayos, va la patria con ella.

»Cuanto es honor de la vida de este lado de la frontera, lo es igualmente del otro. Un río es un camino cordial hacia un amigo. El hombre cuyo corazón se cierra ante su río acaba de convertirlo en un rencoroso presidio.

»Traza, hijo mío, las fronteras de tu patria con la roja sangre de tu corazón. Todo aquello que la oprime y la asfixia, a mil leguas de ti o a tu lado misino, es el extranjero.

»El valor de tu patria radica en tu propio valer. Un pedazo de tierra no tiene más valor que el del hombre que la pisa en ese momento. Cuando tu corazón ha anidado celosamente el amor de estos hombres de real valer,

sin cuidarte de su procedencia, entonces la patria, que es el conjunto de estos amores, se ha convertido en lo más grande que existe.

»Dondequiera que veas brillar un rayo de amor y de justicia, corre a ese lugar con los ojos cerrados, porque durante ese acto allí está tu patria. Por esto, cuando en tu propio país veas aherrojar a la justicia y simular el amor, apártate de él, porque no te merece. Pues si a mí —que soy tu padre, y en quien siempre creíste—, me ves cometer una infamia, arrójame de tu corazón. Y yo, hijo mío, que te he criado solo, que te he educado y te he adorado, soy para ti más que la patria.

»Hijo mío: debo ponerte en guardia contra unas palabras que oirás a menudo, y que son éstas: “La idea de patria no resiste a la fría razón, y se exalta ante el sentimiento”.

»Pues bien, no es cierto. Es la fría razón quien confina y reduce el amoroso concepto de patria en los sórdidos límites de la conveniencia. La fría razón es exclusivamente la que nos indica la utilidad de la frontera, de las aduanas, de los proteccionismos, de la lucha industrial. Ante la razón, el concepto de patria se confina en el proficuo marco de sus fronteras económicas. Solamente la fría razón es capaz de orientar la expansión de la patria hacia las minas extranjeras. Sólo la razón viciada por el sofisma puede forzarnos como hermano a un oscuro y desconocido ser a ochocientas leguas de nosotros, y advertirnos que es extranjero el vecino cuyo corazón ilumina hasta nuestro propio hogar.

»Pero esta patria ahoga el sentimiento, porque es para él un dogal. Si el sentimiento es amor, y el amor es sed de ideal, la patria se extiende indefinidamente hasta que la detiene una iniquidad. Sólo los hombres de corazón ciego pueden hallar satisfechos todos sus ideales, en los límites fatales de una sola frontera y un solo pabellón.

»La razón mide la patria por el territorio que abarca, y el sentimiento, por el valor del hombre que la pisa. Todo hombre cuyo corazón late a compás de un distante corazón fraternal, y se agita ante una injusticia lejanísima, posee esta rara y purísima cosa: un ideal. Y sólo él puede comprender la dichosa fraternidad de cuanto tiene la humanidad de más noble, y que constituye la verdadera patria. Recuérдалo cuando seas grande, hijo mío.

El soldado ciego no dijo más. Los animales, mudos siempre y con sus simples almas en confusión, se fueron alejando en silencio. Pero ni uno

solo entró en su patria. En las profundas tinieblas de la selva sin límites moraba la paz perdida, la sangrienta libertad de su vida anterior. Y a ella se encaminaron.

Sólo la lechuza, el estridente pajarraco de la previsión, giró inquieta la cabeza a todos lados, y fijó al fin sus ojos redondos en el soldado ciego.

—Esto está muy bien —chilló—. Pero un hombre que ha defendido cuatro años a su patria y se expresa así, no puede vivir más.

Y se alejó volando.

En efecto, el hombre murió en breves días. Pero no murió del todo, porque su tierno hijo recordó lo bastante de aquella noche para ser más tarde en la vida un hombre libre.

Juan Darién

Aquí se cuenta la historia de un tigre que se crió y educó entre los hombres, y que se llamaba Juan Darién. Asistió cuatro años a la escuela vestido de pantalón y camisa, y dio sus lecciones correctamente, aunque era un tigre de las selvas; pero esto se debe a que su figura era de hombre, conforme se narra en las siguientes líneas.

Una vez, a principio de otoño, la viruela visitó un pueblo de un país lejano y mató a muchas personas. Los hermanos perdieron a sus hermanitas, y las criaturas que comenzaban a caminar quedaron sin padre ni madre. Las madres perdieron a su vez a sus hijos, y una pobre mujer joven y viuda llevó ella misma a enterrar a su hijito, lo único que tenía en este mundo. Cuando volvió a su casa, se quedó sentada pensando en su chiquillo. Y murmuraba:

—Dios debía haber tenido más compasión de mí, y se ha llevado a mi hijo. En el cielo podrá haber ángeles, pero mi hijo no los conoce. Y a quien él conoce bien es a mí, ¡pobre hijo mío!

Y miraba a lo lejos, pues estaba sentada en el fondo de su casa, frente a un portoncito donde se veía la selva.

Ahora bien; en la selva había muchos animales feroces que rugían al caer la noche y al amanecer. Y la pobre mujer, que continuaba sentada, alcanzó a ver en la oscuridad una cosa chiquita y vacilante que entraba por la puerta, como un gatito que apenas tuviera fuerzas para caminar. La mujer se agachó y levantó en las manos un tigreito de pocos días, pues aún tenía los ojos cerrados. Y cuando el mísero cachorro sintió contacto de las manos, runruneó de contento, porque ya no estaba solo. La madre tuvo largo rato suspendido en el aire aquel pequeño enemigo de los hombres, a aquella fiera indefensa que tan fácil le hubiera sido exterminar. Pero quedó pensativa ante el desvalido cachorro que venía quién sabe de dónde y cuya madre con seguridad había muerto. Sin pensar bien en lo que hacía llevó al cachorrito a su seno y lo rodeó con sus grandes manos. Y el tigreito, al sentir el calor del pecho, buscó postura cómoda, runruneó

tranquilo y se durmió con la garganta adherida al seno maternal.

La mujer, pensativa siempre, entró en la casa. Y en el resto de la noche, al oír los gemidos de hambre del cachorrito, y al ver cómo buscaba su seno con los ojos cerrados, sintió en su corazón herido que, ante la suprema ley del Universo, una vida equivale a otra vida...

Y dio de mamar al tigrecito.

El cachorro estaba salvado, y la madre había hallado un inmenso consuelo. Tan grande su consuelo, que vio con terror el momento en que aquél le sería arrebatado, porque si se llegaba a saber en el pueblo que ella amamantaba a un ser salvaje, matarían con seguridad a la pequeña fiera. ¿Qué hacer? El cachorro, suave y cariñoso —pues jugaba con ella sobre su pecho—, era ahora su propio hijo.

En estas circunstancias, un hombre que una noche de lluvia pasaba corriendo ante la casa de la mujer oyó un gemido áspero —el ronco gemido de las fieras que, aún recién nacidas, sobresaltan al ser humano—. El hombre se detuvo bruscamente, y mientras buscaba a tientas el revólver, golpeó la puerta. La madre, que había oído los pasos, corrió loca de angustia a ocultar el tigrecito en el jardín. Pero su buena suerte quiso que al abrir la puerta del fondo se hallara ante una mansa, vieja y sabia serpiente que le cerraba el paso. La desgraciada mujer iba a gritar de terror, cuando la serpiente habló así:

—Nada temas, mujer —le dijo—. Tu corazón de madre te ha permitido salvar una vida del Universo, donde todas las vidas tienen el mismo valor. Pero los hombres no te comprenderán, y querrán matar a tu nuevo hijo. Nada temas, ve tranquila. Desde este momento tu hijo tiene forma humana; nunca lo reconocerán. Forma su corazón, enséñale a ser bueno como tú, y él no sabrá jamás que no es hombre. A menos... a menos que una madre de entre los hombres lo acuse; a menos que una madre no le exija que devuelva con su sangre lo que tú has dado por él, tu hijo será siempre digno de ti. Ve tranquila, madre, y apresúrate, que el hombre va a echar la puerta abajo.

Y la madre creyó a la serpiente, porque en todas las religiones de los hombres la serpiente conoce el misterio de las vidas que pueblan los mundos. Fue, pues, corriendo a abrir la puerta, y el hombre, furioso, entró con el revólver en la mano y buscó por todas partes sin hallar nada.

Cuando salió, la mujer abrió, temblando, el rebozo bajo el cual ocultaba al tigre chico sobre su seno, y en su lugar vio a un niño que dormía tranquilo. Traspasada de dicha, lloró largo rato en silencio sobre su salvaje hijo hecho hombre; lágrimas de gratitud que doce años más tarde ese mismo hijo debía pagar con sangre sobre su tumba.

Pasó el tiempo. El nuevo niño necesitaba un nombre: se le puso Juan Darién. Necesitaba alimentos, ropa, calzado: se le dotó de todo, para lo cual la madre trabajaba día y noche. Ella era aún muy joven, y podría haberse vuelto a casar, si hubiera querido; pero le bastaba el amor entrañable de su hijo, amor que ella devolvía con todo su corazón.

Juan Darién era, efectivamente, digno de ser querido: noble, bueno y generoso como nadie. Por su madre, en particular, tenía una veneración profunda. No mentía jamás. ¿Acaso por ser un ser salvaje en el fondo de su naturaleza? Es posible; pues no se sabe aún qué influencia puede tener en un animal recién nacido la pureza de un alma bebida con la leche en el seno de una santa mujer.

Tal era Juan Darién. E iba a la escuela con los chicos de su edad, los que se burlaban a menudo de él, a causa de su pelo áspero y su timidez. Juan Darién no era muy inteligente; pero compensaba esto con su gran amor al estudio.

Así las cosas, cuando la criatura iba a cumplir diez años, su madre murió. Juan Darién sufrió lo que no es decible, hasta que el tiempo apaciguó su pena. Pero fue en adelante un muchacho triste, que sólo deseaba instruirse.

Algo debemos confesar ahora: a Juan Darién no se le amaba en el pueblo. La gente de los pueblos encerrados en la selva no gusta de los muchachos demasiado generosos y que estudian con toda el alma. Era, además, el primer alumno de la escuela. Y este conjunto precipitó el desenlace con un acontecimiento que dio razón a la profecía de la serpiente.

Aprontábase el pueblo a celebrar una gran fiesta, y de la ciudad distante habían mandado fuegos artificiales. En la escuela se dio un repaso general a los chicos, pues un inspector debía venir a observar las clases. Cuando el inspector llegó, el maestro hizo dar la lección al primero de todos: a Juan Darién. Juan Darién era el alumno más aventajado; pero con la

emoción del caso, tartamudeó y la lengua se le trabó con un sonido extraño. El inspector observó al alumno un largo rato, y habló enseguida en voz baja con el maestro.

—¿Quién es ese muchacho? —le preguntó—. ¿De dónde ha salido?

—Se llama Juan Darién —respondió el maestro—, y lo crió una mujer que ya ha muerto; pero nadie sabe de dónde ha venido.

—Es extraño, muy extraño... —murmuró el inspector, observando el pelo áspero y el reflejo verdoso que tenían los ojos de Juan Darién cuando estaba en la sombra.

El inspector sabía que en el mundo hay cosas mucho más extrañas que las que nadie puede inventar, y sabía al mismo tiempo que con preguntas a Juan Darién nunca podría averiguar si el alumno había sido antes lo que él temía: esto es, un animal salvaje. Pero así como hay hombres que en estados especiales recuerdan cosas que les han pasado a sus abuelos, así era también posible que, bajo una sugestión hipnótica, Juan Darién recordara su vida de bestia salvaje. Y los chicos que lean esto y no sepan de qué se habla, pueden preguntarlo a las personas grandes.

Por lo cual el inspector subió a la tarima y habló así:

—Bien, niño. Deseo ahora que uno de ustedes nos describa la selva. Ustedes se han criado casi en ella y la conocen bien. ¿Cómo es la selva? ¿Qué pasa en ella? Esto es lo que quiero saber. Vamos a ver, tú —añadió dirigiéndose a un alumno cualquiera—. Sube a la tarima y cuéntanos lo que hayas visto.

El chico subió, y aunque estaba asustado, habló un rato. Dijo que en el bosque hay árboles gigantes, enredaderas y florecillas. Cuando concluyó, pasó otro chico a la tarima, después otro. Y aunque todos conocían bien la selva, respondieron lo mismo, porque los chicos y muchos hombres no cuentan lo que ven, sino lo que han leído sobre lo mismo que acaban de ver. Y al fin el inspector dijo:

—Ahora le toca al alumno Juan Darién.

Juan Darién dijo más o menos lo que los otros. Pero el inspector, poniéndole la mano sobre el hombro, exclamó:

—No, no. Quiero que tú recuerdes bien lo que has visto. Cierra los ojos.

Juan Darién cerró los ojos.

—Bien —prosiguió el inspector—. Dime lo que ves en la selva.

Juan Darién, siempre con los ojos cerrados, demoró un instante en contestar.

—No veo nada —dijo al fin.

—Pronto vas a ver. Figurémonos que son las tres de la mañana, poco antes del amanecer. Hemos concluido de comer, por ejemplo... estamos en la selva, en la oscuridad... Delante de nosotros hay un arroyo... ¿Qué ves?

Juan Darién pasó otro momento en silencio. Y en la clase y en el bosque próximo había también un gran silencio. De pronto Juan Darién se estremeció, y con voz lenta, como si soñara, dijo:

—Veo las piedras que pasan y las ramas que se doblan... Y el suelo... Y veo las hojas secas que se quedan aplastadas sobre las piedras...

—¡Un momento! —le interrumpe el inspector—. Las piedras y las hojas que pasan, ¿a qué altura las ves?

El inspector preguntaba esto porque si Juan Darién estaba «viendo» efectivamente lo que él hacía en la selva cuando era animal salvaje e iba a beber después de haber comido, vería también que las piedras que encuentra un tigre o una pantera que se acercan muy agachados al río pasan a la altura de los ojos. Y repitió:

—¿A qué altura ves las piedras?

Y Juan Darién, siempre con los ojos cerrados, respondió:

—Pasan sobre el suelo... Rozan las orejas... Y las hojas sueltas se mueven con el aliento... Y siento la humedad del barro en...

La voz de Juan Darién se cortó.

—¿En dónde? —preguntó con voz firme el inspector—. ¿Dónde sientes la

humedad del agua?

—¡En los bigotes! —dijo con voz ronca Juan Darién, abriendo los ojos espantado.

Comenzaba el crepúsculo, y por la ventana se veía cerca la selva ya lóbrega.

Los alumnos no comprendieron lo terrible de aquella evocación; pero tampoco se rieron de esos extraordinarios bigotes de Juan Darién, que no tenía bigote alguno. Y no se rieron, porque el rostro de la criatura estaba pálido y ansioso.

La clase había concluido. El inspector no era un mal hombre; pero, como todos los hombres que viven muy cerca de la selva, odiaba ciegamente a los tigres; por lo cual dijo en voz baja al maestro:

—Es preciso matar a Juan Darién. Es una fiera del bosque, posiblemente un tigre. Debemos matarlo, porque si no, él, tarde o temprano, nos matará a todos. Hasta ahora su maldad de fiera no ha despertado; pero explotará un día u otro, y entonces nos devorará a todos, puesto que le permitimos vivir con nosotros. Debemos, pues, matarlo. La dificultad está en que no podemos hacerlo mientras tenga forma humana, porque no podremos probar ante todos que es un tigre. Parece un hombre, y con los hombres hay que proceder con cuidado. Yo sé que en la ciudad hay un domador de fieras. Llamémoslo, y él hallará modo de que Juan Darién vuelva a su cuerpo de tigre. Y aunque no pueda convertirlo en tigre, las gentes nos creerán y podremos echarlo a la selva. Llamemos enseguida al domador, antes que Juan Darién se escape.

Pero Juan Darién pensaba en todo menos en escaparse, porque no se daba cuenta de nada. ¿Cómo podía creer que él no era hombre, cuando jamás había sentido otra cosa que amor a todos, y ni siquiera tenía odio a los animales dañinos?

Mas las voces fueron corriendo de boca en boca, y Juan Darién comenzó a sufrir sus efectos. No le respondían una palabra, se apartaban vivamente a su paso, y lo seguían desde lejos de noche.

—¿Qué tendré? ¿Por qué son así conmigo? —se preguntaba Juan Darién.

Y ya no solamente huían de él, sino que los muchachos le gritaban:

—¡Fuera de aquí! ¡Vuélvete donde has venido! ¡Fuera!

Los grandes también, las personas mayores, no estaban menos enfurecidas que los muchachos. Quién sabe qué llega a pasar si la misma tarde de la fiesta no hubiera llegado por fin el ansiado domador de fieras. Juan Darién estaba en su casa preparándose la pobre sopa que tomaba, cuando oyó la gritería de las gentes que avanzaban precipitadas hacia su casa. Apenas tuvo tiempo de salir a ver qué era: se apoderaron de él, arrastrándolo hasta la casa del domador.

—¡Aquí está! —gritaban, sacudiéndolo—. ¡Es éste! ¡Es un tigre! ¡No queremos saber nada con tigres! ¡Quítele su figura de hombre y lo mataremos!

Y los muchachos, sus condiscípulos a quienes más quería, y las mismas personas viejas, gritaban:

—¡Es un tigre! ¡Juan Darién nos va a devorar! ¡Muera Juan Darién!

Juan Darién protestaba y lloraba porque los golpes llovían sobre él, y era una criatura de doce años. Pero en ese momento la gente se apartó, y el domador, con grandes botas de charol, levita roja y un látigo en la mano, surgió ante Juan Darién. El domador lo miró fijamente, y apretó con fuerza el puño del látigo.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Te reconozco bien! ¡A todos puedes engañar, menos a mí! ¡Te estoy viendo, hijo de tigres! ¡Bajo tu camisa estoy viendo las rayas del tigre! ¡Fuera la camisa, y traigan los perros cazadores! ¡Veremos ahora si los perros te reconocen como hombre o como tigre!

En un segundo arrancaron toda la ropa a Juan Darién y lo arrojaron dentro de la jaula para fieras.

—¡Suelten los perros, pronto! —gritó el domador—. ¡Y encomiéndate a los dioses de tu selva, Juan Darién!

Y cuatro feroces perros cazadores de tigres fueron lanzados dentro de la jaula.

El domador hizo esto porque los perros reconocen siempre el olor del tigre;

y en cuanto olfatearan a Juan Darién sin ropa, lo harían pedazos, pues podrían ver con sus ojos de perros cazadores las rayas de tigre ocultas bajo la piel de hombre.

Pero los perros no vieron otra cosa en Juan Darién que el muchacho bueno que quería hasta a los mismos animales dañinos. Y movían apacibles la cola al olerlo.

—¡Devóralo! ¡Es un tigre! ¡Toca! ¡Toca! —gritaban a los perros.

Y los perros ladraban y saltaban enloquecidos por la jaula, sin saber a qué atacar.

La prueba no había dado resultado.

—¡Muy bien! —exclamó entonces el domador—. Éstos son perros bastardos, de casta de tigre. No le reconocen. Pero yo te reconozco, Juan Darién, y ahora nos vamos a ver nosotros.

Y así diciendo entró él en la jaula y levantó el látigo.

—¡Tigre! —gritó—. ¡Estás ante un hombre, y tú eres un tigre! ¡Allí estoy viendo, bajo tu piel robada de hombre, las rayas de tigre! ¡Muestra las rayas!

Y cruzó el cuerpo de Juan Darién de un feroz latigazo. La pobre criatura desnuda lanzó un alarido de dolor, mientras las gentes, enfurecidas, repetían:

—¡Muestra las rayas de tigre!

Durante un rato prosiguió el atroz suplicio; y no deseo que los niños que me oyen vean martirizar de este modo a ser alguno.

—¡Por favor! ¡Me muero! —clamaba Juan Darién.

—¡Muestra las rayas! —le respondían.

—¡No, no! ¡Yo soy hombre! ¡Ay, mamá! —sollozaba el infeliz.

—¡Muestra las rayas! —le respondían.

Por fin el suplicio concluyó. En el fondo de la jaula, arrinconado, aniquilado

en un rincón, sólo quedaba un cuerpecito sangriento de niño, que había sido Juan Darién. Vivía aún, y aún podía caminar cuando se le sacó de allí; pero lleno de tales sufrimientos como nadie los sentirá nunca.

Lo sacaron de la jaula, y empujándolo por el medio de la calle, lo echaban del pueblo. Iba cayéndose a cada momento, y detrás de él los muchachos, las mujeres y los hombres maduros, empujándolo.

—¡Fuera de aquí, Juan Darién! ¡Vuélvete a la selva, hijo de tigre y corazón de tigre! ¡Fuera, Juan Darién!

Y los que estaban lejos y no podían pegarle, le tiraban piedras.

Juan Darién cayó del todo, por fin, tendiendo en busca de apoyo sus pobres manos de niño. Y su cruel destino quiso que una mujer, que estaba parada a la puerta de su casa sosteniendo en los brazos a una inocente criatura, interpretara mal ese ademán de súplica.

—¡Me ha querido robar a mi hijo! —gritó la mujer—. ¡Ha tendido las manos para matarlo! ¡Es un tigre! ¡Matémosle enseguida, antes que él mate a nuestros hijos!

Así dijo la mujer. Y de este modo se cumplía la profecía de la serpiente: Juan Darién moriría cuando una madre de los hombres le exigiera la vida y el corazón de hombre que otra madre le había dado con su pecho.

No era necesaria otra acusación para decidir a las gentes enfurecidas. Y veinte brazos con piedras en la mano se levantaban ya para aplastar a Juan Darién cuando el domador ordenó desde atrás con voz ronca:

—¡Marquémoslo con rayas de fuego! ¡Quemémoslo en los fuegos artificiales!

Ya comenzaba a oscurecer, y cuando llegaron a la plaza era noche cerrada. En la plaza habían levantado un castillo de fuegos de artificio, con ruedas, coronas y luces de bengala. Ataron en lo alto del centro a Juan Darién, y prendieron la mecha desde un extremo. El hilo de fuego corrió velozmente subiendo y bajando, y encendió el castillo entero. Y entre las estrellas fijas y las ruedas gigantes de todos colores, se vio allá arriba a Juan Darién sacrificado.

—¡Es tu último día de hombre, Juan Darién! —clamaban todos—. ¡Muestra

las rayas!

—¡Perdón, perdón! —gritaba la criatura, retorciéndose entre las chispas y las nubes de humo. Las ruedas amarillas, rojas y verdes giraban vertiginosamente, unas a la derecha y otras a la izquierda. Los chorros de fuego tangente trazaban grandes circunferencias; y en el medio, quemado por los regueros de chispas que le cruzaban el cuerpo, se retorció Juan Darién.

—¡Muestra las rayas! —rugían aún de abajo.

—¡No, perdón! ¡Yo soy hombre! —tuvo aún tiempo de clamar la infeliz criatura. Y tras un nuevo surco de fuego, se pudo ver que su cuerpo se sacudía convulsivamente; que sus gemidos adquirían un timbre profundo y ronco, y que su cuerpo cambiaba poco a poco de forma. Y la muchedumbre, con un grito salvaje de triunfo, pudo ver surgir por fin, bajo la piel del hombre, las rayas negras, paralelas y fatales del tigre.

La atroz obra de crueldad se había cumplido; habían conseguido lo que querían. En vez de la criatura inocente de toda culpa, allá arriba no había sino un cuerpo de tigre que agonizaba rugiendo.

Las luces de bengala se iban también apagando. Un último chorro de chispas con que moría una rueda alcanzó la soga atada a las muñecas (no: a las patas del tigre, pues Juan Darién había concluido), y el cuerpo cayó pesadamente al suelo. Las gentes lo arrastraron hasta la linde del bosque, abandonándolo allí para que los chacales devoraran su cadáver y su corazón de fiera.

Pero el tigre no había muerto. Con la frescura nocturna volvió en sí, y arrastrándose presa de horribles tormentos se internó en la selva. Durante un mes entero no abandonó su guarida en lo más tupido del bosque, esperando con sombría paciencia de fiera que sus heridas curaran. Todas cicatrizaron por fin, menos una, una profunda quemadura en el costado, que no cerraba, y que el tigre vendó con grandes hojas.

Porque había conservado de su forma recién perdida tres cosas: el recuerdo vivo del pasado, la habilidad de sus manos, que manejaba como un hombre, y el lenguaje. Pero en el resto, absolutamente en todo, era una fiera, que no se distinguía en lo más mínimo de los otros tigres.

Cuando se sintió por fin curado, pasó la voz a los demás tigres de la selva para que esa misma noche se reunieran delante del gran cañaveral que lindaba con los cultivos. Y al entrar la noche se encaminó silenciosamente al pueblo. Trepó a un árbol de los alrededores y esperó largo tiempo inmóvil. Vio pasar bajo él sin inquietarse a mirar siquiera, pobres mujeres y labradores fatigados, de aspecto miserable; hasta que al fin vio avanzar por el camino a un hombre de grandes botas y levita roja.

El tigre no movió una sola ramita al recogerse para saltar. Saltó sobre el domador; de una manotada lo derribó desmayado, y cogiéndolo entre los dientes por la cintura, lo llevó sin hacerle daño hasta el juncal.

Allí, al pie de las inmensas cañas que se alzaban invisibles, estaban los tigres de la selva moviéndose en la oscuridad, y sus ojos brillaban como luces que van de un lado para otro. El hombre proseguía desmayado. El tigre dijo entonces:

—Hermanos: yo viví doce años entre los hombres, como un hombre mismo. Y yo soy un tigre. Tal vez pueda con mi proceder borrar más tarde esta mancha. Hermanos: esta noche rompo el último lazo que me liga al pasado.

Y después de hablar así, recogió en la boca al hombre, que proseguía desmayado, y trepó con él a lo más alto del cañaveral, donde lo dejó atado entre dos bambúes. Luego prendió fuego a las hojas secas del suelo, y pronto una llamarada crujiente ascendió. Los tigres retrocedían espantados ante el fuego. Pero el tigre les dijo: «¡Paz, hermanos!», y aquéllos se apaciguaron, sentándose de vientre con las patas cruzadas a mirar.

El juncal ardía como un inmenso castillo de artificio. Las cañas estallaban como bombas, y sus gases se cruzaban en agudas flechas de color. Las llamaradas ascendían en bruscas y sordas bocanadas, dejando bajo ella lívidos huecos; y en la cúspide, donde aún no llegaba el fuego, las cañas se balanceaban crispadas por el calor.

Pero el hombre, tocado por las llamas, había vuelto en sí. Vio allá abajo a los tigres con los ojos cárdenos alzados a él, y lo comprendió todo.

—¡Perdón, perdóname! —aulló retorciéndose—. ¡Pido perdón por todo!

Nadie contestó. El hombre se sintió entonces abandonado de Dios, y gritó con toda su alma:

—¡Perdón, Juan Darién!

Al oír esto, Juan Darién alzó la cabeza y dijo fríamente:

—Aquí no hay nadie que se llame Juan Darién. No conozco a Juan Darién. Éste es un nombre de hombre, y aquí somos todos tigres.

Y volviéndose a sus compañeros, como si no comprendiera, preguntó:

—¿Alguno de ustedes se llama Juan Darién?

Pero ya las llamas habían abrasado el castillo hasta el cielo. Y entre las agudas luces de bengala que entrecruzaban la pared ardiente, se pudo ver allá arriba un cuerpo negro que se quemaba humeando.

—Ya estoy pronto, hermanos —dijo el tigre—. Pero aún me queda algo por hacer.

Y se encaminó de nuevo al pueblo, seguido por los tigres sin que él lo notara. Se detuvo ante un pobre y triste jardín, saltó la pared, y pasando al costado de muchas cruces y lápidas, fue a detenerse ante un pedazo de tierra sin ningún adorno, donde estaba enterrada la mujer a quien había llamado madre ocho años. Se arrodilló —se arrodilló como un hombre—, y durante un rato no se oyó nada.

—¡Madre! —murmuró por fin el tigre con profunda ternura—. Tú sola supiste, entre todos los hombres, los sagrados derechos a la vida de todos los seres del Universo. Tú sola comprendiste que el hombre y el tigre se diferencian únicamente por el corazón. Y tú me enseñaste a amar, a comprender, a perdonar. ¡Madre!, estoy seguro de que me oyes. Soy tu hijo siempre, a pesar de lo que pase en adelante pero de ti sólo. ¡Adiós, madre mía!

Y viendo al incorporarse los ojos cárdenos de sus hermanos que lo observaban tras la tapia, se unió otra vez a ellos.

El viento cálido les trajo en ese momento, desde el fondo de la noche, el estampido de un tiro.

—Es en la selva —dijo el tigre—. Son los hombres. Están cazando, matando, degollando.

Volviéndose entonces hacia el pueblo que iluminaba el reflejo de la selva encendida, exclamó:

—¡Raza sin redención! ¡Ahora me toca a mí!

Y retornando a la tumba en que acaba de orar, arrancose de un manotón la venda de la herida y escribió en la cruz con su propia sangre, en grandes caracteres, debajo del nombre de su madre:

Y
JUAN DARIÉN

—Ya estamos en paz —dijo.

Y enviando con sus hermanos un rugido de desafío al pueblo aterrado, concluyó:

—Ahora, a la selva. ¡Y tigre para siempre!

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horribos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)